

EL HIGHLANDER y una herencia envenenada

MARTINA LEIVA

EL HIGHLANDER y una herencia envenenada

MARTINA LEIVA

Primera edición.

El highlander y una herencia envenenada

©Martina Leiva

©octubre, 2025

©Imágenes por Freepik y AdobeStock

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25

Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Epílogo

Capítulo 1



Aitana.

"Estimada señorita García:

Nos ponemos en contacto con usted, por medio de la presente carta, para informarle que aparece como posible legataria de una herencia de un pariente lejano, el señor MacCalum.

Por todo ello, le citamos en nuestro despacho de Inverness, el próximo lunes día catorce, a las diez de la mañana, para la lectura de su testamento.

Le adjuntamos los billetes de avión, así como la reserva del hotel en el que podrá alojarse.

Nuestra dirección consta en el membrete de este documento.

Un saludo.

Atte. Ronald Lewis. Notario."

Esta ha sido la carta que he recibido esta mañana. Yo, Aitana García, uno de los miles de parados que hay en España, la heredera de un highlander, eso no había quién se lo creyera. Pero será mejor que empecemos por el principio…

Como ya os he dicho antes, me llamo Aitana García, y nací hace veinticinco años en el sevillano barrio de Triana, más concretamente en la calle Betis, que es donde sigo viviendo con mis padres, Malena y Alejandro. Terminé la carrera de Económicas hace tres años y, desde entonces, no he trabajado de lo mío, aunque sí he dado clases particulares a domicilio, he sido dependienta en una perfumería y hasta he paseado perros. En estos

momentos, estoy en paro, porque me he centrado en buscar un puesto a mi medida.

Tengo el apoyo de mis padres, y también el de mis dos mejores amigas, Triana y Macarena, sí, no os lo voy a negar, dos nombres muy sevillanos, como nosotras. Nos encanta ir a la feria, vestirnos de gitanas y bailar hasta las tantas, aunque al día siguiente ellas tengan que trabajar.

—Esto no hay quién se lo trague, Triana —le dije a una de mis amigas, que estaba leyendo la carta.

—¿Por qué no? Puedes buscar el nombre de la notaría en Internet, seguro que te sale algo — contestó ella.

—Vamos, como si no hubiesen buscado ellos también el nombre y no pudieran haber robado un folio con membrete —dijo Macarena, que era igual de realista que yo.

—Parece que no lo ves, Triana. Yo, Aitana García, sevillana en paro, más tiesa que una mojama, y heredera de un millonario de las Highlands. Si parece sacado de una de esas novelas románticas que solemos leer —le dije, intentando que lo entendiera.

—¿De qué estáis hablando? —preguntó mi madre, que entraba por mi casa en esos momentos.

—De esto, mamá —le contesté, enseñándole la carta.

Mi madre la leyó detenidamente, para, a continuación, poner una sonrisa en sus labios, que me estaba indicando que ella sabía más de lo que hablaba.

—Tienes que ir, yo te contaré toda la historia —me dijo, sin quitar esa sonrisa.

—Pues ya estás tardando —le dije, algo enfadada.

—Mi padre era escocés, por eso tu segundo apellido es Campbell. Él tenía un tío, Arthur MacCalum, que era multimillonario, pero dejó a toda la familia de lado, pues no estaba de acuerdo con muchas de las cosas que hacían, con

su forma de vida. Tu abuelo, se marchó, dejando a mi madre conmigo recién nacida, se suponía que para convencerlo de que lo ayudara, pero nunca, jamás, volvió. Creo que ese hombre que te ha dejado su herencia puede ser mi tío abuelo Arthur —me contó mi madre.

—Pero entonces… lo normal sería que te la hubiese dejado a ti, que eres su sobrina —le indiqué, pero ella negó con la cabeza.

—No, porque eso significaría que estuvo de acuerdo con la forma de vida de mi padre. No intentes entenderlo, porque no lo harás nunca. Ve, recibe tu herencia, y empieza de cero, si hace falta —me dijo, acariciándome la cara. Acto seguido, se marchó del salón, dejándome a solas con mis amigas.

—Tía, que fuerte. Heredera de un highlander, con lo que a mí me gustan —dijo Triana, llevándose las manos al pecho.

—¿Qué me estás contando? Ni que tú hubieras conocido a alguno —le dije, riendo.

—Triana, seamos realistas. Nosotras tres, lo más lejos que hemos ido ha sido a la plaza de la Encarnación, y ahí, poco highlander podemos encontrarnos —continuó Macarena.

—Desde luego, sois únicas para quitarle las ilusiones a la gente. Pero, como nuestra amiga ahora va a ser millonaria, seguro que nos invita a su casa en las Tierras Altas y podré conocer, no a uno, sino a un montón de highlanders buenorros —nos contestó, mientras nosotras no parábamos de reír.

—Venga, te prometo que, si la casa es grande, yo te invito a venir. Ahora mismo no puedo, si no me llegan a enviar los billetes y la reserva del hotel, habría tenido que salir hacia allá en bicicleta, y creo que ni saliendo ahora, llegaría a tiempo —le dije, sin poder parar de reír.

Salía para las Tierras Altas en tres días, así que tenía que empezar a preparar la maleta. Lo primero que hice fue mirar el clima de allí, y casi me deprimo. Mientras que aquí la temperatura normal en esta época del año

rondaba los quince o dieciséis grados, allí estaban casi a la misma temperatura, pero bajo cero.

—Mamá, como no me lleve el nórdico y me lo lie en el cuerpo, me voy a congelar allí. Yo no tengo ropa para lidiar con esas temperaturas —le dije, pensando seriamente en no acudir a la cita.

—Tenía un dinero guardado para emergencias, así que, lo coges y te vas ahora mismo a comprar lo que necesites. Pero vas a ir, así te tenga que llevar yo misma por las orejas. Es tu futuro, Aitana, y no voy a permitir que lo tires por la borda por culpa del miedo a lo desconocido — dijo mi madre, y supe que no podría rebatirle nada.

—Está bien, pero te lo devolveré en cuanto reciba la herencia —le dije, señalándola con el dedo índice.

Mi madre entró en su habitación y salió con un sobre con casi mil euros, el bolso colgado y muchas ganas de salir de compras. No íbamos a ir al centro comercial de la ciudad, sino que le dije de acudir al Factory, donde estaban las mejores tiendas, pero con prendas de colecciones anteriores, y a muy buen precio. Me costó convencerla, porque decía que no podía aparecer allí como una pordiosera, esas fueron sus palabras textuales.

Llegamos allí, y entramos en una de las tiendas que llevaban productos para viajar a la nieve. No es que yo fuera a comprarme nada así, pero sí podría encontrar un buen chaquetón, así como pantalones térmicos y unas buenas botas.

—Pues nada, con todo comprado… ¡Allá vamos, Tierras Altas! —exclamé.

—Que tiemble Escocia y los escoceses —contestó mi madre.

Nos montamos de nuevo en el coche, ese que tenía más años que el hilo negro, porque era de mi padre. Si lo llega a comprar dos meses antes, tenemos sacar los pies por debajo y hacer como los Picapiedra, coger el coche con las manos y salir corriendo.

Una vez en casa, me dispuse a preparar la maleta, con una mezcla de miedo e ilusión que me hizo estar de lo más nerviosa. Tan solo esperaba que todo saliese bien.

Capítulo 2



Aidan

Acababa de recibir una carta de la notaría con la que trabajaba Arthur, que me citaba el lunes próximo en su despacho para la lectura de sus últimas voluntades.

Sabía que no tenía familia, más que un sobrino que había sido un crápula y que, según mis conocimientos, no había nadie más. Todo parecía indicar que yo era el único heredero. Si era así, me lo había ganado con creces.

Había sido yo el que lo había acompañado durante los últimos diez años, en todo, tanto en el trabajo como en su vida privada. Pero será mejor que primero me presente…

Mi nombre es Aidan Murray, tengo treinta y cinco años, y soy escocés, más concretamente de Glasgow, aunque he pasado gran parte de mi vida en Inverness. Soy ingeniero químico, y trabajo en la fábrica de whisky del señor MacCalum, tanto en la fabricación como en la distribución del producto.

Mis mejores amigos también trabajan allí, y son Graham y Kieran, de treinta y seis y treinta años respectivamente. Nunca íbamos a los sitios si no lo hacíamos los tres juntos, éramos inseparables.

—Espero que el viejo haya tenido la consideración de dejártelo a ti todo, has pasado muchas horas a su lado —dijo Kieran, que era el más materialista de los tres.

—Si lo he hecho, no ha sido porque quisiera que me lo dejara todo, sino porque me gustaba pasar el tiempo con él. Para mí, ha sido como un abuelo, y como tal lo he querido y he disfrutado de él —le respondí, muy serio.

—Lo sabemos, pero eso no quita para que te haya tenido en cuenta — dijo Graham.

Sabía a lo que se referían y, en el fondo de mi corazón, yo también esperaba que lo hubiera hecho. No que me lo hubiera legado todo, pero sí que me hubiera dejado la fábrica, ya que era mi vida. Yo hacía y deshacía lo que me daba la gana, como si fuera el mismísimo CEO, y ahora, tener que ponerme al mando de otra persona, me supondría un esfuerzo que no sabía si podría soportar.

Yo me había ocupado de todo el tema del funeral, y ahora mismo nos dirigíamos hasta la catedral de San Patricio, donde se celebraría una misa en su honor, ya que Arthur era una persona muy querida por todos, que destinaba un porcentaje de sus beneficios a obras sociales, y no era poco, precisamente.

Me puse un traje de chaqueta negro, con su correspondiente corbata. Era algo que me agobiaba una barbaridad, pero no podía acudir a la misa como normalmente vestía, que era con vaqueros, botas y camisa.

—Nunca mejor dicho, parece que vas a un entierro —me dijo Graham, riendo.

—Mira quién ha venido a hablar. ¿Tú no te has mirado en el espejo? —le contesté, señalándolo.

—Sí, pero a mí me da igual, pero tú… Es como si te hubieran puesto un traje de plomo, reconócelo —me contestó.

—No lo voy a negar, no tengo por qué hacerlo, mucho menos delante vuestro, que me conocéis mejor que nadie.

—Anda, vamos, o llegaremos tarde. No quedará bonito que su heredero universal llegue cuando ya la misa haya empezado, que dirán de ti —dijo

Kieran, muy serio, lo que me provocó una sonrisa.

Me situé en la puerta, esperando a que fuera llegando la gente, para agradecerles personalmente que hubieran acudido, como si realmente yo fuera alguien de su misma sangre, pero es que, así me sentía.

Junto al altar, habíamos colocado una foto de Arthur, donde se le veía sonriente, como era su estado normal, ya que, pocas veces, lo había visto serio o preocupado. Hasta en el mismo momento de la muerte sonreía, nunca la había perdido, y esa era la imagen que todo el mundo tenía de él, y así debería de seguir siendo.

Me había preparado unas palabras, y pensaba decirlas en cuanto todo el mundo estuviera en su sitio y antes de que empezara la ceremonia. Una vez cerraron las puertas del templo, subí al atril que había preparado para mí.

"Queridos amigos de Arthur, en primer lugar, quería darles las gracias por asistir a esta celebración en honor a nuestro amigo.

Para mí, el señor MacCalum era mucho más que eso, era como de mi familia, como un abuelo que cuidaba de mí, en todos los aspectos.

No me pesan las horas que, en vez de estar de fiesta, las pasé jugando con él al ajedrez, o las cartas, o a cualquier otra cosa que le apeteciera.

¿Sabéis por qué? Porque él siempre estaba ahí para mis necesidades, me escuchaba, me aconsejaba, me reprendía cuando era necesario, porque no siempre eran cosas buenas, que también discutíamos, pero se nos pasaba a los dos minutos.

Sé que, allí donde esté, estará feliz, y no querría vernos llorar a ninguno, a mí el primero. Estoy seguro de que me diría: Aidan, los hombres no lloran, así que, compórtate como un hombre.

Arthur, te voy a echar de menos, pero te aseguro que siempre estarás en mis recuerdos y en mi corazón".

Me bajé del atril con las lágrimas saltadas, porque era cierto, lo echaría muchísimo de menos, y me costaría habituarme a no coger el teléfono para contarle cualquier cosa que me hubiera pasado.

La misa se celebró normalmente y, a la salida, todos me dieron la mano, en señal de pésame y de apoyo.

—Ahora, vamos a ir a tomarnos una cervecita en honor a Arthur, porque sería lo que él hiciera —nos dijo Graham, quién también se había emocionado durante la ceremonia.

—Pues sí, le encantaría, y le rendiremos honor con dos buenas jarras de la que a él le gustaba — respondí.

Nos metimos en el primer pub que nos encontramos, y pedimos la primera ronda. Al fondo de la barra había tres mujeres que no nos quitaban el ojo de encima y, como era normal en nosotros, nos acercamos sin dudarlo.

No voy a negar que era un mujeriego de manual, porque era cierto, pero tampoco tenía pareja, ni novia, ni nada que me impidiera disfrutar de mi sexualidad como de diera la gana. Siempre iba con la verdad por delante, nunca había engañado a ninguna mujer. Antes de acostarme con ellas, les decía lo mismo, que eso no era más que un polvo, que no repetiríamos y que no esperaran de mí un amor eterno ni que cayera rendido a sus pies.

—Buenas tardes, bombones —les dijo Kieran, cuando llegamos a su altura.

—Uy, bombones y todo, al final terminaremos derritiéndonos, y no por el calor, precisamente.

¿Cómo terminó la cosa? Pues os lo podéis imaginar, en el mismo baño, con su vestido enrollado hasta la cintura, mis pantalones en los tobillos, gimiendo y teniendo un orgasmo de los que hacen época.

Al salir del baño, me despedí de todos, me bebí lo que me quedaba de cerveza y salí de allí. Lo hice contento, saciado y bastante satisfecho sexualmente. Esa mujer era puro fuego, pero uno que apagué con mi manguera, y con el que no quedó ni pizca de ascuas que reavivar.

Capítulo 3



Aitana

Recién aterrizada en el aeropuerto de Inverness, estaba esperando a que saliera mi maleta para recogerla, cuando alguien me dio un empujón, lanzándome sobre la cinta por la que salían los equipajes.

—Una disculpa es lo mínimo, vamos, digo yo —le dije en un perfecto inglés, ya que el idioma no me resultaría un problema, puesto que mi padre insistió desde pequeña que lo estudiara, y lo dominaba a la perfección.

—Disculpas aceptada —me dijo el tipo en cuestión, con toda la poca vergüenza del mundo.

Me giré para decirle cuatro cositas, pero ya no estaba. Desde luego, mis primeros pasos en las Tierras Altas estaban siendo fantásticos, porque aparecieron todas las maletas menos la mía.

—Señorita, le estoy diciendo que mi maleta iba en ese avión, al igual que yo —le dije a la chica que me estaba atendiendo, y que parecía que tenía un mojón en la nariz, de la cara de asco que llevaba la muchacha.

—Le estoy pidiendo un minutito, por favor. Intento localizarla —me contestó, muy agria.

Tras más de media hora allí, se dieron cuenta de que habían puesto mi maleta en una cinta de otro vuelo, así que fueron a buscarla. Sentí un gran

alivio, ya que, con el frío que hacía, no me servirían ni las bragas que llevaba puesta, que era una tanguita de encaje con lo menos que se podía despachar en tela.

Al salir, se suponía que tendría que haber alguien esperándome con un cartelito, pero allí no había nadie. Lo tenía claro, se había cansado de esperarme, ya que me había llevado un buen rato aclarar el tema de la maleta, por lo que me tocaría coger un taxi, porque el bus, aunque me había informado antes de venir, todavía no me atrevía a cogerlo.

En la misma puerta de la terminal, encontré a un chico, sentado sobre el capó de su coche, con un cartel al revés que ponía mi nombre, y una desgana que parecía que lo habían tirado desde lo alto de la azotea, y como había caído, así se había quedado.

—Buenas tardes, soy Aitana García —le dije, con una sonrisa, obviando todo lo demás.

—Pues ya era hora, que tu vuelo ha aterrizado hace casi una hora, guapa —me contestó, como si me estuviera haciendo un favor.

—Mira, bonito, te pagan el tiempo que estás aquí esperando, ¿verdad? —él asintió —Pues como si quiero echarme una siestecita en los sillones de la sala de espera.

Me monté en el coche con un cabreo de mil pares de cojones. Ya lo único que me faltaba era que el hotel fuera de los cutres, y cruzaba los dedos para que no fuera así. Parecía que todo se estuviera confabulando para que yo no llegara a la lectura de la herencia o que, si lo hacía, que lo hiciera enfadada. Yo, que me llevaba todo el día con una sonrisa pintada en mis labios.

El trayecto lo hicimos en silencio, tan solo le había enviado a mi madre un mensaje diciéndole que había llegado bien, que ya la llamaría cuando saliera al día siguiente de la notaría.

Por suerte, el hotel era de gran categoría, como diría mi padre. En la recepción, una chica súper amable, me recibía con una sonrisa, y me hacía el checking de la habitación. Al entrar en ella, me sorprendió lo grande que era,

y la preciosa terraza que daba a una céntrica plaza que se veía con mucha vida. Me daría una ducha, comería algo, y bajaría a dar una vuelta. Haría una videollamada en el grupo que tenía con mis dos amigas, para que lo vieran todo. A Triana sabía que le haría muchísima ilusión.

Tal y como tenía pensado, me di una ducha, me vestí con algo más abrigado, porque el frío cortaba la cara, y bajé a comer algo a la calle, porque si lo hacía en la habitación, estaba claro que no saldría de allí hasta poco antes de la cita en la notaría.

—Buenas tardes, ¿me podría poner algo de comer? Vengo famélica y acabo de aterrizar en el país —le dije, a una chica que estaba detrás de la barra.

—Por supuesto, ahora mismo te pongo uno de los platos típicos de la zona, que verás como te hará entrar en calor —me respondió, guiñándome un ojo.

—Muchísimas gracias, preciosa —le contesté, pero no me di cuenta y lo hice en español.

—No me digas que eres española, porque me muero ahora mismo —me respondió, con mucha alegría.

—Pues sí, española, andaluza y sevillana. Y, por lo que veo, tú también, o dominas el idioma a la perfección —le contesté, riendo.

—Anda que no. Casi, casi igual que tú, porque, siguiendo el mismo patrón que has seguido tú, soy española, andaluza y gaditana, y me llamo Alejandra —me respondió, pegando saltitos.

A los diez minutos, vino con un plato de Stovies, que era un estofado escocés preparado con patatas, cebolla, y carne, y que tenía un sabor espectacular. De postre, me trajo un Clootie dumpling, que era como una especie de tarta o bizcocho, hecho con harina, pan rallado, azúcar, grasa y leche, al que se le añadía un poco de fruta, como grosella, pasas y sultana.

—Chica, he comido de lujo y, tal y como me has dicho, he entrado en calor al momento. Lo que no sé es como tú, con la temperatura que hay siempre en

tu ciudad, te has adaptado al frío que hace por aquí —le dije, frotándome las manos, porque ni por esas, las tenía calentitas.

—¿Quién ha dicho que me he adaptado? —me respondió, riendo.

—No sé el tiempo que estaré por aquí, pero me da la leve impresión de que nos vamos a hacer grandes amigas, Alejandra. Por cierto, yo soy Aitana —le dije, dándonos un abrazo.

—Alex, por favor. Te voy a dar mi número de teléfono, me das un toque y así tenemos los números grabados. No vivo aquí en la ciudad, sino en un pueblo cercano, pero tengo mi coche que me lleva a todas partes.

—Perfecto, dale.

Me dio su número, que yo apunté en mi móvil, y le hice una llamada perdida. La guardé como Alex, gaditana en Escocia, y cuando lo vio, se partía de la risa.

Salí del restaurante con una sonrisa en los labios, y con la impresión de que me habían estado mirando fijamente, pero no pude determinar quién había sido, así que no le di importancia.

Llegué al hotel, después de dar un paseo. Al final no le hice la videollamada a las chicas, la haría al día siguiente, cuando saliera de la notaría, y así les explicaría en que consistía la herencia en cuestión, esa que esperaba arreglar lo más pronto posible, para volver a mi casa y con mi gente. Aquí, desde que había llegado, y a pesar de que me sentía muy a gusto, me faltaban ellos. Si mis padres y mis amigas estuvieran aquí, sería el lugar idóneo para vivir, por el buen rollo que se notaba entre sus habitantes y lo bonito que resultaban sus paisajes, y eso que todavía no había visto nada.

Capítulo 4



Aidan

Esa mañana había tenido una reunión con un cliente, daba igual que fuera domingo, si uno te decía que ese era el único día en el que podía recibirte, no te quedaba más remedio que acudir.

—Tío, no sé por qué sigues haciendo lo mismo, si todavía no sabes si te quedarás con la empresa o no —me dijo Kieran.

—Porque es mi trabajo. Me la haya legado o no, tendré que seguir trabajando para cobrar. Vamos, digo, yo —le respondí.

Habíamos quedado en el restaurante de Alex, una española con mucho arte, que nos había dado calabazas a los tres, y que hacía el mejor estofado de toda la ciudad, con un toque especial que hacía que tuviera un sabor excelente.

—Alex, corazón, ¿tienes estofado hoy en la carta? —le preguntó Graham, sin dejar de mirarle el culo.

—Graham, como me sigas mirando así el culo, te pongo el peor plato que tenga en la carta —le respondió.

—Mientras que no te tires un pedo encima de mí, vamos bien. Aunque, si pasas la noche conmigo, hasta eso te permito —le contestó él, siguiéndole el juego.

—Anda, sentaos que ahora mismo os sirvo —nos dijo.

Nos había traído ya la comanda, cuando vimos entrar a una morena espectacular. Se veía a leguas que no era de aquí, porque venía vestida como si la fueran a llevar de expedición a la Antártida, no podía llevar más ropa encima.

No pude apartar la vista de esa mujer, porque, aparte de ser preciosa, se la veía con carácter, y eso era lo que más me podía poner de una mujer. Tenía que saber todo de ella, y Alex sería la encargada de contármelo, ya que se veía que tenía una gran complicidad con ella.

—Se te van a salir los ojos de las cuencas, macho —me dijo Kieran, pasándome la mano por la cara.

—Y tú vas a perder la mano como sigas haciendo tonterías —le contesté, sin dejar de observar la escena.

Vi como se despedía de ella, y salía por la puerta del restaurante, con ese aire elegante que se gastaba, a pesar de toda la ropa que llevaba encima, y con la que casi no se podía mover.

—Alex, corazón. ¿Me puedes decir quién es esa chica? —le pregunté, con mucha amabilidad.

—Una que no pasará por tu cama, te lo aseguro — respondió.

—Sabes que a mí me da igual que sea la cama, el asiento del coche e incluso la pared del baño, no soy quisquilloso para eso —le dije, y soltó una carcajada.

—Que no, chaval, que no pienso dejar que mi amiga caiga en tus redes. Es compatriota mía, y ya me encargaré de avisarle sobre ti.

—¿Es española? Joder, con lo que me gustan a mí, que les arden la sangre en las venas, y no me vas a dejar comprobarlo —le dije, poniendo carita triste.

—Y andaluza, como yo, que todavía somos más ardientes. Ella, sevillana, yo, gaditana y tú… tú no te vas a comer nada con ninguna de las dos —me contestó, y se marchó tan pancha.

Salimos del restaurante riendo, porque Alex tenía más salidas que una rotonda. Además de estar buenísima, era muy simpática y graciosa, porque muchas veces no se acordaba de donde vivía y soltaba algún improperio en español. Era graciosísimo verla como le decía un disparate a un cliente pesado, pero con una sonrisa en los labios, como si lo estuviera agasajando, y el otro se iba de lo más contento.

—Me parece que lo vas a tener negro con la españolita —me dijo Kieran, sonriendo.

—¿En serio me lo dices? ¿Cuándo no he conseguido yo a una mujer que me gustara? Tarde o temprano, caerá en mis redes, te lo aseguro —le contesté, muy seguro de mí mismo.

—¡Modesto, baja, que sube Aidan! —escuchamos que decía Alex, que venía detrás, puesto que ya había terminado su turno. Lo hizo en español, sin saber que yo dominaba el idioma, y así seguiría siendo.

—¿Qué has dicho, Alex? —le pregunté, como si no me hubiera enterado.

—Yo, nada. Que la modestia no es tu fuerte, chaval —me contestó, riendo.

—Chicos, os dejo, que todavía tengo mil cosas que hacer en el castillo. Las cosas de Arthur hay que revisarlas a conciencia, y no he comprobado ni la mitad —les dije, en cuanto llegué a la altura de donde tenía aparcado mi coche.

Vivía en el castillo desde que Arthur cayó enfermo, y tenía allí hecha mi vida, ya que hacía más de tres años desde que llevé mis cosas y abandoné mi casa. No la tenía cerrada, no me confiaría en que se metiera alguien allí a vivir de ocupa al estar tanto tiempo sin habitar, por lo que llegué a un acuerdo con MacCalum, y la puse en alquiler.

Me encerré de nuevo en el desván, donde había guardado todo lo de Arthur, con la intención de clasificarlo y tirar lo que no sirviera. Entre sus cosas encontré la foto de una niña, por detrás ponía Aitana, y estaba fechada veinte años atrás. La dejé a un lado, por si salía alguna más y alguien las reclamaba.

La ropa la metí toda en una caja, si salía algún heredero más, hablaría con él, porque mi intención era llevarla a una de esas organizaciones sin ánimo de lucro, y que la repartieran entre las personas necesitadas.

Descubrí una especie de joyero, donde había guardada una colección de relojes de gran valor, así como alguna que otra joya de mujer, que supuse que sería de alguno de sus antepasados, porque no se le había conocido mujer, aparte de que se veían muy antiguas, la verdad.

Esperaría a que se leyeran las últimas voluntades para decidir qué hacer con eso, no quería que me acusaran de quedarme con algo de alto valor que no era mío, ya que no sabía si estaba todo en inventario o no.

En lo más profundo de mi corazón, albergaba la esperanza de que no hubiera nadie más que yo como su heredero, pero todavía no podría saberlo, hasta que no se abriera el testamento. Había intentado que el notario me lo dijera, ya que era un buen amigo mío, pero no hubo manera de que me desvelara el secreto, decía que no iba a comprometer su reputación porque yo no tuviera paciencia, y lo entendía.

Me acosté a las tantas, no sin antes poner el despertador, no quería llegar tarde, aunque estaba acostumbrado a levantarme muy temprano, pero la ley de Murphy existía, y si ese día no quería llegar tarde, me quedaría dormido con total seguridad.

Sonó la alarma dos horas antes de que tuviera la cita, por lo que me duché y desayuné con tranquilidad. No me iba a vestir de chaqueta otra vez, me negaba en rotundo, así que me puse un chino, un jersey de lana de cuello vuelto, y cogí mi chaquetón, así como los guantes y unas botas. Hoy hacía un frío de mil pares de cojones, hasta las hojas de los árboles aparecían congeladas. Nada anormal en febrero en estas tierras, todo sea dicho.

Capítulo 5



Aidan

Llegué al despacho de la notaría a la hora en la que me habían citado, cinco minutos antes de la hora indicada.

—Buenos días, tenía cita para la lectura de un testamento —le dije a la chica de la recepción.

—Buenos días, puede esperar en la sala hasta que llegue la otra persona que también está citada —me contestó.

—¿Otra persona? ¿De quién se trata? Porque, según mis conocimientos, el señor MacCalum no tenía parientes —le dije, un tanto enfadado, aunque la chica no tenía la culpa de nada.

—Caballero, yo lo único que le puedo indicar es que hay otra persona citada, no sé en qué términos —me contestó, indignada.

—Lo siento, esperaré en la sala. Gracias —le dije, agachando la cabeza un tanto avergonzado.

A la hora indicada, se abrió la puerta, y me dijo la chica que ya podía entrar en el despacho, que la otra persona ya había llegado y estaba dentro. Me sentó un poco mal, la verdad, porque yo llevaba allí más de diez minutos y nadie había tenido la deferencia hacia mi persona de decirme que pasara.

—Buenos días, mi nombre es Malcolm McLeod, y soy el depositario de las últimas voluntades del señor MacCalum. Estamos aquí para abrir su testamento y conocer las condiciones de este. ¿Estáis ambos de acuerdo? —nos dijo Malcolm, al que ya conocía.

—Por mi parte, sí —dijo la persona que estaba sentada a mi lado, y a la que ni siquiera había dirigido mi mirada.

—Por la mía, también. Cuanto antes empecemos, antes conoceremos los términos —dije, pero al levantar la vista, me di cuenta de que era ella, la mujer del restaurante de Alex, su amiga española, y me sorprendí, la verdad.

Se me debió notar en la cara mi asombro, porque ella levantó una ceja, como interrogante. Pero, ahora, no tenía tiempo de contarle nada, ya lo haría cuando saliéramos de aquí, si es que me convenía hablar con ella, que todavía no lo sabía.

—Pasamos a leer las últimas voluntades del señor MacCalum, entonces —dijo el notario, y sacó un documento del interior del dosier.

"Yo, Arthur MacCalum, en plenas facultades mentales, he decidido que la totalidad de mis bienes vayan a parar a…

Lo siento, chicos, pero la cosa no va a ser tan sencilla, ya me conocéis, bueno, Aitana, tú no, que a ti no te he visto nunca en persona, a pesar de que te he seguido en la distancia.

Como bien sabéis, mi principal lamento venía de no haber encontrado una pareja, una mujer que me complementara y me ayudara en el día a día, y por eso, os he citado a los dos aquí.

Aitana, te has convertido en una mujer bellísima, inteligente y luchadora, que no se amilana ante nada. ¿El único problema? Que no tienes pareja, y eso me desconcierta un poco, porque no quiero que termines sola, como yo.

Por otro lado, tú, Aidan, mi chico, mi mano derecha en todo, que sabes más de la empresa y de la fábrica que yo mismo. Eres tenaz, guerrero, y como buen highlander, guapo y fuerte. Pero tienes un punto débil, las mujeres. Te gustan todas y no te tomas en serio a ninguna, y eso es un problema.

Es por esto por lo que he decidido una cosa, mi heredero será el que se case antes de un año, y mantenga el matrimonio, al menos, durante cinco

años más. Tendrán que vivir juntos, en el castillo, hasta que uno de los dos, finalmente, herede.

Si alguno de los dos abandona, se marcha del castillo o no se casa, el otro será el heredero universal. Si, por el contrario, ninguno de los dos consigue llegar al matrimonio en el tiempo indicado, todo pasará a manos del gobierno, y serán ellos los encargados de administrar mis bienes.

Los gastos del castillo, así como de la empresa, se seguirán pagando de la cuenta asignada para ello. Eso sí, tendrán que presentar las correspondientes facturas al notario, que las irá archivando para cuando, llegado el momento de firmar las capitulaciones, esté todo en orden, y no haya nada sin justificar.

Sin otro particular, me despido de vosotros hasta el día en el que se adjudique la herencia, que recibiréis noticias mías."

—Y eso es todo. El listado de los bienes los tenéis cada uno en vuestro dosier, está todo detallado hasta el último objeto que le pertenecía. Tenéis un año para traerme un acta de matrimonio. Buenos días —nos dijo Malcolm, saliendo del despacho.

—¡Qué cabrón el viejo! —exclamó en español, y me salió una carcajada que intenté reprimir.

—Sí, ha hilado muy fino —respondí.

—¿Hablas español? —me preguntó, y me di cuenta de que había metido la pata, por lo que intenté remediarlo.

—No, pero eso ha sonado muy mal —le contesté, con una sonrisa.

—Bueno, pues te lo digo en tu idioma natal, para que me entiendas. Si piensas que, después de venir hasta aquí, me voy a rendir y voy a ponerte las cosas fáciles para que te quedes con todo, lo llevas claro —me dijo, con las manos en la cintura, a modo de advertencia.

—La que lo llevas claro eres tú. Yo he estado ahí, con Arthur, para todo, desde que se puso enfermo no me he separado de su lado, y no pienso permitir que te quedes con lo que es mío —le respondí yo.

—¿Tuyo? ¿Acaso tú llevas su sangre?

—El que tú la lleves poco tiene que ver, porque no has aparecido por aquí desde que lo conozco, y créeme cuando te digo que no lo hago desde hace poco tiempo.

—Si no sabía que existía, ¿cómo iba a venir? —me dijo, exasperada.

—Tú misma lo has dicho, no sabías de su existencia, así que no entiendo que te haya metido en esta ecuación.

Estuvimos un buen rato discutiendo sobre lo mismo, hasta que me di cuenta de que no servía para nada, tan solo estaba perdiendo el tiempo. No dejaría que se saliera con la suya, la herencia sería mía, y así lo iba a corroborar.

No le dirigí una palabra más, en el dosier tenía la dirección del castillo, que se las apañara como pudiera para llegar. Una vez allí, el servicio le arreglaría un cuarto, porque yo no pensaba soltar el mío, así me lo pidiera de rodillas.

Era temprano, había repartido todas mis tareas de hoy a lo largo de la semana, ya que pensé que la cosa se alargaría más tiempo, así que, me fui directo a tomarme una copa y a empezar a planear mi estrategia.

A cualquiera de las mujeres con las que me codeaba le encantaría una propuesta de matrimonio por mi parte, pero no podía ser así. Tenía que encontrar una que se lo tomara como un contrato, y por ello tenía que ser fuera de mi círculo social. Mi primera intención fue Alex, pero sabiendo que conocía a Aitana, me diría que no, aparte de abofetearme por proponérselo, siquiera.

Tiraría de Graham y de Kieran para que me ayudaran a planear mi salida triunfal, ellos, mejor que nadie, me conocían, y sabían que no me quedaría de brazos cruzados, esperando a que se llevaran aquello por lo que había luchado tanto.

Capítulo 6



Aitana

Yo me cagaba en todo lo cagable. Este hombre no podía haber dejado por escrito, para mi sobrina bisnieta Aitana, le lego la moto que está en el garaje y quinientas libras. No, él era tan retorcido que, si quería heredar algo, tenía que casarme. ¿Qué estábamos en el siglo XVIII?

—No os vais a creer lo que me ha pasado, porque no lo hago ni yo —les dije a mi madre y a mis amigas, con las que estaba haciendo una videollamada desde una cafetería.

—Si no nos lo cuentas, difícilmente nos lo podremos creer — dijo Triana.

—Hija, ¿qué ha pasado en la lectura del testamento? Habla ya, que a tu padre y a mí nos va a dar un infarto —respondió mi madre, y mi padre asomó la cabeza para decir que estaba ahí.

—Que tu tío abuelo es un cabrón, eso es lo que ha pasado.

—No me digas que, después de ir hasta allí, lo que te ha dejado en herencia es una gallina o algo por el estilo —dijo Macarena, muerta de la risa.

—Ojalá, todavía es peor. Somos dos los candidatos a heredar. Lo hará el primero que se case, y tenemos un año para hacerlo. Si en un año no lo logramos, no heredamos ninguno de los dos —les dije, y mi madre me miró, completamente sorprendida.

—Pero eso no es justo, el otro te lleva ventaja. Tú acabas de llegar, y él conocerá allí a mucha gente. ¿Qué pasa si se casa mañana, hereda y luego se divorcia y la otra se lleva una buena tajada de la herencia? —dijo Macarena, a la que se le había cortado la risa.

—Eso no sucederá, porque además de estar casados, tenemos que mantener el matrimonio durante cinco años, si no lo hacemos, en el momento en el que firmemos el divorcio, o se demuestre que no convivimos la mayor parte del tiempo, todo pasa a manos del otro —les conté.

—Chica, solo te queda una opción, putea a tu contrincante todo lo que puedas, boicotea sus citas de la mejor manera posible, solo así conseguirás quedarte con todo. Y, para eso, necesitas a tus dos amigas allí, contigo —me dijo Triana, que estaba loca por venirse.

—No tengo ni idea de si puedo alojar a nadie más en el castillo, déjame que le pregunte al albacea, ahora te vuelvo a llamar —le dije, cortando la llamada.

Pagué mi consumición y salí corriendo de nuevo al despacho. Por suerte para mí, no me había ido muy lejos de donde estaba, así que, cuando llegué, Malcolm todavía seguía allí.

—Buenas tardes, Aitana. ¿Algún problema? —me preguntó, ya que llegué casi sin aliento.

—Hola, Malcolm. En realidad, no, pero me gustaría preguntarte una cosa. ¿Puedo alojar a unas amigas conmigo en el castillo? No me parece justo que mi contrincante conozca a mucha gente aquí y que yo me vea limitada por no tener a nadie con quién salir, por lo que mis posibilidades de encontrar a un buen hombre quedarían reducidas —le argumenté.

—En principio, no veo por qué no. El castillo es grande y no tenéis ni por qué coincidir. Espera que te extiendo un documento que te lo permita, así como un cheque para que puedas hacer la reserva de los billetes y tirar hasta que encuentres trabajo. Tampoco es justo que, viniendo de fuera, estés a expensas de lo que te quieran dar. Aidan tiene trabajo en la fábrica, te aconsejo que hables con él para que te dé la oportunidad de trabajar codo con

codo, así vas aprendiendo —me dijo, sacando el sello para el documento y la chequera para el dinero.

Salí de allí muy contenta, porque con ese dinero tendría para mucho tiempo, además de que hablaría con Aidan, que así me había dicho que se llamaba mi contrincante, para que me diera trabajo, no podía estar mano sobre mano, y en España no tenía nada.

Busqué en el dosier la dirección del castillo, y fui al hotel para recoger mis pertenencias. Quería llegar lo antes posible, para así ahorrarme el dinero de la comida. Desde allí, hablaría con las chicas para ver cuando podrían venir. Tenía en mente que, si ellas se encontraban a gusto aquí, abrir una escuela de español, que tan de moda se había puesto.

Sumida en mis pensamientos estaba, cuando me topé con Alex, de frente, y casi la mando al suelo, de culo.

—Chica, que ímpetu —me dijo, en cuanto que la aguanté para que no cayera.

—Lo siento, cariño, pero es que iba soñando despierta —le contesté.

—¿Te marchas ya? —me preguntó, fijándose en las maletas.

—Para nada, lo que ocurre es que… —le conté todo, sin dejarme nada y su boca llegaba al suelo.

—Venga, te llevo al castillo, tengo el coche ahí mismo y ya he terminado mi turno. Así, de paso, saludo a Aidan —me dijo, con una sonrisilla.

—¿Lo conoces? Ya me puedes ir contando todo de él, tengo que analizar al enemigo —le dije, llevándome el dedo índice y corazón a los ojos.

—¡Qué manía tenéis los dos con que os cuente cosas del otro! Ni que fuera yo ahora una espía rusa de la guerra fría —me respondió, y fruncí el ceño.

—Explícame eso ahora mismo, porque yo, la primera vez que he visto a este hombre ha sido esta mañana —le pedí, esperando su respuesta.

—Ya, pero él te vio el otro día, el primero que viniste a comer al restaurante. Estaba al final de la barra con sus amigos. No soy quién para decirte nada, Aitana, pero es un mujeriego de cuidado. Su principal hobby consiste en tirarse a las tías, da igual en una cama, que en un baño. Si no quieres que te haga daño, no entres en su juego.

—¿En serio piensas que le voy a dar ese poder? Estás loca si lo piensas, y mucho menos ahora, que ambos luchamos por la herencia. Va a sufrir hasta suplicarme que lo deje en paz, y que me quede con todo.

—No lo subestimes, que Aidan es mucho Aidan, y eso que dices no va a pasar, te lo aseguro. Él, antes de dar su brazo a torcer, tratará de que seas tú la que abandones. No bajes nunca la guardia —me aconsejó, ni cuenta me había dado de que habíamos llegado al castillo.

¡Madre del amor hermoso! Pobrecita la que tuviera que encargarse de la limpieza de todo esto, acabaría rendida. Ya me imaginaba a la chica encargada de que todo estuviera limpio, por los pasillos con un patinete eléctrico, porque si no, la pobre tendría los gemelos como Indurain, de tanto andar de aquí para allá.

—Veo que has llegado bien, aunque con ayuda —me dijo Aidan, que había salido de detrás de un seto.

—Se ha ofrecido a traerme, y así te saludaba —le contesté.

Me puse a mirarlo fijamente, analizando todo en él, y no se podía estar más bueno. Ese cabello castaño oscuro, ordenadamente desordenado, esos labios carnosos, esa mirada penetrante, y dejar atrás ese cuerpazo… Dios mío, iba a ser todo un sacrificio no caer en sus brazos.

Capítulo 7



Aidan

La vi salir temprano, había un coche esperándola en la puerta del castillo. No supe dónde iba, pero tampoco me interesaba. Me moría por tenerla en mi cama, pues sí, pero sabía que eso no me iba a convenir con el tema de la herencia, así que, abandoné esa idea.

—Chicos, necesito refuerzos —les dije a mis amigos. Ese día no tenía ninguna reunión ni nada importante, por lo que trabajaría desde casa.

—Qué pasa, la españolita te está dando guerra, ¿no? —me preguntó Kieran.

—El caso es que no, y eso es lo que más me preocupa. Lleva una semana aquí y apenas hemos cruzado un par de palabras. Algo está tramando, lo sé.

—Pues no te preocupes, que después del trabajo estaremos allí como un clavo. Además, tengo una lista de posibles candidatas a esposa que no van a fallar, te lo aseguro —esta vez fue Graham el que habló, y me lo imaginaba con una sonrisa.

—Os espero con una copa de buen whisky, nada como eso para hacer planes —les contesté, y colgué la llamada.

Me metí en mi despacho, el que antes era de Arthur, y me puse a revisar contratos que teníamos pendientes, hasta que unas risas me llamaron la

atención. ¿Quiénes habían entrado en el castillo?

Salí de allí dispuesto a averiguar quiénes eran y a ponerlas en su sitio, por supuesto. No estaban en una verbena ni nada por el estilo. Bajé las escaleras y allí me las encontré a las tres, Aitana y dos mujeres más a las que no conocía absolutamente de nada.

—¿Se puede saber a qué viene tanto escándalo? Que en vuestro país estéis acostumbradas a eso, no significa que aquí en Escocia lo estemos —les dije, en un tono más borde del que quise emplear.

—¡Mátame camión! Si no fuera tan borde, yo misma me postulaba para casarme con él, aunque eso significara que renunciaras a la herencia —dijo una de ellas, y tuve que aguantarme la risa.

—Chicas, él es el simpatiquísimo de Aidan, que pretende quedarse con todo lo que le pertenece a mi familia. Simpático, ellas son mis amigas, Triana y Macarena —dijo Aitana, con cara de asco.

—¿No pretenderás que se queden aquí? Este es un castillo familiar, y no pienso consentir que…

—Echa el freno, Magdaleno. ¿Dónde quieres que se queden, en la caseta del perro? Pues no creo que estuvieran muy cómodas. ¿Dónde dejaste aquello de la hospitalidad escocesa? Porque yo no la veo por ninguna parte. Además, que, viendo como eres, me aseguré de cubrirme bien las espaldas. Ahí tienes, un documento que me respalda, tengo la autorización del albacea del testamento —me dijo, poniéndome en las manos dicho documento.

—No te molestes en partirlo, que es una copia. El original está a buen recaudo —me dijo Macarena, la otra amiga.

—Pues, si tus amigas se quedan, los míos también. Aquí, o vamos a la par o no jugamos ninguno —le contesté, enfadado, esa jugada no me la esperaba.

—Por mí, perfecto. A ver si ellos te sacan una sonrisa, hijo mío de mi alma, porque tienes la cara como si llevaras estreñido desde el día después de hacer la Comunión —me respondió Aitana, y ahí sí que no pude aguantarme la risa.

—Mi salud intestinal está perfectamente, pero gracias por tu preocupación. Ahora, si me disculpáis, estoy trabajando, eso que algunos hacemos para ganarnos un sueldo con el que vivir —les solté, y me miraron asombradas.

No les di opción a réplica, sino que salí de allí, escaleras arriba como si me llevara el diablo. Esa mujer me atraía lo mismo que me desconcertaba, y eso no era bueno para mí, en ninguno de los sentidos. Tenía que ponerme una coraza a como diera lugar, o terminaría en un lugar en el que no quería caer, puesto que me costaría media vida levantarme.

No me di cuenta de que mis amigos había llegado hasta que no entraron en el despacho a tropel, con una risita que me indicaba que ya se habían cruzado con Aitana y sus amigas.

—No me jodas que no puedes con esa mujer, Aidan, me esperaba algo mucho mejor de ti —me dijo Kieran, con una sonrisa.

—No te preocupes, amigo, que aquí estamos nosotros para hacer fuerza. Eso sí, me pido a la tal Triana, que no veas el culo que tiene. ¿Será que todas las españolas lo traen en el ADN? Lo del culo, digo, porque si Alex y Aitana lo tienen bonito, las dos amigas tampoco se quedan atrás —dijo Graham, muy convencido.

—Para empezar, los comentarios machistas, sobran. Aquí nadie se pide a nadie, y sí, os quedáis, pero no por el motivo que estás pensando, sino porque no quiero estar en minoría —les dije, señalándolos con el dedo, a los dos.

—Está bien, está bien, no he dicho nada de culos —levantó las manos Graham, en señal de rendición.

—¿Empieza la guerra, Aidan? —me preguntó Kieran.

—Empieza la guerra, amigo, y vamos a salir victoriosos. Tenemos que salir victoriosos. Para empezar, echa un vistazo a esta lista de mujeres. Ninguna ha salido contigo todavía, pero todas lo están deseando. Si no te gustan como esposa, echas un polvo, y listo —dijo Kieran, cuya misión en la vida era acostarse con todo aquello que llevaba falda. Era de los que decían que toda

mujer era bonita, tan solo tenías que encontrar la manera adecuada de mirarla.

Me dio un documento con un montón de nombres. A algunas las conocía de vista, pero a otras no las había visto en mi vida. Empezaría por esas.

—Quiero que me conciertes una cita con Aileen, para mañana por la noche. La invitaré a cenar en un restaurante de lujo y luego, a ver dónde nos lleva todo —le dije a Kieran, que era el que las conocía a todas.

—Perfecto, espera que la llame y me diga ella adonde quiere ir a cenar, así vas a tiro hecho —me contestó.

Estuvo durante un buen rato hablando con ella, no hizo falta mucho para convencerla. Entre otras cosas, porque ya se había extendido el rumor por el pueblo de que MacCalum legaría su herencia al primero que se casara de los dos, y ahí estaban todos los buitres carroñeros, esperando a ver quién era la o él elegido.

Quedamos en un restaurante tradicional que había en la plaza del pueblo, no quedaba muy lejos del castillo, así que podría ir dando un paseo si quisiera, pero dadas las temperaturas que hacía, sería mejor que fuera en coche, así me evitaría cualquier resfriado.

Mis amigos habían reservado otra mesa, pero bastante más apartada que la nuestra, por si había algún problema o la cosa no iba bien, que acudieran a mi rescate. Siempre lo hacíamos así, cuando uno de nosotros quedaba con alguien a quién no conocía, permanecíamos cerquita, por si tenía cualquier emergencia.

Me puse un pantalón chino con una camiseta básica, y encima, un jersey de lana de pico, muy bonito y calentito para esta época. El cinturón y los zapatos en marrón, y cogí mi abrigo de paño, así como mi bufanda y mis guantes, y me dispuse a conquistar el corazón de Aileen.

Capítulo 8



Aitana

—¡Chicas, traigo cotilleos! —dijo Triana al entrar por la puerta de mi habitación.

—Pues cuenta, no te hagas de rogar —le contestó Macarena, impaciente.

Las tres permanecíamos en mi habitación mientras que el servicio preparaba las dos contiguas a la mía para ellas, y las dos contiguas a la de Aidan, para sus amigos.

—He escuchado al highlander buenorro decir que tiene una cita con una chica. Será mañana por la noche, en el restaurante de la plaza. Tienes que boicotear esa cita, Aitana, por el bien de tu herencia —me dijo mi amiga, y a mí me salió una carcajada de lo más profunda.

—¿Cómo se supone que debo hacer eso? —le pregunté, deseosa de que me lo contara.

—Pues mira, no lo sé, pero ya se nos ocurrirá algo. De momento, he llamado al restaurante para reservar una mesa a la misma hora, para tres. De aquí a que tengamos a la parejita delante, ya planearé como boicotearla —me dijo, y me sacó una sonrisa.

Había llegado la hora de ir a la "cita" con Aidan, y mis amigas no escatimaron en mis cuidados. Me hicieron las planchas, de manera que mi

melena negra quedó de lo más lisita y brillante, me maquillaron como si fuera a la entrega de los Óscar, pero lo mejor fue cuando vi la ropa que habían decidido que me pusiera.

—¿Estáis locas? Si me pongo eso, mañana me tienen que ingresar con una pulmonía —les dije, al ver el vestido.

—Te lo dije, este está bien para el verano. Ahora mismo, aquí, será mejor que le pongamos algo un poquito más abrigado. Yo opto por este, con unas buenas medias gorditas y unas botas altas de tacón —dijo Macarena.

Sacó del armario un vestido de lana precioso, con un escote en V, en color beige, así como las botas y las medias en marrón. Lo combiné con un abrigo de paño en el mismo color que el vestido, y unos guantes con el gorro en marrón. Cogí el bolso, y salimos de la casa, donde un coche ya nos estaba esperando. Tendría que plantearme buscarme un coche, aunque fuera de segunda mano, porque mi estancia allí no sería corta, y no podía estar tirando el dinero en taxis. Hablaría con el albacea, lo mismo y mi tío tenía alguno que pudiera utilizar.

Llegamos al restaurante, diez minutos antes de que lo hiciera Aidan, porque sabíamos a la hora que había quedado. Lo teníamos todo pensado, y nos íbamos a reír de lo lindo.

—Chicas, los amigos ya han llegado, han ocupado aquella mesa —dijo Macarena, que no le había quitado el ojo a Kieran desde que lo conoció.

—Y él también, mira. Viene con una mujer que, si la coge un temporal de levante, tenemos que ir a buscarla al lago Ness, al que por cierto no me pienso ir sin haberlo visto, desde ya os lo advierto —dijo Triana, con todo su arte.

—Vamos a esperar a que se sienten, que pidan la comanda, por lo menos, que abra la cartera, que va a coger polillas —les dije a mis amigas.

Eso hicimos, esperamos a que estuvieran confiados, tanto los amigos como él. Todo parecía ir viento en popa, hasta que llegó el momento de intervenir. Esta vez lo haría yo, y para las próximas veces nos iríamos turnando.

Me levanté, con toda la elegancia del mundo, y encaminé mis pasos hacia su mesa, me vio, y su rostro me dijo que sabía que haría algo, pero no le di tiempo de reacción y maniobra.

—Desde luego, me lo habían dicho, pero no quise creerlo. Pero ahora, aquí estoy, comprobándolo con mis propios ojos. ¿Le has dicho ya que mi hermana te espera en casa y que acabáis de ser padres de mellizos? Que bajo has caído, espero que tengas la suficiente dignidad de dejarla, al menos con mi hermana has formado una familia —le dije, haciendo el papel de mi vida.

—Me pareces de lo peor, dejar a tu mujer con dos recién nacidos mientras intentas convencerme de que tengamos un matrimonio de conveniencia. No me llames más —le dijo ella, lanzándole una copa de vino por la cabeza.

Nuestras carcajadas se escucharon por todo el salón, hasta que Graham y Kieran nos vieron, y se acercaron a nosotras.

—Buena jugada, chicas, pero esto no ha hecho más que empezar —nos dijo Kieran, sonriendo.

—¿Quieres guerra, Aitana? Pues vas a tener guerra, te lo prometo. Habéis ganado una batalla, pero jamás ganareis la guerra —me dijo Aidan, mientras que yo no podía parar de reír al ver su flequillo pegado a su frente.

—Aitana uno, Aidan cero —dije, haciendo los números con mis manos.

—Quién ríe el último, ríe mejor, no lo olvides, preciosa —me dijo, completamente serio.

Seguimos cenando, y luego habíamos decidido ir a bailar y tomar una copa. Allí quedamos con Alex, que se uniría a nosotras después de terminar su turno. La mala suerte quiso que coincidiéramos con ellos en el local de copas, pero no me pensaba marchar. Era mi primera noche de verdad en Beauly, y no me la iba a amargar. Lo mismo, y hasta tenía suerte y conocía a alguien con el que echar un polvo, que buena falta me hacía. Si me preguntaban cuándo fue la última vez que me acosté con un hombre, contestaría como el lobo, “auuuu” porque ya ni me acordaba.

—Venga, chica, vamos a darlo todo en la pista, que he visto un moreno que tiene un repaso y no te quita el ojo de encima desde que has llegado —me dijo Triana, que era la más fiestera.

—¡Dios te oiga, Triana! —le contesté, juntando mis manos como si estuviera rezando, y todas soltaron una carcajada.

—Joder, con lo bueno que están los tres, pero lo capullos que son. Que un repasito sí que les daba yo, aunque fuera por turnos, como en la carnicería —dijo Macarena, en la que la sutileza brillaba por su ausencia.

Nos fuimos a la pista, y el moreno en cuestión no tardó en acercarse a bailar con nosotras. Estaba bueno de cojones, con esos ojos color miel que te derretían con solo mirarte, y ese cuerpo, con una espalda como un armario empotrado de seis puertas. Hablando de empotrar, ese tenía que hacerlo de lujo, porque con lo canija y chica que yo era, me levantaba con una sola mano, y le iban a sobrar tres dedos.

De repente, noté que mis mejillas ardían, y no era por lo que el pobre muchacho me estaba diciendo, que no eran más que cosas bonitas, sino por lo que mi mente había imaginado. De seguir así, tendría que ir al baño a refrescarme un poquito, y les pedía a todos los santos que fuera él quien me acompañara, pero iba a esperar un poquito más.

Pronto noté que el muchacho se pegaba un poco más a mí bailando, y Triana me hacía gestos para que me dejara llevar, pero lo que no esperaba era lo que iba a ocurrir a continuación, que me dejó con las patas colgando y sin saber qué hacer ni qué decir.

Capítulo 9



Aidan

Las vimos entrar en el bar, pero nos hicimos los tontos. En realidad, todo fue idea mía, porque mis amigos estaban como locos por acercarse a ellas, entre las que también estaba Alex.

En un momento dado, vi que se fueron a la pista para bailar y que un tipo, al que no había visto nunca por el pueblo, se acercó a ellas, en especial a Aitana. Yo no había tenido ni siquiera la oportunidad de acostarme con Aileen, así que ella correría la misma suerte que yo.

—Chicos, ha llegado la hora de la revancha —les dije a mis amigos, señalándoles con la cabeza la escena que se estaba llevando a cabo en la pista.

—¿Vas a joderle el plan? —me preguntó Kieran, divertido.

—La duda ofende, amigo. Además, lo haré de una manera que la dejará pensando toda la noche —le contesté.

—Venga, vamos a la pista —dijo Graham, que estaba como loco por tener un acercamiento con Triana, la amiga de Aitana.

Nos situamos estratégicamente, para poder actuar en el momento justo. Y, cuando vi que ese tipo se acercaba a ella, supe que lo que había estado esperando ya había llegado.

—Por fin te encuentro, no sabes lo que me ha costado que los niños se quedaran dormidos. A partir de ahora, la noche es nuestra —le dije.

Acto seguido, y ante su completo asombro por lo que le había dicho, la tomé por la cintura, la pegué a mí y me lancé a su boca. Aproveché que la iba a abrir para decir algo, para introducir mi lengua hasta la campanilla. No sé el tiempo que estuvimos así, lo que sí tuve claro es que, si seguíamos besándonos de esa manera, terminaríamos quemándonos. Poco a poco, fui terminando el beso, hasta que la separé de mí.

—Buena jugada, Aidan. No te puedo decir nada porque yo empecé el juego antes. Me acabo de dar cuenta de que estoy ante un rival de mi altura —me contestó, riendo.

—Y yo que pensaba que se iba a cabrear… —dijo Kieran, asombrado ante su reacción.

—¿Por qué me iba a cabrear? Me ha hecho un favor. El tipo en cuestión, a pesar de estar que te cagas de bueno, era un plasta de cuidado. Tan pijo que es capaz de querer que nos comamos mutuamente con cuchillo y tenedor —le contestó, y solté una carcajada que me salió de dentro.

Eso era lo que más me desconcertaba de Aitana, que nunca sabías por donde te iba a salir, y ni el comentario que te iba a soltar. Ese en concreto, se me quedó grabado en la mente, y estuve riéndome toda la noche.

Tampoco el beso me había dejado indiferente, para que nos vamos a engañar. Aunque al principio no me correspondió, cuando lo hizo, noté como la sangre ardía por mis venas, al igual que por las suyas. Si hubiera sido otra mujer, me la habría llevado de allí, al primer hotel que encontrara y la hubiera hecho gritar toda la noche, porque con un solo encuentro rápido en el baño no iba a tener suficiente.

Pero era ella, y no me lo podía permitir. Mi matrimonio tendría que ser un contrato, en el que la otra persona se comprometiera a vivir conmigo durante cinco años, en los que llevaríamos vidas paralelas, pero sin que nadie se diera cuenta. De cara a la galería tendríamos que ser una pareja ideal, luego,

pasado ese tiempo, cada uno por su lado, con su correspondiente compensación económica, por supuesto.

—Lo siento, amigo, pero yo voy a tirarle la caña a Triana, no puedo desperdiciar la ocasión, menos viviendo bajo el mismo techo —me dijo Graham, que cada vez estaba más desesperado por tener a esa mujer.

—Tú mismo, por mí no lo hagas. Tan solo te voy a advertir una cosa, mis planes son míos y no tienen por qué enterarse. Si descubro que le has contado algo, te pongo de patitas en la calle y se terminó nuestra amistad —le contesté, muy serio.

—Joder, Aidan, que quiero echar un polvo con ella, no pedirle matrimonio ni nada por el estilo —me respondió, ofendido.

Le hice un gesto de aceptación con la cabeza, y se fue a la pista de nuevo, donde Kieran estaba bailando con Macarena y con Alex, a Aitana la había perdido de vista, tan solo esperaba que no estuviera dándose el lote con nadie.

Ella era libre de hacer lo que le diera la gana, pero tan solo de pensarla en brazos de otro, me entraba una mala leche que no podía con ella. Pero no, estaba en la barra, pidiendo un refresco de cola.

—¿Ya no aguantas más alcohol, españolita? —le pregunté, al llegar a su lado.

—No es que no lo aguante, es que prefiero saber lo que hago, que hay mucho crápula suelto por aquí, capaz de hacerme firmar algo que no quiero, escocés —me contestó, guiñándome un ojo.

—Si lo dices por mí, no es mi estilo. Prefiero ganar las cosas limpiamente, las trampas no me gustan —le contesté, pidiendo otro whisky para mí.

—Eso me parece perfecto, fíjate, porque yo soy igual. Una cosa es que te putee en las citas que estén a mi alcance, y otra muy diferente que me agencie la herencia con malas artes —me contestó, dándole un sorbo a su refresco.

Pronto vino Alex a buscarla, y se pusieron las dos a bailar en la pista. Las veía reír y no podía quitar la sonrisa de mi boca. En un momento dado, se me acercó Gina, una pelirroja que era un volcán en la cama, y con la que ya había estado en un par de ocasiones.

Decir que se me insinuó era quedarme muy corto, pero esa noche no me apetecía acostarme con nadie, o al menos no con ella. Con mucha delicadeza le dije que estaba agotado del trabajo, que mejor lo dejábamos para otro día, pero no se lo tomó demasiado bien.

—¿Esa era Gina? —me dijo Kieran, que había venido a por otra bebida.

—La misma.

—¿Y la has dejado escapar? —me preguntó, y asentí con la cabeza —Creo que esto de la herencia te va a dejar más tocado de lo que ya estás, porque nunca te he visto decirle que no a una mujer como ella.

—Pues, mira por dónde, siempre hay una primera vez para todo, amigo —le contesté, dándole una palmada en el hombro.

Kieran volvió a la pista, mientras yo me quedé observando todo desde la barra, hasta que me cansé y anuncié que me iba. Todos llevaban llaves del castillo, así que era una tontería que me quedara allí cuando no me apetecía.

—Nosotras también nos vamos, yo estoy que no puedo más con los pies —dijo Aitana, mientras que sus amigas asentían.

—Pues si os vais todos, nosotros no hacemos nada aquí. Voy a llamar a un coche que nos lleve hasta el castillo, pero antes dejaremos a Alex en su casa —dijo Graham, ante la negativa de ella.

—Lo siento, chicos, pero yo me quedo. Está ahí Malcolm, y será él quien me lleve a casa.

Todos nos quedamos sorprendidos, puesto que lo que menos esperábamos es que Alex estuviera liada con el notario.

Capítulo 10



Aitana

Llevaba un par de horas dando vueltas en la cama, sin poder quitarme de la cabeza el puto beso de los cojones. ¿Por qué cojones no le partí la cara en ese mismo momento? Pues no lo sé, pero el caso es que, cada vez que cerraba los ojos, rememoraba ese instante una y otra vez.

Me levanté de la cama, y tal y como estaba vestida, que era con mi braguita y una camiseta de tirantes que me llegaba justo hasta tapar mi trasero, poco más, bajé a la cocina. No llevaba puesta ni las zapatillas, ya que el suelo del castillo era de calefacción radiante.

Saqué una taza y vertí leche en ella, metiéndola en el microondas, ya que una leche con cacao me ayudaría a conciliar el sueño. Estaba apoyada en la encimera, cuando me habló, justo por la espalda.

—¿Tampoco puedes dormir? —me dijo, y pegué un bote, ya que no me lo esperaba.

—Joder, vaya susto que me has dado —le contesté, llevándome la mano al pecho.

—Lo siento, no era mi intención. No podía dormir y he bajado a tomar un té o algo. ¿Y tú?

—Yo he bajado por una leche calentita con cacao —le respondí.

Venía sólo con su bóxer, mostrando su escultural cuerpo y un torso que daban ganas de lamer de arriba abajo. Se situó muy cerca de mí, tanto que podía notar su miembro en mi trasero. Apartó mi pelo a un lado, y se acercó a mi oído.

—Creo que no necesitamos una infusión, necesitamos otra cosa —me susurró, lentamente.

Mordió el lóbulo de mi oreja, y con su lengua, fue recorriendo mi cuello, hasta llegar a la clavícula. Una de sus manos se introdujo por el interior de mi braguita, mientras que la otra, torturaba uno de mis pechos, hasta hacerme jadear de placer.

Se deshizo de mi ropa, y me llevó hasta la mesa de la cocina, donde me tumbó, abriendo mis piernas y mirándome con todo el deseo del mundo.

—Me parece que me ha entrado hambre —dijo, antes de lanzarse a mi sexo como si no hubiera un mañana.

Cuando consiguió proporcionarme el primer orgasmo, me levantó de la mesa, cogiéndome en brazos, hasta rodear su cintura con mis piernas. Me llevó hasta la pared que había junto al frigorífico, y me penetró, fuerte, sin descanso. Me daba igual que aparecería alguien, me daba exactamente igual que me oyeran gemir, estaba en el lugar exacto en el que quería estar.

Después de darme un segundo orgasmo que no dudé en gritar, me puso de pie delante de la encimera y agarrada a ella, levantó mis caderas, y me penetró de nuevo por detrás. El ritmo no bajaba, todo lo contrario. Llevó sus dedos hasta mi clítoris, haciendo círculos sobre él, y haciendo que estuviera al límite.

—No puedo más, Aidan —le dije, y aceleró el ritmo, sin decir una sola palabra.

Hizo que llegáramos al clímax al unísono, con el mejor orgasmo que me habían proporcionado en mi vida. Con la respiración entrecortada, salió de mí, se puso el bóxer y se fue. Como si no hubiera pasado nada, ni un beso, ni un mañana hablamos, absolutamente nada.

Con ese gesto, me dejó claro que no había significado nada para él, tan solo había sido un error. Me quedé allí parada, sin saber que hacer ni a donde ir, y con las lágrimas corriendo por mis mejillas.

Esto hacía que empezara a plantearme mi vida de otra manera, que me pensara seriamente dejar todo el tema de la herencia atrás, y volver a España. Nada me compensaría pasar por momentos como el que acababa de ocurrir.

Subí a mi cuarto, me metí en la ducha, y dejé que el agua se llevara todo mi dolor. Me sentí utilizada, como una muñeca hinchable con la que desahogarse y que luego se guardaba en un armario. No pensaba consentir que eso volviera a suceder, y se lo dejaría muy clarito en cuanto lo tuviese delante.

Me metí bajo el edredón calentito tan solo con una braguita, y dejé que Morfeo se apoderara de mi cuerpo. Cuando abrí los ojos de nuevo ya era demasiado tarde, puesto que el sol entraba ya a raudales por la ventana. Miré el reloj de mi móvil y marcaban las once y media.

Saqué mi cuerpo de ese refugio que me había creado bajo la cobertera de la cama, pero tenía que ser valiente, enfrentarme a Aidan y ponerle las cosas claras.

Sabía que estaría en su despacho, trabajando, al igual que Kieran y Graham estarían en el jardín con mis amigas, porque se escuchaban las risas desde mi habitación.

Me hice una taza de café y fui directa a su despacho. Llamé, pero no me dieron paso, así que abrí sin permiso. Os juro que lo vi allí se quedaría grabado en mi retina para siempre, pero también me daría la fuerza para hacer todo lo contrario de lo que tenía pensado hacer.

Al entrar, había una pelirroja de rodillas, con el miembro de Aidan en su boca, mientras que él la tenía agarrada por el pelo, marcándole el ritmo y con una cara de placer que era la misma con la que me había obsequiado a mí el día anterior.

Comprendí que, para Aidan, las mujeres éramos como los pañuelos de papel, de usar y tirar. Cuando se dio cuenta de mi presencia, quiso levantarse, pero lo frené con un gesto de la mano.

—No te preocupes, ya me iba. Tan solo venía a decirte que lo que pasó anoche no significó nada para mí, y que la guerra continúa. No pienso dejar que te quedes con un solo penique de mi herencia —le dije, intentando aguantar las lágrimas.

—¡No es tu herencia! No te la mereces, y ahora, si no te importa, sal de mi despacho. Como has podido ver, estoy muy bien acompañado — contestó.

Salí de allí hecha una furia, y me fui directamente al jardín, pero lejos de donde estaban los demás, necesitaba gritar, llorar y hacerme fuerte de nuevo. Maldito Aidan y maldita la primera vez que me fijé en él. Tenía que empezar de cero, reconstruirme.

—Venga, Aitana, en peores plazas has toreado. Tan solo ha sido un polvo, magnífico, sí, pero nada más. Hazte a la idea de que ha sido alguien a quién has conocido en una discoteca, un rollo de una noche, y ya —me decía a mí misma.

En un momento dado, vi como se acercaba Triana a la zona donde yo estaba. No sabía si se había dado cuenta de algo o no, pero tenía claro que no me iba a juzgar, ella no, ni Macarena tampoco.

—Ahora, más que nunca, tienes que demostrarle a ese cabrón lo fuerte que eres. Que un polvo no ha cambiado tu manera de ver las cosas —me dijo, abrazándome.

—¿Cómo sabes…?

—Ay, Aitana, no me tomes por tonta. Bajé a beber agua y os vi ahí, a los dos, pico y pala. Me alegro por ti, de verdad, porque te han quitado las telarañas, y tienes que verlo de esa manera, no hay otra.

Capítulo 11



Aidan

Salí de la cocina, huyendo, como el cobarde que era, no lo voy a negar. ¿Cómo había llegado a eso? ¿Por qué no pensé con la cabeza de arriba y tuve que hacerlo con la de abajo? No tenía respuesta, pero me resultó imposible resistirme.

Cuando la vi allí, apoyada en la encimera de la cocina, con esa camiseta que no le tapaba las nalgas, juro por Dios que se me nubló el sentido. Si a eso le sumamos el beso que nos dimos en el local, para joderle la noche con ese chico, ya mi sangre estaba concentrada toda en el mismo lugar.

Apenas dormí, y bajé al despacho bastante temprano. Solo una mujer sería capaz de quitarme a Aitana de la cabeza, y no dudé en enviarle un mensaje para que viniera al castillo, porque sabía que lo haría.

Aidan: *Te necesito, ven al castillo en media hora.*

Gina: *¿Nos hemos levantado calentorro hoy? Ja, ja, ja.*

Aidan: *Si no quieres o no te apetece, te rogaría que me lo dijeras, para así buscar a otra.*

Gina: *¿He dicho yo, en algún momento, que no quiera o no me apetezca? En media hora estoy allí.*

Lo sabía, ahora tan solo tenía que esperar a que llegara. Con ella me iba a desquitar, porque sabía llevarme al límite como nadie, y cualquier práctica que le pidiera era capaz de hacerla para complacerme.

Dije al personal que, en cuanto que llegara, la hicieran pasar a mi despacho, porque ahí sería donde lo haría con ella. Nada de mi habitación o cualquier lugar íntimo, con Gina me daba igual donde hacerlo, hasta en el baño de un pub lo habíamos hecho.

—¿Qué necesitas, mi amor? —me dijo cuando llegó, quitándose el abrigo y quedándose en ropa interior, medias y tacones altos, que sabía que me volvían loco.

—Nada de palabras, ni bonitas ni feas. Ven aquí, empieza —le dije, sacándome el miembro del interior de mis pantalones.

No tuve que decirle nada más, se arrodilló delante de mí, cogió mi miembro con su mano, y empezó a acariciarla de arriba abajo. Lamió mi tronco y, casi sin esperarlo, lo introdujo en su boca. Me ponía los ojos en blanco, pero no me quitaba de la cabeza a Aitana.

Mis ojos permanecían abiertos, mirándola a ella, porque si los cerraba era otra boquita la que mi mente veía alrededor de mi pene, y eso no me lo podía permitir.

No me di cuenta de que no estábamos solos, hasta que levanté la mirada y la vi. Noté el dolor en sus ojos, la pena, pero también la rabia y la furia. Lejos de apartar a Gina, intensifiqué más los movimientos, pero seguía allí, inmóvil, sin apartar los ojos de mí.

Cruzamos cuatro palabras, de las que tres fueron reproches, y la invité a que saliera de mi despacho. Después de que se fuera, pagué toda mi frustración con Gina. La levanté del suelo, la puse de cara a mi escritorio, y la penetré, de una manera fuerte y rápida, sin pensar en nada más que en satisfacer mis necesidades.

Pensareis que soy un cabrón, y en realidad lo soy, eso no es algo nuevo. Yo utilizaba a las mujeres, pero al igual que ellas lo hacían conmigo. Jamás

engañé a nadie, quien venía conmigo sabía que no buscaba nada más que sexo, no una novia ni una pareja. Con todas, menos con Aitana, con ella no había hablado nada de esto.

—Ya puedes marcharte —le dije a Gina cuando terminé, subiéndome el pantalón.

—No voy a tolerar que me trates como a una puta, Aidan. Una cosa es que no quieras nada serio, y otra muy diferente que me utilices a tu antojo —me dijo.

—Pues ya sabes lo que tienes que hacer, no acudas más a mí cuando requiera tus servicios —le contesté, de una manera muy borde.

—Por supuesto que no acudiré más. Te lo voy a repetir, no soy ninguna puta. Mira Aidan, estás enamorado de la mujer que ha entrado antes, más vale que te pongas las pilas, porque al final, te quedarás solo y sin herencia —me respondió, se puso su abrigo y se largó, dando un portazo que retumbó en todo el pasillo.

Me llevé las manos a la cabeza, sin saber que hacer ni que decir, hasta que noté como entraba Kieran en mi despacho.

—¿Se puede saber qué está pasando? He visto salir a Gina de aquí echando sapos y culebras por esa boquita. Además, antes, he visto a Aitana, gritando en el jardín —me preguntó.

—La he cagado, Kieran, y a lo grande. Anoche me follé a Aitana en la cocina del castillo, y salí huyendo de allí, como un cobarde. Me hizo sentir tantas cosas, amigo, que me dio miedo —le confesé.

—Y ahora, para intentar quitarte a Aitana de la cabeza, has llamado a Gina. ¿Me equivoco?

—Para nada. Es tal y como lo estás describiendo. Y me siento un cabrón, un hijo de puta que no piensa más que en lo que me hizo sentir anoche Aitana, hasta que nos ha cogido a Gina y a mí metidos en faena.

—¿No me jodas? —preguntó, entre risas.

—No tiene ni puta gracia, Kieran. No sabes la cara que ha puesto, para luego decirme que tan solo fue un polvo, y que no piensa permitir que me quede con su herencia.

—¿Y qué querías que te dijera? Tenías la polla metida en la boca de otra mujer, no creo que pensaras que te iba a jurar amor eterno —me contestó, y tuve que soltar una carcajada. No por lo que dijo, sino por el tono en el que lo hizo.

Salimos del despacho, justo cuando pasaban Aitana y Triana, abrazadas, Macarena venía un poco más atrás, hablando por el móvil con alguien, suponía que serían sus padres o los de Aitana, porque lo estaba haciendo en español.

—¿Podemos hablar un momento? —le dije a Aitana, que me miró como si estuviera viendo el insecto más asqueroso del mundo.

—Tú y yo no tenemos nada de lo que hablar. Ciñámonos a las condiciones, y busquemos a alguien con el que compartir nuestra vida. Te deseo suerte, porque yo ya tengo a una persona que me conoce mejor que nadie y que no estoy dispuesta a dejar atrás —me dijo, y entonces lo comprendí todo.

Macarena no estaba hablando con ninguno de sus padres, lo estaba haciendo con esa persona a la que Aitana tenía en tan buena estima.

—Aquí no entra nadie más, te lo advierto —le dije, enfadado.

—No te preocupes, que estará en un hotel, tan solo vendrá cuando pasemos la noche juntos. Tú traes aquí a tus amiguitas, y yo traeré a mi chico —me respondió.

Juro por lo más sagrado que me entraron ganas de estampar el puño contra la pared. Si no lo hice fue porque las paredes eran de piedra y me hacían falta las dos manos para trabajar. Pero lo que sí hice fue encerrarme en mi habitación y gritar hasta quedarme sin voz, y no era por perder la herencia, que ya me daba igual.

Capítulo 12



Aitana

Se me ocurrió una idea genial, y sabía que Alberto no me diría que no. Os preguntareis quién es Alberto, pero ahora mismo os lo cuento. Era mi mejor amigo, abogado y gay, aunque la pluma no se le notaba. No era la primera vez que nos metíamos en algo así juntos, ya que yo fui su tapadera durante muchos años ante sus padres y jefes, hasta que tuvo la suficiente fuerza y poder para hablar de su condición sexual abiertamente.

—Amor, ¿qué tal por tierras escocesas? —me preguntó, en cuanto que marqué su número.

—Te necesito, aquí, lo antes posible. Tengo algo que proponerte, y espero a que me digas que sí —le contesté.

—Sea lo que sea, sabes que lo haré. Tengo mucho que agradecerte, y si necesitas que te ayude, con lo que sea, soy capaz de casarme contigo —me respondió, y solté una carcajada.

—Precisamente es eso lo que necesito, pero será mejor que lo hablemos cuando estés aquí. Te paso con Macarena y que ella te cuente los detalles.

—¿No me digas que están ahí las dos loquitas?

—Aquí estamos, Albertito, tan solo faltas tú —le dijo Macarena, acercándose al teléfono.

Los dejé hablando y entramos en el castillo, encontrándome en el pasillo a quién menos me pensaba y me apetecía encontrar. Tras unas cuantas palabras mal dichas y mal sonantes por parte de los dos, cada uno tomó su camino.

—Amiga, déjame decirte una cosa, y no te enfades. Estáis los dos loquitos por los huesos del otro —me dijo Triana.

—No te lo crees ni tú. Ese tipo no tiene corazón, por lo que no es capaz de ver más allá de su propia nariz. Te pido, por favor, que dejes el tema, no quiero que me haga más daño —le dije a Triana, y supe que lo iba a hacer.

Alberto me envió un mensaje con la hora de llegada de su vuelo, que era esa misma tarde a las cinco, así que iríamos a recogerlo. Su trabajo lo podía hacer desde cualquier parte del mundo, con un ordenador portátil y conexión a Internet, ya que él se dedicaba al derecho laboral, y trabajaba para una gran empresa.

Con él aquí, ya estaría completa, y sabía que sería un dolor de cabeza para Aidan, puesto que ambos estábamos acostumbrados a fingir que éramos una pareja, lo habíamos hecho durante mucho tiempo.

Pedí un coche por la aplicación, y me encaminé, junto a mis amigas, al aeropuerto para recogerlo. Tenía unas ganas inmensas de verlo, de darle un abrazo y de plantearle mi plan.

—Ya está aquí la alegría de la huerta —dijo, cuando salió por la puerta del aeropuerto.

—¡Alberto! —exclamé, y salí corriendo a darle un abrazo, de esos que reconfortaban.

—Vayamos al hotel, el simpático del highlander no quiere que haya más gente en el castillo —le dije, ya que había reservado una habitación para él.

—No dormiré allí, pero te prometo que me convertiré en un grano en el culo para ese idiota. Ahora, cuéntamelo todo —me dijo, sin apartarme de sus brazos.

Nos sentamos en una cafetería y allí, le conté todo. Alberto me escuchaba atentamente, mientras tomaba algunas notas, como buen abogado que era.

—Para empezar, vamos a tocarle un poquito los cojones al highlander ese. Ha dicho que no me puedo quedar allí a dormir, pero no ha dicho nada de que no pueda pasar el día con mi chica. Así que, vamos, que estoy loco por conocer ese castillo —me dijo, y todos soltamos una carcajada.

—Pues nada, tomemos un taxi, y vayamos a la aventura —le respondí.

Dicho y hecho, nos encaminamos al castillo, donde sabíamos que lo encontraríamos, tanto a él como a sus amigos.

—La primera, en la frente. Mira donde está —me dijo Triana desde el taxi.

—Joder, también es mala suerte la mía.

—O buena, que así templamos los ánimos desde el primer momento —me contestó Alberto.

Bajamos del coche y nos dirigimos a la zona del jardín donde se encontraban Aidan y sus amigos. Sus caras eran de absoluto asombro, pero la de mi highlander todavía era peor, porque mezclaba esa sorpresa con rabia, y no tardó en hacer que lo notáramos todos.

—Te dije que no quería a tu amiguito en mi casa, demasiado que aguanto ya a tus amigas —me dijo, sin ni siquiera habérselo presentado.

—Para empezar, no es tu casa, porque todavía no se ha formalizado la herencia. En segundo lugar, no soy su amiguito, me llamo Alberto y, a partir de ahora, además de ser su chico, soy su abogado —le contestó mi amigo, dejándolo a cuadros.

—Aunque no se ha formalizado la herencia, como tú dices, es mi casa y así la siento, porque he pasado entre estas paredes los últimos cuatro años, prácticamente sin moverme del lado de Arthur, su propietario, cuando más lo necesitaba, mientras que ella no sabía ni de su existencia —le respondió Aidan.

—No viene a quedarse, está aquí para conocer "mi" castillo, y pasar el día con nosotras. Se quedará en el hotel, no te preocupes por eso, que no te lo encontrarás por los pasillos —le espeté, con rabia.

Vi como se llevaba las manos a la cabeza, y ese era un gesto muy común en él, sobre todo cuando estaba nervioso o preocupado.

Nos sentamos en una de las pérgolas del jardín. Alberto no paraba de hacerme muestras de cariño, que si un besito por aquí, que si una caricia por allá, mientras que veía como Kieran y Graham se reían de ver la cara que ponía Aidan.

En un momento dado, Alberto se levantó para marcharse, y lo acompañé a la puerta, donde ya había un coche esperándolo para llevarlo al hotel. Al darme la vuelta para volver al castillo, lo vi detrás de mí.

—No te pienses que me vas a ganar con esta pantomima que te has montado. Ese tío no es tu novio, ni lo será nunca, porque…

—Alberto ha sido mi novio durante muchos años, y ahora, hemos vuelto a ser pareja, te guste o no —lo interrumpí.

—Sigue creyéndotelo si te hace feliz, pero que sepas que no llegareis a ningún lado —me dijo, y se dio la vuelta para marcharse.

Me entraron ganas de gritar, de patalear, de golpearlo, pero nada de eso podía hacer, sobre todo estando él delante, así que me quedé donde estaba, parada, y esperé a que se marchara.

¿Sabría que Alberto era gay? ¿Habrá sido capaz de investigarlo? Tendríamos que hablar con él, para redirigir nuestra estrategia. Cuanto antes lo hiciéramos, antes terminaría todo y podría empezar a vivir mi vida.

Entré en el castillo, en mi habitación, y me di una ducha calentita que recompusiera mi cuerpo, por dentro y por fuera. Me puse un pijama de los gorditos y me acosté. Tenía una sensación contradictoria, por un lado, necesitaba sentir el frío, ese que me hacía ver que seguía viva, pero por otro,

quería calor, pero no el de una manta, calor humano, era lo que yo necesitaba en mi vida.

Capítulo 13



Aidan

Si se pensaba que me iba a engañar con toda esa pantomima, lo llevaba claro. Ese tío no estaba interesado en ella, más bien me miraba más a mí que a ella, y todos nos habíamos dado cuenta.

Mandé investigar a Aitana en cuanto que llegó, y efectivamente, Alberto y ella habían sido pareja durante más de tres años, pero también, durante ese tiempo, a él se le vio en otra compañía, la de otros hombres, para ser más exactos, y ella lo sabía.

¿Se trató de un acuerdo entre los dos a favor de su amistad? ¿Eran una pareja abierta o acaso él era bisexual? Me encargaría desmontar esa mentira, y no solo por la herencia, que también, sino porque ella me importaba y no pensaba dejar que nadie le hiciera daño.

—Amigo, soy Aidan, necesito que investigues a fondo a una persona, se llama Alberto Ximénez, y acaba de aterrizar de España hace unas horas. Se aloja en el hotel Beauly Grand, y lo necesito lo antes posible —le dije, al investigador privado al que había llamado.

—Dame un par de días y tendrás sobre tu mesa uno de los informes más copiosos de los que hayas podido ver —me respondió él.

—Eso espero. No quiero que omitas absolutamente nada. Quiero saber hasta la hora a la que va a cagar ese tío.

—Así lo haré, no te preocupes.

Me metí en mi despacho, si ella quería jugar, jugaríamos, porque yo no pensaba quedarme atrás, y para ello tiraría de mi amiga Olivia Hall. Os preguntaréis quien es esta mujer, pero ahora mismo os pongo al día sobre quién es.

Olivia y yo nos conocíamos desde niños, siempre hemos sido inseparables, hasta que ella se echó una pareja que la fue apartando de todo su círculo. Después de mucho tiempo, volvió pidiendo ayuda, y yo se la ofrecí, librándola de aquella mala pécora que era su pareja. Como habréis podido deducir, Olivia era lesbiana, y como una hermana para mí, por eso sabía que, si la llamaba, no dudaría en acudir a mi rescate.

—Hola, mi amor, ¿en qué puedo ayudarte? —me dijo cuando comprobó que era yo quien estaba al otro lado de la línea telefónica.

—Olivia, cariño mío, te necesito en el castillo. ¿Podrás tomarte unos días libres? —le pregunté, con ese apelativo cariñoso que usábamos siempre para dirigirnos entre nosotros.

—Tienes suerte. Acabo de terminar un proyecto y me voy a tomar unos meses de vacaciones. Mañana mismo me tienes ahí —me dijo.

Estuvimos un buen rato hablando por teléfono, hasta que casi era la hora de cenar. Olivia vivía en Glasgow, allí tenía una empresa de decoración de interiores, y trabajaba remodelando los hoteles de las mejores cadenas hoteleras, no solo del país. Era cierto que, normalmente, estaba saturada de trabajo, por lo que el que me dijera que se iba a tomar unos meses de vacaciones me tomó por sorpresa, alguna razón tenía que haber detrás de todo ello.

Eran las nueve de la mañana cuando vi que un coche estaba entrando por el camino de piedra del castillo, y supe que era ella de inmediato. Salí de mi despacho y bajé corriendo a darle un abrazo y un beso, como hacíamos siempre que nos veíamos.

—¡Mi amor! —exclamó Olivia cuando se bajó del coche.

—Hola, cariño mío, que ganitas tenía de tenerte conmigo de nuevo —le contesté, dándole un breve beso en los labios, que era nuestra manera de saludarnos.

Al fondo vi como Aitana me miraba asombrada, y sabía lo que vendría a continuación, por eso advertí a mi amiga de que no interviniera, que solo observara.

—No me lo puedo creer. Si te piensas que esta mujer se va a quedar aquí, lo tienes claro. Lo siento, no es nada personal contra ti, pero es que no puedo con las injusticias y las contradicciones —le dijo a Olivia, que la miró sin perder la sonrisa.

—Ella se va a quedar porque es…

—Soy su novia, Olivia, encantada —dijo esta, viendo como la mandíbula de Aitana caía hasta el suelo.

—¿Su novia? ¿Qué pasa, que como ha llegado Alberto, también tenías que traer una novia? Me parece que estás intentando jugar muy sucio, Aidan —dijo Aitana, incrédula.

—Si alguien intenta jugar sucio aquí, esa eres tú. Así que, no me jodas, por favor. Olivia se quedará aquí, en mi cuarto, concretamente, y no hay más discusiones.

—Pues, si Olivia se queda, Alberto también, y no hay discusión. Aquí, somos los dos iguales, posibles herederos.

—Claro, una posible heredera que no ha sido capaz de interesarse por la fábrica y los negocios, que ni siquiera ha preguntado una sola vez si necesito ayuda para sacarlos adelante, con una carrera como la que tienes…

—En eso, tienes razón. A partir de mañana, me encerraré contigo en tu despacho a que me pongas al día de todo, y me haré cargo de lo que corresponda —me contestó, dejándome a cuadros.

Olivia y yo entramos el equipaje al interior del castillo, directos a mi habitación, donde le dejé parte de mi armario. Podría ocupar la que quisiera

dentro del castillo, pero no la quería lejos, me apetecía dormir con ella y que me contara sus cosas, como cuando éramos adolescentes.

—Podrás engañar a quién te dé la gana, pero a mí, no. Esa mujer te gusta, y mucho, y te jode que haya aparecido aquí con un supuesto novio —me dijo, sentada en mi cama.

—Para nada, lo que me jode es que intente colarme un novio que no es, porque, por mucho que me diga ella, ese hombre es gay, aunque no tenga pluma.

—No todos los gays tienen pluma ni todas las lesbianas parecemos un macho, Aidan. Deberías actualizarte un poquito, que te estás quedando obsoleto —me dijo, dándome un manotazo en el hombro.

—Ya lo sé, y sabes que respeto a todo el mundo, mientras que no le haga daño a nadie. Pero no me lo creo. El tal Alberto no me quitaba la vista de encima, ni a mí ni a Kieran, nos estaba comiendo con los ojos.

—Pues tal y como he hecho yo con esta chica y con su amiga, que también estaba para darle un repasito. ¿Me dijiste que eran españolas?

—Sí, de Andalucía, según me contaron. La verdad es que no sé muy bien por donde queda eso, tendría que mirarlo en un mapa, la verdad.

—Eso queda al sur de España. Estuve allí, en una ciudad que se llama Sevilla, montando un hotel en el casco histórico. Tendrías que conocerla, es preciosa.

—Prefiero quedarme en el lago Ness, me resulta un poquito más fiable —le respondí, riendo.

Olivia, siempre que salía de Escocia, me decía que tenía que visitar la ciudad a la que había ido. Si le hubiera hecho caso cada vez que me dijo eso, no me hubiese dado tiempo de trabajar, me la habría pasado de avión en avión, visitando ciudades.

—¿Qué te parece si vamos a buscar a los chicos a la oficina y vamos a comer al restaurante de Alex? —me preguntó.

—Me parece una idea fantástica. Eso sí, con ella, tan herméticos como siempre, por favor, que conoce a Aitana y se puede ir de la lengua.

Capítulo 14



Aitana

—Este highlander no va a poder conmigo, te lo digo yo —le dije a Alberto, muy cabreada.

—¡Esa es mi chica! Tenemos que encontrar la manera de putearlos a los dos, pero de manera disimulada — contestó mi amigo.

—Claro, vamos a matarlos y que parezca un accidente, ¿no?

—Ay, chiquilla, por favor, no digas eso ni en broma. Una cosa es hacerle la vida un poquito imposible, y otra muy distinta mandarlos al patio de los callados —me contestó, santiguándose como si no hubiera un mañana.

—¿Dos días aquí y ya te has olvidado del sarcasmo y la ironía andaluza? Eso sí que no me lo esperaba, te lo juro.

—Calla, que por un momento te he visto con el mono de mecánico, tirada debajo del coche, cortándole el cable de los frenos.

—Gracias, es usted muy amable. No sabía que tenías ese concepto tan bonito de mí. Te juro que me ha llegado al alma —le contesté, y ambos empezamos a reír a carcajadas.

No tardamos más de quince minutos en llegar al castillo, donde, en su jardín, estaban mis amigas sentadas con sus amigos y, en la otra esquina de la

mesa, Aidan con Olivia, en actitud muy cómplice.

—Vamos a llevar tus maletas a mi habitación y enseguida bajamos —le dije a Alberto, que negó con la cabeza.

—No, tú llevas las maletas a tu habitación, o déjalas ahí, en el coche y luego la subimos, que me quiero sentar allí, tengo que analizar unas cuantas cosas —me contestó, cogiendo el camino de piedra que llevaba hasta donde estaban ellos.

—Desde luego, serás…

—Inteligente, eso es lo que soy —me contestó, con guiño de ojo incluido.

Al final, las maletas se quedaron en la puerta, hasta que una persona del servicio preguntó, y se encargó de subirlas hasta mi habitación. Nosotros, tal y como había dicho Alberto, nos dirigimos hasta donde estaban los demás, con nuestras manos entrelazadas, como habíamos hecho siempre.

Me fijé en como Aidan apretaba los dientes, y también en que Olivia, su supuesta novia, le apretaba la mano en señal de apoyo, mientras que le cogía la cara para que la mirara a los ojos, dándole un breve beso en los labios, que, a mí, personalmente, me sentó como si me hubieran dado una patada en la misma boca del estómago.

—¿Se puede saber de qué te ríes? —le pregunté a Alberto, que había soltado una carcajada.

—Ay, amiga, si no fuerais tan cabezones, los dos, esto se podría resolver en un momento —me dijo, y la verdad, no me gustó nada ese comentario.

—No sé a qué viene eso, pero de igual modo te digo que no me ha gustado nada —le dije, medio enfadada.

—Déjame comprobar una cosa —me susurró, mientras que hacía lo mismo que había hecho Olivia, cogerme la cara y darme un beso de pico.

—¿Por qué has hecho esto?

—¿Te ha molestado? —me preguntó Alberto.

—Sabes que no, pero no sé a qué ha venido.

—Pues a que tenía que comprobar que al highlander, el que yo haya besado tus labios, le ha sentado como si le hubieran dado una patada en los huevos —me dijo, y soltó una carcajada.

—Como si yo le importara algo… Este es un pichabrava, como decimos en nuestra tierra, que utiliza a las mujeres a su antojo.

—Hasta que llega una que le ablanda el corazón, y te puedo jurar que, cuando eso sucede, no hay pichabrava que valga —me contestó, sin dejar de observar a los dos.

Estábamos enfrascados en esa conversación, cuando vimos que Macarena le daba un guantazo a Kieran, mientras que el otro reía a carcajadas.

—Eso, se lo propones a tu prima Paqui —le dijo ella, muy indignada.

—¡Venga, ya, mujer! ¡Si era una broma! —exclamaba él, ante la estampida de mi amiga, que se levantó de donde estaba y se sentó a nuestro lado.

—¿Qué te ha pasado para actuar de este modo? —le pregunté, intrigada.

—Pues el muy cerdo, que me ha dicho que, si quería, nos podíamos ir a un club de sexo liberal que él conoce, y que me lo iba a pasar muy bien —dijo ella, toda indignada.

—Idiota, le podías haber pedido la dirección antes de darle el guantazo, que, a mí, sí que me interesa —le dijo Alberto, por lo bajini, y provocando mi indignación.

—¿Esa es la manera que tienes de qué esto funcione? ¿Ir a un club de sexo liberal? —le pregunté, y ahora el que reía era él.

A todo esto, Aidan no nos quitaba la vista de encima, era como si nos estuviera analizando. Por ello, le cogí la cara a Alberto y lo besé, ahí a lo grande, metiéndole la lengua hasta la campanilla, ante su total estupor.

—¿Qué haces, loca? ¡Qué asco, por favor! —me dijo casi en un susurro, pero Aidan se enteró, y puso una sonrisa maliciosa.

—Déjate de tonterías, ¿o acaso pensabas que la cosa se iba a quedar en cuatro picos?

—No, si te parece, voy a follar contigo. Desde luego, eres…

—Inteligente, eso es lo que soy —le contesté, diciéndole lo mismo que me dijo él antes.

Al final, terminamos todos riendo a carcajadas, excepto Aidan, que tenía cara de funeral. Pasado un rato, Alberto y yo, subimos a mi habitación, donde le hice un hueco en el armario para poner su ropa.

—Esa tía no está interesada en Aidan, te lo digo yo, que de eso entiendo —me dijo Alberto.

—Pues lo estará en el dinero de la herencia, que quieres que te diga —le contesté, de mala gana.

—Ni en eso. ¿Quieres oír mi teoría?

—Adelante, sorpréndeme.

—Ahí va, agárrate que vienen curvas. Mi teoría es que está haciendo lo mismo que nosotros dos. Esa mujer es lesbiana, apostaría mis dos manos y no las perdería…

—¡Venga ya, hombre, eso no se lo cree nadie! —exclamé, porque no la veía de ese modo.

—¿Por qué? Te aseguro que hay gente homosexual que ni tiene pluma ni parece un macho, siempre te lo digo —me dijo, enfadado.

—Y lo sé, pero no es por eso. Esa mujer es, no sé cómo explicarlo…

—Sí, ya, demasiado femenina para ser lesbiana, ¿no? Pues, ¿sabes que te digo? Que lo voy a averiguar, y te daré con la información en la cara.

—Sí, claro, lo que tú digas —le contesté, y entonces, pensé que, si Alberto podía averiguar si Olivia era lesbiana, Aidan también lo podría hacer con él, y me dio un escalofrío por el cuerpo.

—No me mires así, que no estoy diciendo nada tan descabellado. ¡Si fuerais sinceros el uno con el otro, nos ahorraríamos toda esta parafernalia! —exclamó, mientras colgaba sus pantalones.

—Es que, si tú puedes averiguar sobre Olivia, Aidan también lo puede hacer sobre ti…

—¿Crees que no ha mandado ya a alguien para que me investigue? No seas tan ilusa, Aitana, que después pasa lo que pasa. Por supuesto que lo ha hecho, pero antes de que él dé el primer paso, ya le habré adelantado por la derecha, te lo aseguro.

Capítulo 15



Aidan

Cada vez que veía a ese tipo acercarse a Aitana, se me revolvía el estómago. Olivia, a mi lado, me miraba sonriente, e incluso me dio un beso en los labios, que para mí no significaba nada más que un gesto de amistad.

—Tranquilízate, por favor. Esa vena que tienes en el cuello se te está poniendo tan hinchada, que podríamos meter un cable de fibra óptica por ella —me dijo Olivia, riendo.

—No puedo, Olivia. Te juro que, si por mí fuera, lo cogía de un puñado y lo tiraba por encima de la verja —le contesté.

—Eso lo sé yo. Ahora, te voy a hacer una pregunta y quiero que me contestes con sinceridad.

—Dale, te prometo que así lo haré.

—¿Por qué no os dejáis de tonterías y habláis claro los dos? Estás loquito por los huesos de esa mujer, y a ella, tampoco le eres indiferente. Creo que estáis perdiendo un tiempo precioso para conoceros —me dijo Olivia, poniéndose seria.

—Si te digo la verdad, no lo sé. Cuando la tengo delante, me muero por besarla, pero, sin embargo, pienso que no es la persona adecuada para mí, ni

yo para ella. Somos tan diferentes, que no sé si funcionaría —le contesté, algo apenado.

—Y no lo sabrás nunca si no te arriesgas. Sabes que puedes contar conmigo para todo, que estaré a tu lado de manera incondicional, pero no serás feliz si te niegas el amor de la persona que quieres —me dijo, de manera fraternal.

Cambiamos de tema radicalmente cuando los vimos aparecer de nuevo, entre risas y abrazos. Había algo en ese hombre que me olía mal, que estaba ocultando algo, y pensaba descubrirlo.

En un momento dado, Aitana se levantó con una copa de vino en la mano, esa misma que terminó en la camisa de Olivia, con la correspondiente risa de ese hombre.

—Lo siento mucho, Olivia. Soy tan torpe que he tropezado con mi mismo pie —le dijo Aitana, sin que esa disculpa sonara sincera.

—No te preocupes, cariño. Que ahora Aidan me ayuda en la ducha —le contestó, guiñándole el ojo, y ofreciéndome la mano para que la siguiera, y así hice.

—Por supuesto, cariño. Vamos, y así le damos un poco de uso a la bañera, que desde que la puse, todavía no la he estrenado —le contesté, riendo.

—Será desde que la puso mi tío abuelo, porque, que yo sepa, aquí no hay nada tuyo —le contesté.

—Se te ha olvidado decir, todavía. Y no, no fue Arthur el que hizo la reforma de mi habitación, que de eso me encargué yo, costeando hasta el último penique. Si quieres, ahora te enseño las facturas, pero tendrá que esperar a que mi prometida y yo terminemos —le contesté, maquiavélicamente.

Al entrar en mi habitación, ambos estallamos en una sonora carcajada. No por lo que había hecho, que también tenía su gracia, sino por la cara que puso cuando Olivia le indicó que yo la ayudaría.

—Tengo que pensar en como vengarme, pero de manera sana y graciosa, por supuesto, y creo que ya lo tengo —me dijo, con una sonrisa de maldad.

—¿En qué va a consistir esa venganza? —pregunté, aunque en realidad no sabía si quería conocer los detalles.

—Tengo ahí un tinte vegetal, de esos que se van con los lavados, en verde. Lo compré para una fiesta de disfraces, y tuve la intuición de meterlo en la maleta. Vamos a ir a su habitación. Mientras que tú vigilas que no venga nadie, yo entraré en su baño, y rellenaré el champú con él —me contó, y me tuve que aguantar la carcajada.

—Sabes que, si haces eso, ella no se quedará quieta, ¿verdad? —le advertí.

—Por supuesto que lo sé, y eso es lo que lo hace todo más interesante —me respondió.

Yo me mantuve en el pasillo, actuando de vigía, mientras que ella lo hacía. No tardó ni dos minutos en hacerlo y, cuando ya lo tenía todo listo, salió con una sonrisa dibujada en la cara.

—Ahora tan solo tenemos que esperar a que lo descubra. Lo que me voy a reír va a ser poco —dijo, haciéndome reír a carcajadas.

Bajamos de nuevo al jardín, después de que tomara una ducha y se cambiara de ropa. Estábamos al lado de la estufa, porque el frío era insoportable si no lo hacíamos de esta manera.

—Propongo algo. Hagamos una fiesta de pijamas en el salón, con palomitas, refrescos y una película de miedo. ¿Quién se apunta? —dijo Olivia, frotándose las manos.

—Yo, pero solo si la película la elijo yo —dijo Alberto.

—Trato hecho —le respondió ella.

—Alberto, no se te vaya a ocurrir poner la que tú sabes, que luego me llevo toda la noche sin pegar un ojo —le advirtió Aitana, pero él la miró pícaramente, y entonces, supe que era esa la que iba a elegir.

—Venga, vamos a darnos una duchita, nuestros pijamas calentitos, y nos vemos aquí en media hora. Yo, como la ducha ya me la he dado, tan solo tengo que cambiarme, así que iré preparando el salón —dijo Olivia, que se las había ingeniado para que pasara lo del tinte en ese momento.

Cada uno cogió para una parte, y yo, para no levantar sospechas, entré en mi habitación a ducharme y ponerme mi pijama. Ni diez minutos llevaba, cuando escuché un grito en la habitación de Aitana, y entré sin llamar, así disimulaba un poco.

—¿Qué ha pasado? —dije, entrando y encontrándome a Alberto doblado de la risa.

—Mírala, alguien le ha puesto el pelo como el Jóker de Batman —contestó, sin poder para de reír.

—Como coja al o a la que ha sido, se va a cagar. ¡Mira! ¿Cómo voy a salir así? —dijo ella, que no paraba de restregarse el pelo en una toalla.

—Mujer, piensa en positivo, ahora todo el mundo estará más pendiente de tu cabeza que de la película, y tú también, así no te dará tanto miedo —le contesté, riendo, al igual que su supuesto novio.

—Esto no se va a quedar así, os lo juro.

Se puso su pijama, porque ni cuenta se había dado de que iba en ropa interior, una que me puso como una moto, todo hay que decirlo, y bajamos al salón.

—Solo lo voy a preguntar una vez. ¿Quién coño me ha cambiado el champú por un tinte verde? —dijo, pero mirando directamente a Olivia.

—He sido yo, y es una bromita, mujer. Es un tinte vegetal, en dos lavados se te va. Luego, si quieres, te ayudo a quitártelo —le dijo ella, con carita de inocente, mientras todos los demás las mirábamos como si estuviéramos en un partido de tenis, moviendo la cabeza de una a la otra.

—No hace falta, pero te advierto que has desatado la guerra. Si pensabas que me iba a quedar quieta, no te lo crees ni tú, chavala —le contestó, con

una sonrisa de lo más cínica —. Será japuta la escocesa —esta parte la dijo en español y murmurando, pero yo la escuché y no pude reprimir la carcajada.

Nos sentamos todos, pero antes de eso, me acerqué a ella, tenía que comprobar que seguía sintiendo algo por mí, me puse a su espalda y le susurré en el oído.

—Estás preciosa hasta con el pelo de ese color.

Capítulo 16



Aitana

La “bromita” de la escocesa no se iba a quedar en aguas de borraja, eso lo tenía claro. Yo, cuando le tiré el vino encima, no lo hice a propósito, fue cierto que tropecé.

El momento en el que me miré en el espejo y me vi con el pelo verde, no lo olvidaré en mi vida, había ido a por mí, a mala leche. Con esa cara de tonta que tenía, y no escondía nada la muchacha.

—¿Dónde vas? —me preguntó Alberto, después de ver como Aidan se había acercado a mí, como quién no quiere la cosa.

—A ver si me quito el color este del pelo. Todavía falta un poquito para Halloween, y no quiero que me confundan con la Harley Queen —le dije, provocándole una carcajada.

—Anda, vamos, que te ayudo —me contestó, mientras me cogía por la cintura y miraba de reojo a Aidan, que apretaba los puños.

Diez veces me tuve que lavar la cabeza para que se me quitara el complejo de pistacho que tenía. Al final, iba a terminar con el pelo tan brillante que me cogerían para un anuncio de champú.

—¿Has pensado ya en la forma de vengarte? —me preguntó Alberto.

—En ello estoy, pero no encuentro ninguna que me guste, la verdad.

—Yo tengo una idea. Ella toma té en el desayuno, ¿verdad? —me preguntó, con esa sonrisa maliciosa.

—Sí, pero no pienso hacer nada que afecte a su salud. Una cosa es una broma y otra muy distinta que le pueda ocurrir algo —le contesté.

—No digo eso, yo tampoco sería capaz, y lo sabes. Te digo que ella utiliza una especie de azúcar que viene en terrones, y he mirado por internet, y aquí en Inverness hay una tienda que las venden, pero de sal. Misma marca, mismo tamaño, y no creo que mire el envoltorio, la verdad.

—Pues ya estás tardando en ir por un paquete. Esa se va a enterar mañana…

Alberto pidió un taxi por la aplicación, a una de esas tiendas que abren veinticuatro horas y que también las tenían. No tardó ni media hora en volver, le dije que comprara tampones para poder justificar su salida, o de lo contrario, nos pillarían antes de tener la oportunidad de efectuar nuestra broma.

Al final, no nos hicieron falta excusas, entramos en la cocina y cambiamos el interior de la lata por el que habíamos traído, y nos fuimos a la cama. Os prometo que no podía dormir de la adrenalina que corría por mis venas, y me levanté una de las primeras.

—¡Qué madrugadora, Aitana! —me sorprendió Aidan, por detrás en el pasillo.

—No podía dormir, debo estar incubando algo, porque no me encuentro muy bien —le dije, y era cierto, me notaba como destemplada, y eso significaba que no podría disfrutar de mi broma al cien por cien.

—Sí, claro. Y yo me creo que no te has levantado temprano para gastarle una broma a Olivia. Pero, lo siento, porque no me pienso separar de ti.

—Por mí, como si me quieres llevar en brazos a la cocina, y así te aseguras de que no hago nada —le contesté, algo apática, cuando vi a Olivia por el

pasillo.

—Hace un día estupendo, ¿desayunamos fuera? —preguntó, y no sé qué le veía ella de estupendo al día, porque yo intenté salir y me quedé congelada al instante.

—Yo paso, mejor lo hago en la cocina o en el salón, junto a la calefacción. Ya te he dicho que no me encuentro demasiado bien —le dije, de nuevo.

—Pues nada, entonces, desayunemos dentro, no te vamos a dejar sola —me contestó Olivia, demasiado amable para mi gusto.

—Por mí no lo hagáis, de verdad. Aidan, creo que vamos a tener que dejar lo de la empresa para mañana, que no tengo yo la cabeza para muchos trotes.

—No hace falta que busques excusas, ya sé que todo esto te interesa entre poco y nada.

—Mira, piensa lo que te dé la gana, me da igual.

Me senté en uno de los sillones del salón, cerca de la chimenea, a ver si entraba en calor, porque realmente me encontraba mal.

—¿Qué coño es esto que le he echado al té? —vi que decía Olivia, escupiendo el sorbo que le había dado.

Escuché la risa de Alberto, incluso la de ella misma, pero no podía abrir los ojos, por mucho que quería, llegando, en un momento determinado, a perder la conciencia.

—Aitana, ¿qué tienes? —escuché que me decía Aidan.

—No lo sé, tengo frío y no tengo apenas fuerzas —contesté a media voz.

—Está ardiendo, Aidan, deberíamos llamar a un médico —le dijo Olivia, preocupada.

Fueron a buscar a un doctor, que me diagnosticó una gripe severa, con fiebre muy alta. No sé cuántos días estuve sin poder levantarme de la cama,

pero de vez en cuando lograba abrir los ojos y tomar algo de líquido.

—Hola, bella durmiente, me alegro de verte de nuevo en el mundo real —me dijo Aidan, con cara de no haber dormido en algún tiempo.

—Hola. ¿Me puedes acercar un poquito de agua, por favor? —le pedí, con la voz rasgada por la sequedad de mi garganta.

—Por supuesto, pero no bebas mucho del tirón, que te puede sentar mal en el estómago. Sorbos cortitos, ¿de acuerdo? —me dijo, trayéndome una pequeña botellita con una cañita.

—De acuerdo.

Cogí la botella como pude, y empecé a pegarle pequeños sorbitos, mientras que él me ayudaba a sujetarla. No me quitaba la mirada de encima, y me sonreía de manera tímida.

—Ahora te subirán algo de comer, ligerito, eso sí. Le he dicho que te hagan un caldito y un pescadito a la plancha con verduras.

—Me sobrará la mitad del caldo, y todo lo demás, la verdad.

—De eso nada, no me pienso mover de aquí hasta que no te lo termines todo.

—Vamos, como has hecho desde que cayó enferma, que no te has movido de aquí nada más que para ducharte, y hasta eso lo has hecho en su baño —dijo Olivia, que entraba en ese momento —¿Qué tal estás, Aitana?

—Algo mejor, pero todavía muy débil. Lástima que no pude disfrutar de mi broma, tuvo que ser un poema tu cara al beberte eso —le dije, intentando reírme.

—La madre que la parió. Tres días me llevé que todo lo que comía me sabía a salado. Pero vamos que, como tú dijiste, en cuanto que te encuentres bien, te aseguro que te la devuelvo —me dijo, sonriendo.

—Será mejor que vayas a ducharte y a comer algo, yo me quedo con ella —dijo Alberto, que también estaba en la habitación.

—De acuerdo, pero no tardo nada —le contestó Aidan, que me dio un beso en la frente antes de salir por la puerta de la habitación.

Vi que entre Alberto y Olivia había mucha complicidad, le tendría que preguntar a mi amigo que era lo que había sucedido en estos días en los que había estado en el limbo, y no me iba a conformar con que me dijera que no habían hablado nada importante.

Capítulo 17



Aidan

Cuando vi a Aitana desmayada en el sofá y ardiendo, salí corriendo a buscar al médico. Sabía que no era nada grave, pues el mismo doctor nos lo confirmó, se trataba de una gripe fuerte, nada más, pero eso no me impidió hacer lo que pensé desde el primer momento.

—Me da igual lo que me digáis, no me pienso mover de su lado hasta que no la vea completamente restablecida —les dije, tanto a Olivia como a Alberto, que cada día que pasaba me tocaba más los cojones.

—Si alguien se tiene que quedar aquí con ella, ese soy yo, que para eso soy su pareja —me contestó Alberto, malhumorado.

—Eso no te lo crees ni tú, en ninguno de los sentidos. Ni eres su pareja ni te voy a permitir que me alejes de su lado. Si te parece mal, dos trabajos tienes, aguantarte y aguantarte —le contestó.

En el escritorio de mi despacho tenía el informe que el investigador privado me había hecho llegar el día anterior. No lo había abierto todavía, pero sí que había hablado con Johan, y me había adelantado lo más importante, que era su condición sexual, y no porque me importara por mí, que cada uno hace con su vida lo que le da la gana, pero me hizo una ilusión tremenda saber que era gay.

No me moví de su lado de la cama nada más que para ducharme, allí comía, bebía y dormía, hasta la empresa la dejé en manos de Graham y Kieran, no había nada más importante para mí que ella.

Tenía claro que, en el momento en el que despertara, que se recuperara, hablaría con ella y le pondría las cosas claras, no quería más juegos entre nosotros. Bueno, sí que quería juegos entre nosotros, pero no de ese tipo, sino de unos más satisfactorios para los dos.

Vi como Olivia y Alberto salían de la habitación, con una complicidad entre ellos que me indicaba que habían hablado mucho los dos, que se habían hecho grandes amigos, y no sabía si eso me gustaba o me asustaba, la verdad.

—¿Cómo te encuentras? —le pregunté, después de que bebiera un poco de agua.

—Como si me hubieran dado una paliza y me hubiesen tirado después desde la torre más alta del castillo —me contestó, con una sonrisa.

—Bueno, es cuestión de tiempo. Por lo menos ya no tienes fiebre, por lo demás, te irás recuperando poco a poco. Una vez que esto suceda, me gustaría hablar contigo.

—¿Conmigo? ¿Ya te has casado y me vas a poner de patitas en la calle? —me dijo, irónicamente.

—No, ni me he casado ni me pienso casar de momento, tenemos un año para conocernos bien…

—En realidad tan solo diez meses, que llevamos dos meses aquí.

—Me sobran ocho para saber con quién quiero casarme —le contesté, y me miró entre sorprendida y triste.

—Está bien, tú sabrás. A mí, a estas alturas de mi vida, me da igual la herencia y todo lo demás. Tengo que confesar que, entre Alberto y yo no hay nada romántico, tan solo nos une una preciosa amistad de muchos años, y no quiero seguir fingiendo —me confesó, y aproveché para abrirle mi corazón.

—Entre Olivia y yo tampoco hay nada, al igual que vosotros, tan solo nos une una preciosa amistad, nada más —le dije, pero el gesto de su cara no mudó.

—Bueno, al menos tienes a alguien a quién conocer. Mira Aidan, te mereces todo lo que mi tío abuelo ha dejado. Yo, ni siquiera lo conocía, mientras que tú has estado a su lado durante toda la enfermedad, al igual que has hecho estos días conmigo —me respondió, con sinceridad.

—Veo que no te has dado cuenta, pero debe ser la gripe, que te ha ablandado bastante. No tengo a nadie, bueno, al menos hasta que no me digas que lo vamos a intentar. Es contigo con quién quiero estar, no con nadie más. Vamos a luchar juntos por lo que es nuestro, por derecho propio —le dije, y vi como las lágrimas caían por su rostro.

—¿Y si no sale bien? Somos muy diferentes, Aidan, en todo, y me da miedo entregar mi corazón a alguien como tú —me dijo, y esta última parte me dolió un poquito, no lo voy a negar.

—¿Cómo se supone que soy yo, Aitana?

—No te lo tomes a mal, Aidan, pero no eres un hombre fiel, precisamente. Te recuerdo que te has acostado conmigo una noche y, a la mañana siguiente, cuando he ido a hablar contigo, me encontrado con una pelirroja haciéndote una felación…

—La llamé para que me hiciera olvidarte. Gina no significa nada para mí, ha sido un desahogo sexual, no te lo voy a negar, al igual que otras muchas que han pasado por mis brazos. Nunca he engañado a nadie, todas sabían lo que hacían, estaba soltero y no le debía respeto a ninguna mujer —le dije, queriendo que me entendiera.

—Quiero que seas sincero conmigo. Si no estuvieras obligado a casarte por el tema de la herencia… ¿te hubieras atrevido a empezar algo conmigo? —me preguntó, y no supe que contestar.

—Pues, como quieres sinceridad, la verdad es que no lo sé. Sí sé que me llamaste la atención desde el primer momento en el que te vi en el restaurante

de Alex, cuando tú ni siquiera te habías fijado en mí, y ella te lo puede corroborar. Sí sé que, cuando te tuve entre mis brazos, lo que sentí era completamente diferente a lo que había sentido estando con otras mujeres, y eso me dio miedo. Por todo ello, e independientemente de la herencia, quiero conocerte, saber que hay detrás de cada gesto tuyo, de cada mirada, y vivir a tu lado todo lo que nos vaya deparando la vida.

—Contra todo pronóstico, y sabiendo que puedo terminar completamente destrozada, voy a darnos una oportunidad. Eso sí, a la primera de cambio que te coja en un renuncio, te mando a la mierda con todos los honores —me contestó, con una sonrisa.

Le enmarqué su cara con mis manos, y la besé. No pudo ser un beso como los que a mí me gustaría darle, porque todavía estaba muy débil y congestionada, pero ahora sabía que ese se lo podría dar en el momento en el que estuviera completamente restablecida.

Salí de la habitación para coger ropa y ducharme, ahora que estaba mejor, pretendía trabajar un poco, aunque sabía de sobra que, tanto Graham, como Kieran, se habían hecho cargo de todas las reuniones y demás, argumentando mi ausencia con una fuerte gripe, que era cierto, aunque nadie sabía que no era yo el que la estaba sufriendo, si no mi chica.

Me encantaba la manera en la que sonaban esas dos palabras, “mi chica”, era como si todo, de repente, encajara en su sitio, como si fuera la pieza del puzle que faltaba en mi vida, y no pensaba dejar pasar la oportunidad de que me conociera de verdad, al auténtico Aidan, no al que ella había visto hasta este momento.

Capítulo 18



Aitana

Hacía ya unas semanas que me había recuperado de esa desastrosa gripe que me dejó para el arrastre, y el mismo tiempo en el que había decidido darle una oportunidad a Aidan.

Desde entonces, muchas cosas habían cambiado, algunas para bien, y otras no para tanto. Triana y Macarena seguían allí conmigo, pero esta última había decidido que se volvía a Sevilla. Según ella, se había llevado una desilusión con Kieran, que no resultó ser el galán que ella esperaba, y lo estaba pasando mal. Aparte de eso, la habían llamado para hacer una sustitución larga, y si decía que no, pasaría al final de la lista. Por todo ello, Aidan decidió que esa noche le haríamos una fiesta de despedida, ya que tomaba un vuelo de regreso a España al día siguiente por la tarde.

—¿Tenemos todo listo? —le pregunté a mi chico, que terminaba de vestirse.

—Por supuesto que sí, me pongo el kilt y listo —me respondió.

Efectivamente, la fiesta era una mezcla de las dos culturas, la escocesa y la andaluza. Por eso, los hombres llevarían el kilt, mientras que las mujeres iríamos vestidas con nuestro traje típico, uno de faralaes, que mandé a pedir a Sevilla. No es que comprara nada para la ocasión, solo faltaría eso, sino que le dije a mi madre que empaquetara todos mis vestidos y complementos, y lo enviara al castillo. Las tres teníamos la misma talla, y Olivia, debía andar de

talla más o menos como nosotras, por lo que nos los repartiríamos como buenas amigas.

—Entonces, voy a ver como van las chicas y a terminar de vestirme yo —le dije, guiñándole un ojo.

—Que sepas que no me parece justo que tú hayas visto mi atuendo y a mí no me hayas contado ni el color.

—No te pongas pesadito, ya verás, cuando me tengas delante, que ha sido lo mejor —le respondí, riendo.

—Eso espero, porque de lo contrario, me vas a oír —me respondió, con una sonrisa.

Cuando entré en la habitación donde se estaban arreglando las chicas, me llevé una grata sorpresa. El día anterior se habían ido probando los diferentes vestidos y complementos, eso sí el mío lo dejé aparte, no quería que nadie lo viera. Era nuevo, lo encargué para la última feria, pero como me cogió en Beauly, que era el pueblecito cercano a Inverness donde estaba situado el castillo, ni siquiera lo estrené, mucho menos lo vieron mis amigas.

Era rojo pasión, de manga larga, de las que le salían volantes a partir del codo. Tenía corte sirena, saliendo los volantes grandes a partir de la parte superior de las rodillas. El escote en V por delante, pero no muy pronunciado, ya que lo llamativo del vestido era la espalda, que la llevaba completamente al aire. El alrededor del escote, tanto trasero como delantero, era de flecos, del mismo tono del vestido.

Los zapatos los llevaba en dorados, al igual que los pendientes, y los complementos de la cabeza, en los que las flores eran de los dos tonos, rojo y dorado. Mi recogido eran unas ondas al aire en el flequillo, y terminaban todas recogidas en un moño bajo, sencillo, que yo misma me hice.

Lo que más me sorprendió de todo es que a Olivia le sentaba el vestido que había escogido como un guante. En mi vida había visto a una extranjera lucir con tanto arte un traje de gitana, y no dudé en expresarlo.

—¡Viva la madre qué te parió! Hasta con un saco de patatas estás preciosa, hija de la gran china —le dije, en español, creyendo que no lo entendía, pero supe que no era así en cuanto soltó una carcajada.

—Gracias, aunque tú también vas a provocarle un infarto a uno que yo conozco —me respondió, en un perfecto español.

—No será para tanto, te lo digo yo — contesté, riendo.

Bajamos al jardín, donde Aidan había preparado todo, justo al lado de dos o tres estufas de exterior. Salí la última, y si Alberto me impresionó con ese kilt, más lo hizo mi chico. Lucía de una manera espectacular, con ese kilt de su clan, en colores rojos y negros, esa camisa blanca y su cinturón característico… joder, no se podía estar más guapo.

—Aitana… jamás me hubiera imaginado verte de esta manera. Estás… no sé describirlo, porque si te digo que es espectacular, me quedaría demasiado corto —me dijo Aidan, cuando llegué a su lado.

—Tú también estás impresionante, Aidan. Me muero por saber lo que hay debajo de esa faldita…

—No se llama faldita, ya deberías saber cómo se llama, te lo he dicho como un millón de veces. Tan solo por eso, no te lo enseñaré hasta que estemos en la habitación, y no ahora, sino cuando toda la fiesta haya terminado —me dijo entre risas.

Ni él me quitaba el ojo a mí, ni yo a él. Todo lo demás nos sobraba, a pesar de hacer el esfuerzo para que Macarena no se sintiera desplazada, que supiera que, aunque volviera a España, era muy querida por tierras escocesas.

Si en su día, me había llamado la atención la complicidad entre Alberto y Olivia, y ahora sabía el porqué, mucho más me llamó la que había notado entre mi amigo y Kieran. Ahora empezaba a entender la situación y las ganas de marcharse de mi amiga, pero no pensaba quedarme callada, porque ambos me dolían de la misma manera.

—Tú, ven acá que tengo que hablar contigo —le dije a Alberto, que notó en mi tono de voz y en la manera en la que le había hablado, que era algo importante.

—A sus órdenes, mi sargento —me contestó, y me sacó una sonrisa.

—¿Se puede saber qué hay entre Kieran y tú? —Fui directa al grano.

—Hasta ahora, nada, pero pretendo que la cosa cambie. No te voy a mentir, Aitana, Kieran me gusta, y mucho, y para él tampoco soy indiferente.

—No lo entiendo. Hasta donde yo tengo entendido, Kieran es heterosexual…

—No, Aitana, Kieran es bisexual, lo descubrió en un encuentro en el club de sexo al que acude alguna vez, y donde me va a llevar mañana por la noche, para que lo conozca. Es ahí donde pienso meter cuello. Sé que pensarás que soy un mal amigo con Macarena, que no debí fijarme en él sabiendo que a ella le gustaba, pero ha sido ella misma quién lo ha apartado de su lado.

—No tenía ni idea. Sé que, al poco de estar aquí, ella se enfadó con él, pero nunca hemos conocido los motivos.

—Muy sencillo. Él vive el sexo de una forma que a ella no le gusta, por decirlo de alguna manera. Kieran la invitó a vivir con él un día en el club, y ella se lo tomó muy mal, llegando al insulto, incluso. No digo que tenga que claudicar en ello, pero tampoco es nadie para juzgar la manera de vivir de los demás.

—En ese caso, tienes todo mi apoyo, Alberto, y me alegro por vosotros.

Capítulo 19



Aidan

Ese vestido le quedaba como un guante y, siendo egoísta, estaba deseando de que se terminara todo para encerrarme con Aitana en mi habitación. Desde que empezamos a salir, y a pesar de que todas sus cosas seguían en la habitación que eligió cuando llegó, las noches las pasábamos en mi cama, esa que olía a ella, a su perfume.

Por suerte, Macarena nos agradeció a todos esa despedida, en la que le hicimos un regalito, que fue una foto de todos en un marco de madera con el nombre de Inverness en relieve.

—Estaba deseando tenerte para mí —le dije, cuando por la habitación.

—Yo también estaba deseando que estuviéramos a solas, aunque ya he visto que debajo del kilt tienes un bóxer — contestó, provocándome una carcajada.

—Te prometo que, el día de nuestra boda, no me pienso poner nada debajo, pero tú tampoco lo llevarás. Será como un ejercicio de contención, como una prueba para los dos, que estaremos deseando estar a solas —le dije, y vi como el brillo de sus ojos cambiaba, convirtiéndose en deseo puro.

No me lo pensé, me acerqué y la abracé por detrás, me moría por sentirla entre mis brazos. Sus gemidos haciendo el amor se habían convertido en mi

melodía favorita, y pensaba escucharla durante muchas horas, así termináramos agotados.

Con mi lengua, y arrodillado a su espalda, recorrí toda su espalda, esa que me estaba poniendo como una moto. Aún de rodillas, abrí la cremallera de su vestido, y lo que vi me terminó de volver loco. No llevaba ropa interior, y había estado así desde el momento en el que bajó al jardín.

Su sonrisa, esa que vi en el espejo que teníamos justo enfrente, me indicó que había conseguido provocar en mí lo que pretendía, así que iba a hacer que se le quitara, que la cambiara por otro gesto que me gustaba más, el que ponía cuando estaba presa del placer.

Jalé del vestido hacia abajo, mientras ella se quitaba los complementos que tenía en la cabeza. La dejé solo con las sandalias de tacón doradas, nada más, y parecía que venían integradas con su piel. Subí su pierna al banquito que tenía en los pies de la cama, y que utilizaba para ponerme los zapatos.

Con su sexo a la altura de mi cara, me lancé y lo lamí a lo largo y a lo ancho, consiguiendo que empezara a gemir de la manera que a mí me gustaba. Lo estaba haciendo desde la parte de detrás de su cuerpo, así que yo la veía a ella, pero Aitana no me veía a mí, tan solo sentía mi lengua y mis dedos, que se introducían en su vagina y salían repletos de sus fluidos.

No tardó en llegar al orgasmo, y yo no tardé en introducirme en ella. No me desnudé, la necesitaba con urgencia, tan solo me quité el bóxer, que lo había hecho antes de entrar en el dormitorio, pero ella no lo sabía.

En la misma postura, y reflejándonos en el espejo que teníamos enfrente, iniciamos un baile de placer que nos estaba consumiendo a los dos en el fuego de nuestros cuerpos, de nuestros deseos.

—Te quiero, Aitana. Nunca pensé que le diría esto a una mujer —le dije, y era completamente cierto.

—Yo también, Aidan. Estos momentos son los que me hacen seguir perdiendo el sentido por ti —me respondió, y aceleré el ritmo.

Quería llegar al clímax a la misma vez que ella, por eso, no dudé en llevar mis dedos a su clítoris, haciendo círculos que, unidos a mis fuertes embestidas, terminaron por llevarla al cielo, y yo, como no podía ser de otro modo, la seguí.

Una vez terminamos, me quité la ropa, la llevé, junto al vestido de Aitana, a la silla que tenía en mi cuarto, y la cogí en brazos, directos a la ducha, porque, entre el calor que hacía en la habitación por la chimenea, y el que habíamos tenido en nuestro interior, nos llevó a tener una película de sudor en nuestros cuerpos.

Esa noche dormimos poco, nos dedicamos a disfrutar de nuestros cuerpos, de aquello que nos provocábamos el uno al otro, hasta terminar completamente agotados. No bajamos a desayunar, pedí al servicio que nos subiera zumo y tostadas para los dos, esas que nos comimos en la misma cama, desnudos y sin apartar la mirada el uno del otro.

Creo que sobra decir que nos volvimos a enredar de nuevo, hasta llegada casi la hora de la comida, en la que bajamos, entre otras cosas, porque teníamos que despedir a Macarena.

—¿Te has fijado en la complicidad que está surgiendo entre Kieran y Alberto? —me preguntó Aitana, con una sonrisa.

—Tanta que me ha propuesto que se encargue de los temas legales de la empresa. Pero, hasta que la herencia no se haga efectiva, no puedo hacer ningún movimiento de ese tipo —le contesté, y era cierto. Tenía potestad para mover los activos que ya tenía, pero no para adquirir ni modificar ninguno.

—Pues es una pena, porque sé que lo hace de maravilla. En España se lo rifan las empresas, y no tiene que asistir ni al despacho, trabaja desde donde le da la gana, y con unas tarifas desorbitadas, todo sea dicho.

—No son tan desorbitadas, te lo digo que le pago la nómina al que tenemos ahora en la empresa y que no cobra mucho más, haciendo la mitad de lo que hace Alberto —le contesté, de manera sencilla, para que lo entendiera, sin entrar en tecnicismos.

—¿Sabías que Alberto era gay cuando llegó? —me preguntó, de manera curiosa.

—Cuando llegó no, pero sí cuando me leí el informe del detective privado que mandé para que lo investigara —le dije, por fin, confesándole lo que había hecho.

—¿En serio lo mandaste investigar? No me lo puedo creer. Yo no hice eso con Olivia, y eso que también tenía mis motivos para desconfiar —me respondió, algo enfadada.

—Seguro que desconfiabas, por eso te ponías morada cuando se acercaba a mí —le dije, muy chulo, sin esperar lo que me contestó.

—Yo me ponía morada, pero tú casi pierdes las muelas de apretar la mandíbula cuando Alberto me daba un beso. Se te notaba a leguas, chaval, a mí no me engañas —me dijo, riendo a carcajadas.

—Habló la que casi hace que mi amiga perdiera el estómago.

—Y ella hizo que casi perdiera mi melena. No te puedes imaginar lo que me entró por el cuerpo cuando me miré en el espejo y me vi con el pelo verde. Si no me dio un infarto en ese momento, no me dará en la vida —me dijo, y me la imaginé en el baño, viendo como su pelo tenía un tono, así como pistacho, y no me pude aguantar la carcajada.

—Lo mejor fue que ni te diste cuenta de que estabas en ropa interior, mientras yo te hacía un escáner visual que daba gusto.

—Y Alberto, doblado de la risa encima de mi cama. Tener amigos para esto…

Capítulo 20



Aitana

Había algo que me rondaba en la cabeza, y que no pensaba quedarme con la duda. Esa noche, después de hacer el amor por enésima vez, tuve el valor de preguntárselo a Aidan, aunque no sabía si me gustaría la respuesta, para que te voy a engañar.

—Aidan, tengo una duda que me está carcomiendo por dentro —le dije, intentando romper el hielo.

—¿Y esa es? — preguntó, sonriente.

—¿Tú también vas al club de sexo al que asiste Kieran? —le pregunté, sin anestesia, directa al grano.

—Querrás decir si yo iba a ese club, porque desde que estamos juntos, no he estado con nadie más que no seas tú —me dijo, con especial énfasis en la palabra "iba".

—Bueno, sí, pero tú me has entendido. No quiero evasivas, quiero la verdad —le dije, sin contemplaciones, porque no las quería.

—Sí, he acudido a ese y a otros clubes como el que va Kieran. He hecho tríos, con mis dos amigos, he participado en alguna que otra orgía y he tenido sexo con una sola mujer entre las paredes de sus habitaciones. Pero, ahora mismo, no necesito nada de eso para ser feliz, contigo me basta y me sobra

—me respondió, pero algo me entró por dentro. No sé si eran celos o qué coño era, pero me dio el valor suficiente para decirle lo siguiente.

—Si te dijera que quiero ir allí, de tu mano… ¿Me llevarías? —le pregunté, y me miró, completamente asombrado.

—No soy nadie para prohibirte nada, Aitana. Quieres ir, yo te llevaré, pero tan solo para que lo pruebes, si es eso lo que te apetece. Eso sí, no quiero convertirlo en nuestro modo de vida, desde ya te lo digo. Además, si lo haces por mí, para que permanezca a tu lado, no lo necesito —me contestó, y una sonrisa se iluminó en mis labios.

¿Realmente quería hacerlo por mí o era por él? ¿Estaba preparada para vivir el sexo de esa manera, o terminaría por asustarme y pedir que me llevara a casa? Estaba hecha un lío, pero sabía que Aidan me ayudaría si se lo contaba.

—En realidad, no sé por qué quiero hacerlo. Ni siquiera sé si quiero hacerlo de verdad. Por un lado, mi cabeza me dice que lo pruebe, pero por otro, no sé si seré capaz de hacerlo —le contesté.

—Hagamos una cosa. Piénsalo, el sábado hay una fiesta de disfraces, si estás interesada, iremos y veremos lo que te atreves, si es que te atreves a dejar entrar a otra persona. Si te sientes incómoda, siempre podemos irnos los dos a una habitación y disfrutar de los juguetitos que nos ofrece el club. ¿Te parece? —me dijo, y se me iluminó el rostro.

—Me parece. Es más, desde ya te digo que, si esas son las condiciones, vamos a ir buscando ya los disfraces, porque me muero por ir allí contigo de la mano —le respondí, y vi una sonrisa en su boca.

—Está bien, pero no pienses que iremos a menudo, a no ser que sea para disfrutar el uno del otro. No te pienso compartir con nadie, que para eso tú eres solo mía —fue su respuesta, y esa posesión, en el buen sentido de la palabra, la que me hizo sentirme empoderada.

Nos levantamos temprano, era mi primer día en la empresa, quería que Aidan me fuera mostrando todo lo relativo a ella, sobre todo en mi sector, y

saber qué podía aportar con mi experiencia laboral y mis estudios.

—Ahora, cuando lleguemos, te presentaré al personal de oficina, con los que tratarás a diario, sobre todo, y ellos serán los encargados de ponerte al día sobre lo que se esté trabajando —me dijo, al entrar en la empresa.

Me llevaba de la mano y, al principio, todo eran sonrisas y buenos gestos, hasta que llegamos a la zona donde estaban todos los jefes de departamentos, donde las miradas fueron muy variadas, desde desprecio hasta envidia, pasando por la indiferencia.

—Chicos, ella es Aitana, mi novia, y viene para que la pongáis al día sobre lo que estáis trabajando —le dijo Aidan, y lo primero que escuché me dejó claro que el ambiente no sería bueno.

—Ya, la que sin aparecer por aquí se piensa que va a heredar una empresa, entre otras cosas. ¿Qué piensas hacer con toda la herencia, desmembrarla y venderla por piezas, como si fuera una moto antigua? —dijo una mujer desde el fondo de la sala, de la que no tenía ni idea de quién era.

—¿Perdona? Para empezar, no voy a permitir que te dirijas a mí en ese tono, no me conoces absolutamente de nada para que me juzgues de esa manera. En cuanto a lo que pienso hacer con la herencia, ni es asunto tuyo ni me voy a parar a explicarte nada. ¿He sido lo suficientemente clara? —le dije, y vi como soltaba una carcajada.

—Al final, te va a salir bien la jugada, jefe —le dijo a Aidan, y vi como su rostro mudaba de color.

—¿Me podéis contar cuál es la jugada? Así me río yo también —les dije.

—Vamos, Aitana, no entres en las provocaciones de ella…

—¿Provocaciones? Como si no hubieras dicho aquí, delante de todos, que tenías un plan infalible. La seducirías, haciéndole creer que estabas enamorado de ella, hasta que tuviera la suficiente confianza como para cederte todo, firmando un documento en el que renunciaba a cualquier cosa que le pudiera pertenecer. Si ella renuncia, todo pasaría a ser tuyo, sin tener

que casarte. Nos hiciste leernos las condiciones de la herencia al derecho y al revés, incluso a los abogados —dijo esa mujer, con una sonrisa de pura maldad.

—Aitana, no es cierto… bueno, sí, pero fue antes de que me enamorara de ti. No le hagas caso, de verdad… —me decía, pero era tanto el dolor que sentía por dentro, tanta la desilusión, que ni me paré a escucharlo.

—¿Crees que me chupo el dedo, Aidan? Con razón mandaste a investigar a Alberto, para ver si realmente podías llevar a cabo tu plan. ¿Olivia también estaba al tanto? No me puedo creer como he sido tan ilusa, como me he creído una sola palabra de lo que me has dicho o cada beso que me has dado —le dije, aguantando las lágrimas de rabia y dolor que se terminaron agolpando en mis ojos.

—Aitana, te juro que todo lo que hemos vivido es cierto, cada beso, cada caricia, cada vez que te he tenido entre mis brazos, todo eso lo sentí de verdad —me decía, medio desesperado.

—¿Ya te ha llevado al club? Porque, no es por nada, pero con mi amiga Gina y conmigo ha pasado muy buenos momentos allí. Es su manera de disfrutar del sexo, y si a ti no te ha llevado, es porque no eres importante para él, y no quiere disfrutar de ti como a él le gusta —dijo esa mujer, y ahora entendí esa inquina inicial.

Salí corriendo de allí, sin rumbo, y ni me di cuenta de que un coche venía por la carretera, el mismo que me arrolló a una velocidad espeluznante, haciendo que volara por los aires, cayendo al otro lado de la calle y perdiendo el conocimiento.

Capítulo 21



Aidan

—Alguien va a tener la deferencia de contarnos, a mi mujer y a mí, ¿qué es lo que ha pasado para que mi hija esté ahora mismo en este estado? —preguntó el padre de Aitana.

Triana, al ver la gravedad del asunto, llamó a los padres de su amiga, que no dudaron en coger un vuelo y plantarse en Inverness a primera hora de la mañana del día siguiente al accidente.

Durante todo este tiempo, nadie había salido a explicarnos las lesiones de Aitana, tan solo nos dijeron que habían tenido que intervenirla de urgencia, por una rotura en la pierna, pero nada más. Estábamos todos en la sala de espera, sus padres se habían alojado en el hotel que estaba situado justo frente a la puerta del hospital, para así poder estar lo más cerca posible.

Respiré hondo, y me dispuse a hablar con sus padres, ya que Alejandro, que era así como se llama su padre, alternaba su mirada de unos a otros, esperando una respuesta que tan solo yo, podía darle.

—Yo soy el único que estaba presente cuando el accidente sucedió. Por lo tanto, la persona que debe hablar, soy yo —le dije, y me levanté para llegar hasta su lado.

Le expliqué absolutamente todo, sin dejarme ni una sola coma, e iba notando como sus rostros cambiaban conforme iban escuchando mi relato.

—¿Me estás diciendo que mi hija está así por una puta herencia? —me preguntó su padre, y no supe que contestar.

—En cuanto que sepa algo de mi hija, quiero que me lleves delante del notario que actúa de albacea en el testamento. Nunca debí animarla a venir, ha sido el mayor error de mi vida —me contestó Malena, su madre.

—Por supuesto, yo me encargaré de llevarla —le respondí, algo avergonzado.

Me senté de nuevo en la misma silla en la que había estado desde que la ambulancia trajo a Aitana al hospital, al lado de Kieran y Alberto. Este último estaba cabizbajo, triste y dolido, y yo lo entendía. Para él, Aitana era como una hermana, y yo no supe cuidarla de las malas intenciones de la gente.

—Familiares de Aitana García —preguntó un médico en la puerta de la sala de espera.

Fui a levantarme, pero Alberto se encargó de frenarme, poniéndome una mano en el hombro para que permaneciera sentado, y lo miré, porque no lo entendía, me chocaba que hubiera actuado de esa manera.

—En estos momentos, tan solo tienen que estar sus padres, los demás, sobramos. Ahora, cuando conozcan el alcance de los daños, estoy seguro de que vendrán a contárnoslo —me dijo Alberto, y entonces lo comprendí, tenía toda la razón del mundo.

Salieron de la sala, y se adentraron en un pasillo, supongo que el que llevaba hasta el despacho del médico. Ninguno de los dos tenía problemas con el idioma, puesto que ambos lo hablaban a la perfección, y así se habían estado comunicando con todo el mundo.

Tardaron más de una hora, en la que, por mi cabeza, pasaron todo tipo de escenarios, desde los más buenos hasta los más catastróficos, hasta que los vimos llegar de vuelta. Traían los ojos hinchados de llorar, y eso me indicó que la cosa no era demasiado alentadora.

—Chicos, Aitana está en coma inducido. Tiene una inflamación tan grande del traumatismo, que han preferido tenerla así. Parece que el coagulo se está reabsorbiendo, pero no nos pueden decir el alcance de sus lesiones hasta que no esté despierta, y para eso, todavía queda tiempo —explicaba Alejandro, esta vez en español, sobre todo, dirigiéndose a Triana y a Alberto.

—Ella es fuerte, seguro que sale de esta como si nada —dijo Alberto, pero todos nos dimos cuenta de que su boca decía una cosa y sus ojos decían otra, en los que se veía el miedo desde lejos.

—Señor Murray, si es usted tan amable de llevarme delante del notario, se lo agradecería —me dijo Malena, mirándome con mucha rabia.

—Por supuesto, pero, por favor, no se dirija a mí de esa manera, preferiría que me llamara Aidan y que nos tuteáramos —le dije, pero supe que sería en vano, puesto que la forma en la que me miró me indicaba que no quería que nos tratáramos de una manera tan familiar.

—Y yo, prefiero mantener las distancias —me contestó, tal y como había supuesto.

Salimos del hospital, en el que se quedaron los chicos y Alejandro, su padre. Tan solo se podía ver dos veces al día durante un espacio de diez minutos, no más. Nos montamos en el coche, aunque en realidad la distancia que había entre el hospital y el despacho se podía salvar perfectamente andando, pero así llegaríamos antes.

—Buenas tardes, quisiera hablar con Malcolm, por favor, es un asunto urgente —le dije a la chica de recepción.

—Enseguida lo aviso, un momento Aidan —me contestó, con una sonrisa.

—Veo que las tienes a todas cegadas con tu resplandor, hasta que les ocurra como a mi hija, y descubran quién eres en realidad —me dijo Malena.

Iba a contestar a su acusación, cuando vi que salía Malcolm del despacho, y preferí dejarlo para más tarde, en el momento en el que ambos estuviéramos a solas.

—Dime, Aidan, ¿en qué puedo ayudarte? —me preguntó, sin reparar en la presencia de Malena.

—A él, en nada. A mí, en todo. Pero me gustaría que tratáramos este asunto en privado, si no le importa. Mi nombre es Malena Campbell, y soy la sobrina del señor MacCalum —le dijo, como si yo fuera una figura invisible, pero no dije nada, no me apetecía más discusiones.

Ambos entraron en el despacho de Malcolm, mientras que yo me sentaba en uno de los sillones de la recepción, trasteando con mi móvil. Estaba seguro de que había venido hasta aquí para reclamar la herencia como pariente directo, y me daba exactamente igual que se lo dieran todo a ella, no iba a llegar a los tribunales, lo único que pediría sería que me respetaran el puesto de trabajo. Pero, ¡cuán equivocado estaba!

Vi como Malena salía del despacho, con una mezcla de alivio y dolor, y me levanté para enfrentarla, pero en el sentido bueno de la palabra. Lo que no me esperaba era lo que venía a continuación.

—Toma, ya tienes tu deseada herencia, esa que, para mi hija, estaba envenenada. A ella no le hace falta nada de esto, siempre ha sido una mujer luchadora que ha sabido buscarse las habichuelas sola —me dijo, dándome una carpeta con documentación.

—Pero… yo no quiero esto, yo quiero a Aitana a mi lado…

—A Aitana no quiero ni que te acerques. Has hecho todo esto para quedarte con lo que, según tú, te correspondía. Pues ya lo tienes. Eres lo peor que le ha pasado a mi hija, y en cuanto que esté medio recuperada, porque sé que se va a recuperar, volverá a España con nosotros, con sus padres, de dónde no debería de haber salido nunca —me dijo, y salió del despacho, dejándome allí, con tres palmos de narices y un dolor en el pecho que me impedía respirar con normalidad.

Capítulo 22



Aidan

Habían pasado tres meses desde que Malena, en nombre de su hija, había renunciado a todo, y fueron los peores de mi vida.

Lejos de sentirme feliz por tener todo por lo que tanto había luchado, me sentía vacío, sin en el control de mi vida. Mis días se resumían a dos cosas: me levantaba y bebía hasta casi caer inconsciente, dejando la empresa en manos de mis trabajadores y mis amigos. Cuando llegaba la noche, salía de caza, o lo que es lo mismo, iba de cama en cama, de mujer en mujer, intentando quitarme a Aitana de la cabeza y, sobre todo, del corazón, pero sin conseguirlo.

—No puedes seguir así, Aidan, o terminarás muy mal —me dijo Graham, que había venido para que le firmara una documentación de la empresa.

—¿A ti qué carajos te importa como termine? Déjame en paz, Graham, y no te metas donde no te llaman —le contesté, de mala manera.

—¡Pues claro que me importa, cenutrio! Por dos motivos, el principal, por tu salud, que vas a acabar con el hígado hecho pedazos. Y el segundo, que no menos importante, por la empresa. Son muchas las familias que comen de eso, Aidan, y me estoy dando cuenta de que va cada vez peor. Los proveedores hacen lo que les da la gana, ya que saben que tú no estás. La producción está bajando a marchas forzadas y, como la cosa siga así, habrá despidos, y todo será por tu culpa —me dijo mi amigo, furioso.

—Todo es culpa mía, qué más me da cargar con una cosa más. ¡Soy el diablo encarnado en un cuerpo de hombre! —me puse a hacer tonterías alrededor de mi amigo, que, de momento, se puso más serio que de costumbre.

—Te lo voy a advertir una vez. Si el lunes no estás en tu puesto de trabajo, duchado y sin ese aspecto de vagabundo que me llevas ahora, pediré a la junta de accionistas, formalmente, tu destitución. Sé que eres el accionista mayoritario, y así seguirá siendo, pero no pienso permitir que lleves la empresa a la deriva —me dijo, y salió del castillo tal y como había entrado.

Sabía que tenía toda la razón, pero el simple hecho de no poder ver a Aitana, de la que estaba profundamente enamorado, y de saber que continuaba en esa cama, sin reaccionar, a pesar de que hacía ya más de un mes que le habían retirado la sedación, me hacían actuar de la manera en la que lo estaba haciendo.

Eran Kieran y Alberto los encargados de pasarme el parte médico diario, a escondidas de todos los demás, por supuesto, sobre todo de Malena y Alejandro, sus padres, que no me querían ver ni en pintura.

Esa mañana me levanté con otro ánimo, iba a luchar por lo único que me devolvería la cordura, y que no era otra cosa que el amor de Aitana, el verla recuperada completamente, y a mi lado, no tenía otra opción.

Por todo ello, me di una ducha, me puse un pantalón chino, una camisa, mi abrigo y salí dispuesto a entrar en esa habitación a como diera lugar. Mi reflejo en el espejo me devolvía a un hombre que no era yo. Había perdido muchísimo peso y, bajo mis ojos, lucían un par de ojeras dignas de un panda, pero me daba todo exactamente igual.

En vez de entrar por la puerta principal, entré por la de urgencias. Con mi porte, nadie se atrevió a pararme, puesto que andaba con tal seguridad, que parecía parte del personal que se incorporaba en ese turno, ya que me cogió justo la hora en la que unos terminaban turno y otros empezaban.

Sabía en qué habitación se encontraba internada Aitana, así que eso lo llevaba adelantado. Ahora tan solo me quedaba ser paciente y esperar a que

sus padres salieran para ducharse en el hotel. Después de quitarle la sedación, y comprobar que respiraba por sí sola, y aunque continuaba con las constantes monitorizadas, la sacaron de la unidad de cuidados intensivos y la subieron a planta, instalándola en una habitación sola, y así los familiares estarían más cómodos.

Justo salía del ascensor, cuando los vi, al final del pasillo. Allí estaban Triana y Alberto, en la puerta, despidiéndose de los padres de Aitana, no podía haber llegado en mejor momento.

Me escondí en una sala de espera que había en la planta, desde la que podía ver a la gente que subía y bajaba de los ascensores, y cuando comprobé que ya se habían marchado, salí y encaminé mis pasos a la habitación.

—Buenos días —dije, nada más entrar.

—¿Buenos días? ¿Se puede saber qué coño haces aquí? Lárgate, Aidan, no me pongas en la tesitura de tener que llamar a seguridad para que te saquen de aquí —me dijo Triana, que se convirtió en la niña del Exorcista en cuanto se percató de mi presencia.

—Aidan, sabes que no puedes estar aquí, y lo lamento muchísimo. Tú mismo, con tu manera de actuar, te lo has buscado —habló Alberto, que me cogió del codo para sacarme de la habitación.

—Suéltame, Alberto. No me pienso mover de aquí hasta que Aitana despierte. Llama a seguridad o al Papa, que me da exactamente igual. Tengo que darle una explicación, a ella, porque los demás, y sin que os lo toméis como algo personal, me importáis un carajo así de grande —le dije, abriendo mis brazos todo lo que podía.

—Ya tienes lo que querías, así que déjala en paz. No se merece todo lo que le has hecho, ella, que te dio su corazón en el mismo momento en el que te vio en aquel despacho, y que tú te has encargado de pisotear hasta la extenuación —me contestó Triana, que por minutos estaba más que cabreada.

—Te equivocas. Lo que quería y quiero, no lo tengo, que es a ella. Soy capaz de vender absolutamente todo e ingresarle el dinero en su cuenta. Todo

lo que le dijo esa mujer ocurrió antes de conocerla de verdad. No voy a negar que fui un cabrón cuando monté ese plan, y un gilipollas por contarlo delante de la gente incorrecta, pero si estoy aquí es para poder remediarlo —le dije, derrotado, dejándome caer en la silla que estaba al lado de la cama en la que yacía Aitana.

—Permíteme que dude de tu palabra, Aidan. Llevas todo el tiempo que ha permanecido Aitana en esa cama, saltando de mujer en mujer. Al parecer, la lívido no la has perdido por el disgusto, más bien todo lo contrario —siguió diciendo Triana.

—No me entiendes. Si he hecho eso, ha sido justo para intentar olvidarla, pero, cada vez que me follaba a otra mujer, era su cara la veía, la que deseaba que ocupara su lugar. No te puedes imaginar lo frustrante que puede llegar a ser eso. Cada mañana, cuando despertaba y veía que todo seguía igual, que no la tenía a mi lado, el alcohol era la única compañía que quería, y bebía hasta caer inconsciente —le contesté, porque era la verdad, no tenía que darles más vueltas.

Capítulo 23



Aitana

Durante todo el tiempo que había permanecido dormida, escuchaba voces, pero no entendía muy bien de lo que estaban hablando. Algunas las reconocía, otras no, pero había una que no había escuchado desde que entré en ese duermevela, y me dolía en el alma.

Muchísimas veces intenté abrir los ojos, sobre todo cuando me lo pedía mi madre con tanto dolor, pero no lo conseguía. Era como si mi mente fuera, por un lado, y mi cuerpo, por otro, sin ponerse de acuerdo absolutamente para nada.

Pero esa mañana sucedió algo. Esa voz, que tanto había deseado escuchar, fue el motivo para que lo intentara con todas mis fuerzas. Tenía que decirle cuatro cosas a la cara y, aunque fuera lo último que hiciera, estaba segura de que lo iba a conseguir.

Me concentré de tal manera que, en un momento dado, empecé a abrir mis párpados, lentamente, pero tuve que cerrarlos de nuevo, porque la luz era cegadora, sobre todo, después del tiempo que hacía que no abría los ojos. No os puedo decir si habían pasado tres días, tres meses o tres horas, porque el tiempo dejó de tener sentido para mí.

—Agua —pude decir, en un momento dado, casi en susurros.

—¡Aitana! Estás despierta, por fin —me dijo Triana, llorando, al igual que Alberto, que salió corriendo a buscar a un médico.

—Mi amor, por fin has vuelto con nosotros —me dijo Aidan, y os juro que me entraron ganas de vomitar.

—Todo el mundo fuera, tengo que comprobar el estado en el que se encuentra el cerebro de la señorita García. Esperad en la sala, cuando haya terminado, iré allí y hablaré con vosotros —les dijo una doctora con mucho carácter a los tres.

—Ahora vuelvo, tenemos mucho de lo que hablar —me dijo Aidan, con lágrimas en los ojos, pero la doctora no me dejó contestarle, lo hizo ella por mí.

—Todas esas conversaciones tendrán que esperar hasta que yo diga que está en condiciones de tenerlas. ¿Os ha quedado claro a todos? Pues largo de aquí, que la única que tiene que charlar ahora con ella, soy yo —repitió la doctora, haciendo aspavientos con la mano.

Los vi como salían todos de la habitación, y no pude evitar fijarme como Aidan había perdido mucho peso, se notaba demacrado y eso sí que me llamó la atención.

La doctora me hizo un montón de pruebas, así como de preguntas, y todas salieron bien. Al parecer, había tenido un coagulo en la cabeza que me estaba oprimiendo parte del cerebro, y de ahí que me estuvieran haciendo tantas preguntas, porque querían comprobar como me había afectado. Por suerte, todo quedó en un susto, porque a mi cabeza no le pasaba nada.

—Pues, por mi parte, está todo comprobado y tu cabeza está estupenda —dijo la doctora, con una sonrisa.

—Querrás decir que mi cabeza está igual que antes, porque estupenda no la he tenido nunca, que la locura ya me venía de serie —le contesté, haciendo que ella soltara una carcajada.

—Me encanta el sentido del humor que tienes. Ahora, lo que quizás te cueste un poco más volver a tener la misma movilidad de antes, y no porque la lesión te haya dejado secuelas, ni mucho menos. Si hubieras vuelto al mundo en cuanto te quitamos la sedación, ya estarías dando carreras por el pasillo y haciendo deporte —me indicó y puse una cara extraña.

—Doctora, yo soy de las que piensan que correr es de cobardes. Si alguna vez me ve corriendo, hágalo usted también, porque algo ocurre —le dije, muy seria, pero nos duró poco la seriedad, porque estallamos las dos en una carcajada.

—Voy a decirle a tus familiares que estás bien, que ya pueden pasar. No intentes bajarte de la cama, ahora mismo vendrá un enfermero a quitarte toda la maquinaria y, empezaremos con dieta de líquidos. Si la toleras bien, mañana mismo pasaremos al sólido.

—Por favor, me muero por comerme un cocido de mi madre, con su choricito, su morcillita, su carne de jarrete acompañando los garbanzos —le dije, y se me estaba haciendo la boca agua.

—Ahora soy yo la que te pide por favor que, si te traen eso, me guardes un táper. Todavía recuerdo mi época de Erasmus en España, no he comido mejor en mi vida —me dijo la doctora, y asentí.

—En cuanto venga mi madre, se lo digo y verás como mañana mismo, la tenemos aquí con una olla de esas que se pueden llevar en un barco vikingo y alimentar a toda la tropa hasta repitiendo plato —le dije, y salió de la habitación con una sonrisa.

No habían pasado ni cinco minutos cuando la puerta se abrió de nuevo. Era el enfermero que venía a quitarme todo, y el que se encargaría de mis ejercicios todas las mañanas. Eso lo sabía porque él mismo me lo estaba contando. Se veía buena persona, y guapo era a rabiar, para que negarlo.

—Mi niña, menos mal que ya has vuelto con nosotros —dijo mi madre, entrando por la habitación llorando, y como un elefante en una cacharrería.

—Mamá, cualquiera que te oiga dice que me he llevado en coma un año —le dije, abrazándola para que se calmara.

—Un año no, pero sí casi cuatro meses, Aitana. Cuatro meses de angustia que hemos pasado tu padre y yo —me dijo, y eso sí que no me lo esperaba.

—Pensé que había estado dormida menos tiempo. No sé, un par de semanas o así —le contesté.

—Bueno, el caso es que ya estás aquí y tenemos mucho de lo que hablar.

—Vaya, al parecer todo el mundo tiene que contarme algo. Aidan también me lo ha dicho hace un momento…

—Ese impresentable no pisará más esta habitación. Ahí lo he dejado, discutiendo con tu padre, que es de la misma opinión que yo —me contestó, pero supe que tenía que intervenir.

—No, mamá. Quiero que pase. Si estoy despierta en estos momentos, en parte, es gracias a él. Escuchar su voz ha sido lo que me ha traído de vuelta, y no por el motivo que se te está pasando ahora mismo por la cabeza, sino porque le quiero decir cuatro cositas bien dichas — dije, y en ese momento se abrió la puerta, mostrándomelo delante de mis ojos.

—Aquí estoy, dime lo que quieras, me merezco todo lo que me digas y más. Me alegra que haya sido mi voz la que te haya traído de vuelta, el motivo por el que lo hayas hecho me da exactamente lo mismo. A tu padre me ha costado convencerlo de los motivos por los que tenía que hablar contigo, pero al final, lo ha entendido. Espero que usted también lo haga —le dijo esta última frase a mi madre, que negaba con la cabeza.

—Hija, antes de que hables con él, porque ya veo que será inevitable, quiero que sepas que, en tu nombre, renuncié a toda la herencia, que ahora es suya —dijo mi madre, y me sorprendió. No por el hecho de que le dejara la herencia a él, que yo también pensaba hacerlo, sino por la forma en la que lo dijo.

Capítulo 24



Aidan.

Esa doctora me caía tan mal como si me hubieran dado una patada en los mismos huevos, pero le hice caso. No quería arriesgarme a que Aitana tuviera una recaída, de la manera que fuera, por mi culpa, por eso me senté fuera, en la sala de espera de la planta, que no quedaba muy lejos de la habitación.

Triana, como era lógico y normal, llamó a los padres de su amiga, que no tardaron ni diez minutos en llegar, pero que no pudieron pasar, ya que la doctora seguía dentro, terminando de examinarla.

—¿Qué parte de "no quiero que te acerques a mi hija" no has entendido, Aidan? —me preguntó su madre, cuando me vio allí sentado.

—Ninguna. He respetado su decisión durante tres meses, los peores de mi vida, pero eso ya se acabó. Tengo que hablar con Aitana, le guste o no, y que sea ella la que me eche de aquí si es lo que realmente quiere —le dije, con mucha educación.

La doctora entraba en ese momento por la sala, donde sabía que estaríamos, y nos dijo que todo había ido bien, salvo por la movilidad de sus piernas, que necesitaría rehabilitación para volver a tener la misma que tenía, pero que no era nada preocupante.

Su madre, en cuanto escuchó eso, salió corriendo para la habitación, con lágrimas en los ojos, como no podía ser de otra forma, mientras que

Alejandro, su padre, trataba de impedirme que me acercara a Aitana.

—Alejandro, olvídese por un momento que es su padre, y vamos a hablar de hombre a hombre —le pedí.

—Tienes cinco minutos, ni uno más. Luego, decidiré si te dejo pasar o no, aunque no me hago responsable de las decisiones que tome mi hija —me contestó, después de mirarme de arriba abajo.

—¿En serio cree que soy el mismo de antes? ¿Piensa que lo he pasado bien durante este tiempo? Míreme bien, y deme su opinión, por favor, pero que sea sincera —dije.

—Siendo sincero, estás hecho una piltrafa humana, como se dice en mi tierra. Las ojeras te llegan a los tobillos, y estás mucho más demacrado que la última vez que te vimos. Haciendo un resumen de todo… no, creo que lo has pasado igual de mal que nosotros —me respondió, con el corazón en la mano.

—Exacto, aunque yo un poco peor que vosotros, porque me he sentido culpable. Toda esa situación no se habría dado si, por una puta vez en mi vida, hubiera hecho las cosas bien. Si, en vez de escudarme en los demás, hubiera sido capaz de coger el toro por los cuernos y contarle a Aitana todo, las conversaciones que había tenido con esas personas que luego me traicionaron, los planes que ideé en mi cabeza para quitarle la herencia, y el amor que sentía por ella —le dije a Alejandro, que no me dejó seguir hablando.

—Corre, ve a por ella, y esto mismo que me has dicho a mí, y si es cierto eso de que estás enamorado de ella, entra ahí y díselo. O mejor aún, demuéstraselo, porque mi hija no es una persona de palabras, sino de hechos —me respondió, y mis lágrimas corrían por mis mejillas.

Entré en la habitación, donde su madre hablaba con ella sobre mí, y le decía que me había dado la herencia, renunciando en su nombre. Lo que ella no sabía es que yo, en cuanto que lo hizo, hablé con Malcolm y le dije que no lo llevara a efecto, que quería que la mitad fuera para ella, en el caso de que no me aceptara de nuevo como pareja.

—Mamá, ¿nos puedes dejar a solas, por favor? —le pidió Aitana a su madre.

—Estaremos ahí mismo, en la sala de espera. Si necesitas que venga alguien, solo tienes que dar una voz y vendremos. Dejaré la puerta abierta, por si acaso —respondió su madre, mirándome con rabia.

—Malena, solo quiero hablar con ella, no la voy a torturar ni nada parecido —le dije, intentando rebajar un poquito la tensión.

—De ti, me puedo esperar ya cualquier cosa —respondió, saliendo de la habitación, provocándome un dolor inmenso con ese comentario.

—Aitana, yo…

—No, ahora me toca a mí, así que déjame que hable. Aidan, te lo dije bien claro, y, aun así, has jugado conmigo y con mi corazón como te ha dado la gana. Te quise con toda mi alma, y esa confesión de tus planes saliendo de la boca de esa mujer, es lo más doloroso y humillante que he vivido en toda mi vida…

—Aitana, por favor, déjame explicarte todo, dame al menos el beneficio de la duda —le pedí, con lágrimas en los ojos.

—Habla, porque después de esto, te marcharás y desaparecerás de mi vida para siempre —me contestó, y fue como si me estuvieran clavando alfileres ardientes en las entrañas.

—Espero que no, pero respetaré tu decisión, por mucho que me duela. Aitana, todo eso sucedió un día en el que…

Le conté todo, como se había dado esa conversación, que sí era cierto que la tuve, pero todo ocurrió mucho antes de conocerla, de saber que era ella la mujer de mi vida. Le abrí mi corazón de par en par, y tal y como me había aconsejado su padre, pero no sirvió de nada, puesto que no cambió de opinión.

—No te puedo creer, entiéndeme. Me has hecho tanto daño, me has mentido tantas veces, que ahora nada me parece cierto. Si es verdad eso que

me has dicho de que me quieres, demuéstralo, no pido más. Eso sí, ahora mismo, necesito curar mis heridas, tanto las físicas como las mentales, y para ello, no te puedo tener cerca, o no cicatrizarán nunca.

Salí de allí como si me hubiera arrancado el corazón, pero la entendía, perfectamente. Me había pasado como el de cuento, que viene el lobo, que viene el lobo, y cuando vino de verdad, nadie lo creyó. Tenía que encontrar la forma de volver a llegar a ella, y para eso no me podría valer de regalos o artimañas, ya que Aitana no era de esas. Tenía que hacerlo de verdad, mostrándome tal y como era desde que entró en mi vida, y así lo haría.

Habían pasado tres semanas desde aquella charla que tuvimos, y aunque no de manera física, me había encargado de estar presente en cada día, en cada instante, hasta que me enteré de que le daban el alta y volvía a Sevilla con sus padres, y eso sí que no lo podía permitir.

—Tengo que encontrar la manera de que no se marche —le dije a Alberto y a Kieran, que se encontraban conmigo en el castillo en ese momento.

—O la forma de irte con ella, aunque sea de manera temporal. Si es cierto que la quieres, no hay nada más importante para ella que su tierra y su familia, apáñatelas para que no se vaya sola —me dijo Alberto, mirándome fijamente.

—Es cierto, Aidan. Delega en quién más confianza te dé, y ve con ella durante una temporada —me dijo mi amigo, y supe que era lo que tenía que hacer.

Capítulo 25



Aitana

Me iba de las Highlands con todo el dolor de mi corazón, puesto que era una tierra que me había cautivado. Al final, me quedé sin conocer muchos lugares de los que tenía en mente visitar, pero ya lo haría más adelante, cuando estuviera preparada para volver.

Triana y Alberto habían decidido quedarse en Inverness, ya que ambos habían encontrado entre esas tierras el verdadero amor, y me alegraba por ellos, además de un buen trabajo.

Mi amiga, había entrado a trabajar como profesora de español en una academia, al ser nativa, lo tuvo muy fácil, y se había ido a vivir con Graham a las afueras del pueblo, muy cerquita de donde se erigía el castillo, en una preciosa casita de dos plantas con jardín, que era una verdadera preciosidad, a juzgar por las fotos que me había enseñado, porque ni tiempo me había dado de visitarla en persona.

Alberto, por el contrario, además de trabajar por libre, se había hecho cargo de los aspectos legales de la destilería de whisky de mi tío abuelo, esa que ahora era propiedad de Aidan. Él todavía no se había ido a vivir con Kieran, decía que tan poco iban tan en serio, que el tiempo lo diría. Por el momento, se alquiló un pequeño estudio en el centro de Inverness, en el que era visitado día sí y día también por su “no novio” como le llamaba yo.

El mismo día que me dieron el alta, ya mis padres lo tenían todo preparado para volver a España, y del hospital marchamos directamente al aeropuerto, donde cogeríamos el vuelo que nos llevaría a casa. Tenía sentimientos encontrados, ya que tenía unas ganas enormes de volver, sobre todo en esta época, en la que el calor empezaba a remitir, afortunadamente. Había pasado tanto frío en tierras escocesas y echaba tanto de menos el calorcito de mi ciudad, que estaba pensando en sentarme en el mismo puente de Triana a tomarme una cerveza, a pesar de que llegaríamos sobre las cuatro de la tarde y el termómetro marcaría más de treinta grados.

—Papá, ¿te ocurre algo? —le pregunté, ya que lo veía un tanto nervioso, la verdad.

—¿A mí? Nada, simplemente estoy cansado y tengo ganas de llegar a mi hogar, darme una ducha y ponerme cómodo —me respondió.

—Pues será eso que dices, pero que te veo raro —le dije.

Mi padre no paraba de mirar de un lado a otro dentro del avión, que todavía no había despegado. En cuanto que la azafata nos dijo que nos abrocháramos los cinturones, algo en mi interior se contrajo, pero no supe a qué podía ser debido.

Llevábamos en el aire unos diez minutos, cuando una azafata se acercó a nosotros, sonriendo. Pensé que vendría a ofrecernos algo de beber o comer, pero lo que dijo me dejó absolutamente sorprendida.

—Disculpen, señores, pero esos no son sus asientos. Acabamos de darnos cuenta —nos dijo, y tanto mi madre, como yo, miramos el billete, que coincidía con el número en el que estábamos sentadas.

—Me parece que se equivoca, señorita, mírelo —le dijo mi madre, mostrándole el billete.

—Verás tú que nos hemos equivocado de vuelo —murmuré, ante la sonrisa de la azafata.

—Esos billetes se cambiaron ayer por unos en primera clase. Si son tan amables de seguirme, los llevaré a sus nuevos asientos —nos dijo, y vi como mi padre sonreía y se levantaba el primero.

Seguimos a la azafata por el pequeño pasillo, donde abrió unas cortinas y nos indicó donde teníamos que ir sentados. Aquello no tenía nada que ver, ni por asomo. Los asientos eran amplios, cómodos, y te podías recostar en ellos, reclinándolos sin que le molestaras a la persona que se sentaba detrás.

Justo al otro lado del pasillo, donde se sentó mi padre, había un señor leyendo un periódico, que le tapaba toda la cara. No me fijé bien, hasta que vi como mi padre sonreía y mi madre se le quedaba mirando los zapatos fijamente. Si algo tenía mi madre era que sería capaz de recordar cualquier complemento que le llamara la atención, y relacionarlo con la persona que lo llevaba, aún muchos meses después.

—¿Se puede saber qué haces ahí sentado? —preguntó, y pensé que se lo decía a mi padre.

—Malena, creo que le he dejado el suficiente tiempo a su hija para reflexionar, ahora es mi turno para jugar mis cartas —le respondió el tipo que estaba detrás de periódico, y cuya voz no me resultó ni desconocida ni indiferente.

—¿Aidan? —pregunté, a media voz.

—Hola, preciosa. El mismo que viste y calza —me respondió, y vi como él y mi padre se miraban, sonrientes.

—¿Tú sabías que venía en el mismo avión? Claro, de ahí tu nerviosismo. Eres muy malo disimulando, papá —le dije, riendo.

—¿Te ríes? —me preguntó mi madre, más enfadada que yo.

—¿Qué quieres que haga? ¿Me pongo a llorar? Mira, en este momento de mi vida, que mi padre se haya puesto de parte de un hombre que, se supone, me ha hecho demasiado daño, es para mí más esclarecedor que muchas palabras, mamá —le respondí, y ella me miró extrañada.

—Hija, este hombre está tan enamorado de ti, que, si no lo ayudaba a llegar hasta ti, me iba a arrepentir toda mi vida — contestó mi padre.

—Está bien, si mi marido ha considerado ayudarte, será por algo. Eso sí, Aidan, a la primera que le hagas, en el primer renuncio que te coja, llegas al puñetero castillo de la patada en los huevos que te pienso dar. ¿Te ha quedado clarito? —le dijo mi madre, mientras que él soltaba una carcajada.

—Alto y claro, Malena. Por cierto, también tengo otra sorpresa, de la que ninguno estáis al tanto, pero será mejor que os lo diga antes de que mi futura suegra termine por cumplir su promesa —le contestó Aidan a mi madre.

—¿De qué estás hablando? —preguntó mi padre, que se notaba que no estaba al tanto de eso.

—He comprado dos unifamiliares de nueva construcción a las afueras de la ciudad, tienen jardín y piscina, y están contiguas. Es mi regalo de bienvenida a la familia —dijo Aidan, dejándonos completamente ojipláticos.

—Si piensas que por eso te voy a perdonar antes, lo llevas claro…

—Sé que a ti no te hacen falta regalos materiales, pero con el calor que he visto que hace en tu ciudad, o tenía un lugar donde meterme a remojo, o me tienen que ingresar el primer día que pase allí —respondió Aidan, haciendo que todos soltáramos una carcajada.

Tanto mis padres, como yo, debajo del chaquetón que nos pusimos para llegar hasta el aeropuerto, nos habíamos puesto algo que no nos diera mucho calor en el trayecto del aeropuerto a casa. Aidan, a pesar de comprobar las temperaturas, no había sido tan precavido, y llevaba un pantalón de micro pana y un jersey de lana. Esperaba que debajo llevara una camiseta de manga corta, o cuando llegáramos a casa, lo tendríamos que recoger a cucharaditas.

Capítulo 26



Aidan

¡Madre del amor hermoso! ¿Podía hacer más calor que en esta ciudad? Ya os digo yo que no. Cuando escuché en la megafonía que la temperatura era de treinta y tres grados, casi me quedo dentro del avión y que me llevaran de vuelta a mi casa.

—Me parece que vienes un poquito abrigado para estar aquí —me dijo Aitana, al ver mi cara.

—¿Un poquito? Por el amor de Dios, si traigo hasta una camiseta térmica. Estas temperaturas, tenía entendido que se dan en los meses de verano, pero ahora estamos en otoño, a principios de noviembre, para más señas —le dije, mientras comprobaba en mi reloj la fecha, por si me había equivocado.

—Eso te pasa por ir de listo y no preguntar —me soltó su madre, que todavía estaba algo resentida.

—No es ir de listo. En todas partes del mundo, hay cuatro estaciones, y cuando el verano termina, llega el otoño, es de lógica aplastante —respondí, pues no me gustaron esas palabras que soltó Malena ni una pizca.

—En todas partes no, que Andalucía es diferente, como dice el anuncio, y si hablamos de Sevilla, en concreto, pues más todavía. Nosotros empezamos el verano cuando aún estamos en primavera, y continúa hasta bien entrado el

otoño, e incluso el invierno, depende del año —me explicaba su padre, mientras yo lo miraba asombrado.

—No entiendo nada, te lo juro —murmuré, y Aitana soltó una carcajada.

—Verás, corazón, yo te lo explico. Aquí el calor empieza allá por el mes de abril, en plena Semana Santa, y suele irse de mediados de noviembre en adelante, tan en adelante que, muchas veces, a primeros de diciembre todavía vamos en mangas de camisa —me contaba una señora que nos estaba escuchando en la fila de los taxis.

—Yo, que estas fechas ya no me quito el jersey de lana ni el abrigo, y estoy aquí, a treinta y pico de grados, asándome como un estofado. Si esto que estoy haciendo por ti no es amor, que baje Dios y lo vea —les dije, mirándolos muy serio, y no pudieron hacer otra cosa que soltar una carcajada.

Por fin pudimos montar en un taxi, si hubiéramos tardado cinco minutos más, en vez de dar la dirección de nuestra casa, le hubiéramos tenido que pedir que nos llevara al hospital, porque me hubiera dado una bajada de tensión por culpa del puñetero calor que hacía.

—Por favor, decidme que no queda mucho para llegar a la dirección que le he dado al conductor —dije, pues ya me había quedado tan solo con la camiseta interior.

—Chiquillo, ¿tú de dónde sales? Este se pensaba que iba a ir a trabajar a la parte del frío de los supermercados. Será exagerado el tío, que parece que viene vestido para ir a Sierra Nevada en pleno invierno —dijo el taxista, con mucho arte, y más se reían todos.

Llegamos a la dirección que le había facilitado al conductor, y nos quedamos maravillados de la urbanización. Cuando quisieron darse cuenta, me vieron en bóxer, lanzándome a la piscina de una de las casas, la que se suponía que era en la que viviríamos Aitana y yo. Por suerte estaba llena, porque lo que nos hubiera faltado ya es que, me hubiese tirado con la piscina vacía y me hubiera roto la cabeza, y otra temporadita en el hospital.

—¿Qué haces, loco? —me preguntó su padre, asomándose a la piscina.

—O me tiraba o me tenían que ingresar, una de dos. Hasta el agua está caliente —respondí sonriente, flotando bocarriba en el agua.

—¿Qué esperabas de una piscina sin sombra? Ahora mismo, siendo la hora que es, eso tiene que estar como el caldo de un puchero. Vas a salir de ahí con los huevos escalfados —me dijo su madre, y ya sí que no pude reprimir la carcajada, por mucho que lo intenté.

—Esperad, que ya mismo salgo y os doy las llaves de la vuestra, que es esa de ahí. Tan solo tendréis que traer vuestras cosas, porque está completamente amueblada —dije, mientras subía las escaleras para salir.

—Mira, mamá, nosotros vamos a tener suerte, que nuestra piscina tiene sombrita —le dijo Aitana, señalándole unos árboles que había en la parcela de al lado.

—Será su piscina, porque esa casa es para ellos dos, tú y yo tenemos esta —le respondí, y ahí sí que se reía a carcajadas, cuando a mí no me estaba haciendo ni puta gracia esa reacción, la verdad.

—Si te piensas que me voy a venir a vivir contigo a las primeras de cambio, siéntate porque de pie te vas a cansar, chavalito. Y ponte crema protectora, que, de aquí a un rato, te estoy viendo como el cangrejo de la Sirenita. “Bajo el mar, bajo el mar…” —me respondió, y es que mi cara y mi pecho se ponían rojos por momento.

—No tengo de eso, no pensaba que lo fuera a necesitar en esta época del año, la verdad —respondí.

—Pues ponte a la sombra, Aidan, que mi hija tiene razón —me dijo su padre, que estaba intentando abrir la cerradura de la puerta que separaba las dos propiedades.

Entré en el interior de la casa, de “nuestra” casa, donde yo tenía pensado que nos quedáramos los dos, ni de cachondeo pensaba dejarla escapar, para

que nos vamos a engañar, mientras que ella seguía a su padre a la que se suponía que viviría con ellos.

—Papá, mamá, yo me voy a ir al piso del centro, al nuestro de toda la vida. Tanta ostentación no me gusta y lo sabéis. Además, que, desde aquí, no me puedo mover sin coche, y yo no tengo. —les dijo a sus padres, que la miraban asombrados.

—Aitana, te voy a decir algo, y sin que sirva de precedente. Este hombre está demostrando que te quiere, no tenses más la cuerda, porque se puede romper. Lo ha hecho mal, sí, pero también ha hecho todo lo posible por remediarlo, así que, haz el favor de pensar con el corazón y no con la cabeza —le dijo su madre, mirándola fijamente a los ojos.

—Lo sé, pero nadie le ha pedido que venga detrás de mí. Necesito mi espacio, y no pienso someterme a sus caprichos por el simple hecho de que haya salido corriendo tras mis pasos —le respondió, pero no se dio cuenta que yo estaba en la puerta, y al girarse, vio la decepción y dolor que me había provocado.

—Si eso es lo que quieres, no te preocupes, que no te pienso molestar más. Me tomaré esto como unas vacaciones y esta casa como una inversión de futuro. Alejando, Malena, gracias por todo, de verdad —les dije a sus padres, antes de darme la vuelta para marcharse.

—Aidan, mi hija es tan cabezona como yo, pero te juro que está tan enamorada como dolida, no tires la toalla tan rápido —me pidió su madre, que ahora a la que miraba con recelo era a ella.

—No pienso seguir forzando nada más, Malena. Os he demostrado a todos, ella incluida, que mi amor seguía intacto, pero no pienso arrastrarme más detrás de una persona que ya ha dicho, por activa y por pasiva, que no me quiere a su lado —contesté, y esa vez sí que se marché, y la dejé ahí, sin saber que hacer ni que decir. Ahora, la que había metido la pata era ella.

Capítulo 27



Aitana.

No lo volví a ver en toda la semana, a pesar de que iba a diario a la nueva casa de mis padres, esa que él les había regalado. Yo seguía durmiendo en el piso del centro, la mayoría de las noches con Macarena, que se quedaba para no dejarme sola.

Mi compañera nocturna, y diurna también, para que ocultarlo, era la tristeza. Jamás pensé que se fuera a rendir tan pronto, pero, tal y como había dicho mi madre, la cuerda había terminado por romperse y darme en toda la boca, por gilipollas.

—Lo siento por ti, pero esta noche vamos a salir, y te prometo que terminaremos borrachas como piojos —me dijo Macarena en cuanto que se levantó.

—¿Tú no trabajas hoy? —le pregunté. Me encantaba que se quedara conmigo, pero había veces en las que necesitaba soledad, y lamer mis heridas a gusto.

—Si hoy es sábado, tontita. Pero vamos, que, si quieres que me vaya, nada más que tienes que decirlo. Sé que soy algo intensita, y no me lo tomaré a mal —me dijo.

Teníamos la confianza suficiente como para que le dijera que sí, que me dejara sola, pero me dio tanta pena que no lo hice. No me parecía justo que,

después de que no se había movido de mi lado durante toda la semana, más que para ir a trabajar, ahora, por egoísmo, le dijera que se fuera.

—Venga, me doy una ducha, me cambio y nos vamos a tomar algo y a comer a la calle, que no aguanto más estar encerrada, de verdad —le dije, dándole un beso antes de salir del salón.

Me di una ducha, donde dejé salir todo mi dolor y mi rabia. No había sabido actuar y cuando lo había intentado, ya no coincidí con él. Lo mismo y hasta había vuelto a Inverness, pero me extrañaba, porque si no Alberto me habría llamado y puesto como siete trapos.

Me recogí el pelo en una coleta alta, porque el calor seguía siendo insoportable para ser mediados de octubre. Me planté un vestidito vaquero que tenía y que resultaba super fresquito, era corto y sin mangas, abotonado por delante. Unas cuñas de esparto, con el bolso a juego y las gafas de sol. De maquillaje no llevaba nada, tan solo me había puesto un poco de máscara de pestañas, ni brillo labial me apetecía ponerme.

Nos fuimos al centro, y nos sentamos en una de esas terracitas que tenían aspersores de agua para combatir el calor, y que estaba situada a la sombra, y nos pedimos un refresco y una tapita de patatas alioli, que eran mis preferidas de ese lugar.

—¿Sigue Alberto con Kieran, Aitana? —me preguntó Macarena, con algo de tristeza.

—Hasta donde yo sé, sí. Aunque, según ellos, no es nada tan serio como para irse a vivir juntos, pero no se separan el uno del otro, la verdad —le contesté, con una sonrisa.

—Pues me alegro por ellos, de verdad. Yo… quería comentarte algo, aunque no sé cómo te lo vas a tomar, siendo sinceras —me dijo, y algo en su tono no me gustó.

—Habla ya y no empieces a contarme las cosas por episodios, como las telenovelas turcas, me haces el favor.

—Está bien. Yo, cuando llegué de Inverness, me encontré con alguien en el trabajo, hemos salido varias veces, y me gusta mucho, pero si a ti te parece mal, te prometo que lo dejo hoy mismo —me contestó, y me intrigué porque no recordaba a nadie tan importante en mi vida como para que me molestara que saliera con ella.

—Si no me dices quién es, no creo que pueda adivinarlo. Pero desde ya te digo que, sea quien sea, no tienes por qué dejarlo por mí, te lo aseguro —le contesté, tomando su mano.

—Mejor que decirte quién es, será que lo veas. Ahí viene, le acabo de escribir un mensaje para que se una a nosotros —me dijo, señalando a un lado de la calle.

—¿En serio? ¿Por qué me iba a molestar a mí que salgas con el hermano de Alberto? —le pregunté, sin encontrar el motivo.

—Como siempre has estado enamoradita de él…

—Por Dios, Macarena, eso fue cuando teníamos quince años, y Álvaro tenía veinte. Era el sex simbol del barrio, y nos tenía a todas loquitas. Créeme que, ahora, en estos momentos, no me puede ser más indiferente, a nivel romántico, me refiero —le dije, sonriente y levantándome para darle un abrazo al hermano de mi mejor amigo.

—Pero bueno, cada día estáis más guapas, yo no sé qué es lo que coméis —me dijo Álvaro, sonriente.

—Mejor que no lo sepas, o terminarías corriendo al interior de la iglesia de Santa Ana a que el cura te haga un exorcismo —le respondí, y al corresponderle al abrazo, lo vi, y se me cayó el mundo a los pies.

—Aitana, ¿te ocurre algo? Te has puesto tensa de repente. Si he hecho algo que te haya molestado, de verdad que ha sido sin intención… —me dijo Álvaro, que se había dado cuenta de mi cambio repentino.

—No ha sido por tu culpa, tranquilo. Es que…

—Joder con el escocés, lo pronto que se ha buscado compañía —me dijo Macarena, y luego se dio cuenta de lo que me pasaba, pidiendo disculpas.

—No tienes que disculparte por algo que tú no has hecho, Macarena —le dije, intentando mirar para otro lado, pero era inevitable que la vista se me fuera hasta donde estaba Aidan con esa otra mujer.

Le había faltado tiempo para buscarme sustituta, como decía mi amiga. Si eso era todo lo que me quería, pues le podían dar por culo, hablando mal y pronto. Era guapísima, eso era innegable. Tenía unos ojos color miel que te enganchaban, y una piel color aceituna que llamaba la atención, sin contar con el cuerpazo y la boca que tenía.

Comparándonos a las dos, había salido ganando, era evidente, pero no por ello dolía menos, aunque la situación la hubiera provocado yo, y estuviéramos así por mi culpa.

—No te envenenes más, Aitana. Esta noche prometo llevaros a una discoteca que han abierto nueva y que está haciendo las delicias en personas de nuestra edad —me dijo Álvaro, intentando animarme.

—Paso de ir de candelabro por la vida. Mejor, me quedo en mi casita o voy a casa de mis padres y paso la noche con ellos, pero ni loca voy con vosotros dos —le respondí.

—Pero si vamos a ir toda mi pandilla, de la que conoces a la mayoría. Así que, no aceptaré un no por respuesta. A las nueve pasaré por tu casa y os recojo a las dos, ahora tengo que irme, que me está esperando mi madre en el mercado, y ya me ha enviado como tropecientos mensajes de que no puede con todas las bolsas.

Capítulo 28



Aidan

Me encontré con Claudia por la más bonita de las casualidades. Uno de los días en los que escapaba de mi casa por miedo a encontrarme con Aitana cuando fuera a ver a sus padres, casi se cae de espaldas en la acera, cuando tropecé con ella al salir de una de las tiendas de recuerdos, donde había comprado algunas cosas para Olivia.

—Disculpe, iba distraído con el móvil y no me he dado cuenta —dije en un español que se entendía perfectamente.

—¿Aidan? ¿Eres tú? No me lo puedo creer, mijo, después de tantos años que nos volvamos a encontrar, y de esta manera. Parece el guion de una película romántica —me dijo, con su habitual gracia.

—¿Claudia? Me cago en la leche. Si me dicen que, después de venir a Sevilla, me iba a encontrar contigo de esta manera, habría dicho que era mentira —le respondí.

Claudia y yo nos conocimos en la universidad, cuando ambos estábamos de Erasmus en París. Yo, estudiando el último curso de mi carrera, y ella, terminando diseño y moda. Es cubana, y fue la encargada de que yo hablara el español tan fluido que tenía, porque se negaba a hablar una palabra que no fuera en su idioma.

—Demasiado que tengo que hablar francés en las clases. Lo siento, si me quieres entender, tendrás que hacer el esfuerzo de aprender mi idioma —me dijo aquella vez, en la que nos entendíamos por gestos.

Entre ella y yo no había habido nunca nada, entre otras cosas porque ella era como Olivia, con quién sí había compartido romance, aunque para todo el mundo éramos la pareja perfecta. En cierto modo lo éramos, porque nos entendíamos con solo una mirada, y eso fue lo que pasó cuando llegamos a aquella cervecería y me di cuenta de que, dos mesas más allá estaban Macarena y Aitana, aunque ellas no se habían dado cuenta de mi presencia.

—Dime quién es esa mujer, mijo, y si tengo que ir a partirle la cara —me dijo, muy seria, y yo solté una carcajada como hacía días que no me salía.

—Es una larga historia, y no quiero estropear nuestro encuentro por algo que es imposible —le contesté, pero no se quedó conforme.

Me hizo contarle absolutamente todo, mientras que continuaba con la antena puesta en la mesa de las dos, a la que se había unido un hombre muy guapo. La vi pensando y os juro que pude notar el ruido que hacían los engranajes de su cabeza mientras lo hacía, y supe que no se le ocurriría nada bueno.

—Dices que sus padres son tus vecinos, que tú le has regalado la casa…

—Sí, pero no estoy dispuesto a echarlos de allí, si es lo que estás pensando, Claudia. Su madre no tanto, pero su padre ha puesto toda la carne en el asador para ayudarme —le dije, señalándola con el dedo índice.

—Mejor me lo pones, mi amor. Esta noche estas niñas van a ir a cenar y a una discoteca que han abierto nueva, y de la que yo tengo pase VIP, porque el dueño es amigo mío…

—¿Qué planeas, Claudia? Habla claro de una vez.

—Pues mira, ahora vamos a ir a tu casa, y me vas a presentar a sus padres, pero como lo que soy de verdad. Nos conviene que estén de nuestra parte. Luego, la dejaremos que cene tranquila, pero en la discoteca, allí nos

haremos visible. Quiero que te pongas no guapo, sino lo siguiente. Yo me pondré de lo más sexy, pero sin caer en la vulgaridad, que una tiene una reputación que guardar.

—¿Lograste tu sueño de trabajar en la moda? —le pregunté, después de decir aquello.

—Pues claro, soy una reputada diseñadora de este país, mi amor. Por eso, voy a decirle a mi amigo que llame a la prensa, y bailaremos muy acaramelados. Nos harán fotos y nos subirán a las redes de inmediato. En mi mundo nadie sabe que soy lesbiana, así que dejaremos que los rumores se alimenten, sin decir nada ni desmentir ninguna noticia.

—¿Eso en qué me beneficiaría a mí? —pregunté, porque no veía donde ella la ventaja, la verdad.

—Se va a morir de celos, y la dejaremos así hasta mediados de semana, más o menos, que será cuando yo vaya a hablar con ella y le cuente absolutamente todo. Como su madre sabrá la verdad desde el principio, será ella la que se lo corrobore —me dijo. No las tenía todas conmigo, pero ahora sí que ella no estaba a mi lado, así que no tenía nada que perder.

Hicimos lo que habíamos planeado, hablamos con Malena y Alejandro, que no sabían que pensar de todo esto, pero al final, me dijeron que adelante, a ver si así la cabezona de su hija era capaz de recapacitar y pedir perdón.

Dejé a Claudia en su casa, que no estaba muy lejos de la mía, y me marché para darme una ducha y arreglarme, para seguir con el plan. Me puse delante del armario, sin saber que ponerme. Al final, opté por un pantalón chino en color gris marengo que me había comprado al día siguiente de llegar a Sevilla, y lo combiné con una camisa blanca, de la que remangué las mangas hasta la altura del codo. Los zapatos y el cinturón eran de color azul marino, dándole un toque elegante al conjunto. Me peiné, me eché mi perfume preferido y monté de nuevo en el coche para ir a buscar a mi amiga, ese que alquilé por tiempo indefinido para poder moverme por la ciudad.

—¡Toma ya! Hoy voy a ser la envidia de todos los hombres que estén en esa discoteca —le dije, tal y como la vi, porque era cierto, no se podía ir más

sexy y elegante a la vez.

—¿Te gusta? Es de mi última colección, esa que todavía no ha salido al mercado —me dijo, dando una vuelta sobre sí misma.

Se había recogido el pelo en un moño deshecho, que le daba ese toque informal al conjunto. Se había puesto un vestido negro, de cuello halter, y que tenía toda la espalda afuera. Le llegaba por debajo de la rodilla, en un tejido que tenía una caída espectacular, marcando sus curvas, pero no de manera que se le notara hasta las amígdalas. Lo había combinado con una chaqueta vaquera y unas sandalias también negras. Llevaba máscara de pestañas para resaltar sus ojos y un labial rojo que llamaba la atención desde lejos.

—Tranquilo, que la barra de labios es permanente, no mancha —me dijo, riendo.

—¿Se supone que eso me tiene que alegrar? —le pregunté, porque no sabía hasta donde quería llegar.

—Hombre, teniendo en cuenta que nos van a sacar una foto bailando, en la que yo estaré con mi boca muy cerquita de tu cuello, no estaría bonito que el cuello de la camisa blanca salga en las revistas con un manchote rojo —me contestó, sorprendiéndome.

—Claudia, que llevo mucho tiempo de sequía y no soy de piedra. Hazme el favor de no ponerme más contra las cuerdas —le dije, sonriendo.

Capítulo 29



Aitana

Después del espectáculo que Aidan y esa mujer estaban dando en la pista de baile, decidí que ya era hora de que me retirara. Esa visión de los dos bailando, como si estuvieran follando mientras sonaba la canción, me acompañaría durante mucho tiempo, y ya tenía bastante.

—Chicos, yo me marcho ya, estoy cansada —le dije a Álvaro y sus amigos, mientras que Macarena volvía del baño.

—No me jodas, Aitana, si ahora es cuando se está mejor —me dijo el hermano de mi mejor amigo, que no se había dado cuenta de lo que pasaba.

—Venga, me voy contigo —me dijo Macarena, que sí que lo había visto todo y llegó en el momento justo.

—De eso nada, tú te quedas a disfrutar de la noche con tu chico, que no tengo quince años ahora. Yo, tomaré un taxi, y me iré a mi casita, tranquilita, donde me haré una leche con cacao y me meteré en la cama —le dije, intentando disimular el dolor que arrastraba.

—Prométeme que, en el caso de que te encuentres mal o me necesites, me avisarás sin dudarlo, sea la hora que sea —me pidió Macarena, y yo asentí.

—Te lo prometo —le dije, antes de darle un beso en la mejilla a cada uno de los presentes.

Salía de la discoteca con el alma en un puño, cuando sentí que jalaban de mi brazo al pasar por un callejón. Decir que el miedo se apoderó de mí era quedarme muy corta. ¿Por qué cojones no llamaría yo a un taxi y lo esperaría en la puerta de la discoteca? No, yo tenía que hacerme la valiente, y ahora sí que saldría en todos los periódicos, con una foto en primera plana.

Lo sé, soy algo dramática, cuando todavía no sabía ni la persona que me había jalado del brazo, pero es que no lo puedo evitar. Si mi madre estuviera aquí, me diría que era Antoñita la fantástica.

—Aitana…—escuché esa voz que era inconfundible.

—Aidan. ¿Sabes el susto que me acabas de dar? ¿Por qué no me dejas en paz y vuelves con tu amiguita? Si piensas que te vas a quitar conmigo el calentón de la pista de baile, lo llevas claro —le dije, enfadada.

—A mí ese baile no me ha provocado calentón ninguno, puedes comprobarlo cuando quieras. A mí la única mujer que me provoca los calentones eres tú. Y con respecto a Claudia, todo tiene una explicación, pero no te la voy a dar yo, te la darán ella y tus padres. Vamos a mi casa, a nuestra casa —me dijo, y solté una carcajada.

—Vete a la mierda, Aidan. Tú y ella, así os hacéis compañía el uno al otro —le contesté, zafándome de sus brazos y subiéndome al primer taxi que pasaba.

Entré en mi casa y lloré, de rabia, de dolor, de algo que no comprendía. Maldije en todos los idiomas la hora en la que me llegó esa carta de la herencia, en el instante en el que mi madre me animó a reclamar lo que era mío, y en el preciso momento en el que me crucé con Aidan y toda su corte celestial.

Me deshice de mi ropa de la manera más brusca que pude, tirándola al suelo de la habitación, me metí en la ducha, donde dejé que mis lágrimas corrieran a sus anchas, hasta que me quedé casi sin fuerzas. Entonces, me envolví en un albornoz y salí de nuevo a la cocina, con la intención de tomarme algo que me calmara, pero lo que no esperaba era encontrarme a Aidan sentado en el sofá de mi salón.

—¿Cómo has entrado? ¿Qué coño haces aquí? —le dije, con rabia y sin poder aguantar las lágrimas.

—No podía dejarte sola después de como te habías marchado. Tus padres me dieron una llave de esta casa hace mucho tiempo, casi a la vez de cuando llegamos de Inverness. He llamado al timbre, pero al no escuchar ruidos dentro, la he utilizado para entrar.

—¿Me has visto en la ducha? Podría denunciarte por eso, y no dudes que, como no salgas inmediatamente de mi casa, lo pienso hacer —le dije, con rabia, mientras que él soltaba una carcajada que me enervó más todavía.

—Perdón, perdón, pero es que, técnicamente, no es tu casa, sino la de tus padres, y ellos me han dado la llave. Así que, esa denuncia no iría a ninguna parte, y tenemos mejores cosas que hacer y que hablar para perder el tiempo yendo hasta comisaria —me respondió, con la suficiencia a la que ya estaba acostumbrada.

No me dio tiempo a reaccionar, se levantó del sofá, me tomó entre sus brazos, y me besó. Era un beso cuya intensidad traspasaba los poros de la piel, en el que nuestras lenguas danzaban la una contra la otra, en una lucha de poder, que era una clara representación de nosotros mismos, que no dábamos ninguno nuestro brazo a torcer.

Desató el nudo de mi albornoz, encontrándose con mi cuerpo completamente desnudo, y eso fue la mecha que encendió su deseo, y se lo noté en los ojos, lo que él no esperaba fue mi rechazo.

—No me vas a tomar cuando a ti te dé la gana, Aidan. Si tu amiguita no ha sido capaz de apagar el fuego o si se ha echado atrás, no es mi problema —le dije, anudando de nuevo mi albornoz.

—Me cago en todo, Aitana. ¿Por qué eres tan cabezona? Claudia es…

—Me da igual quién o como sea la tal Claudia. Yo sé como soy yo y, efectivamente, soy cabezona, pero también una persona tenaz, obstinada, y no pienso consentir que me trates como…

—Me vas a oír, quieras o no, así tenga que taparte la boca. Así que, siéntate, y escucha, porque cuanto antes lo hagas, antes terminaremos y podremos dedicarnos a otra cosa —me dijo, y empezó a relatarme toda la historia de él con Claudia.

Me quedé algo así como inmóvil, y con cara de idiota, eso seguro, sobre todo por la expresión que se dibujaba en la cara de Aidan, que no dudó en acercarse de nuevo a mí.

—Aclarado todo, me parece que ya es muy tarde para irnos al chalé, pero mañana, en cuanto que nos levantemos, ya estás cogiendo tus cosas y metiéndolas en el coche que he dejado abajo aparcado. No pienso permitir que huyas más de mí, Aitana, bajo ningún concepto.

Dicho esto, me volvió a besar, pero esta vez fui yo la que lo sentó en el sofá de un empujón, no sin antes haber desabrochado su pantalón y su camisa. Mi albornoz salió volando, su torso estaba al aire, así que no dudé en lamer esos abdominales que me tenían loca. No sé ni cómo ni cuándo, pero en menos que canta un gallo, ya estaba yo cabalgando sobre su miembro como la más expertas de las amazonas, haciendo que gimiera de placer, al igual que yo. Me dejó hacer lo que quise, hasta que, llegado un momento, y después de mirarnos fijamente a los ojos, ambos alcanzamos el clímax, entre gemidos y jadeos.

Capítulo 30



Aidan

Volvíamos de nuevo a Inverness, y estábamos en el aeropuerto esperando para que nos llamaran para el embarque, despidiéndonos de sus padres y de Macarena.

—Sabéis que allí, en el castillo, tenéis vuestra casa, y esperamos que volváis para las fiestas de Navidad —les dije a todos, en especial a los padres de Aitana, con los que al final tenía una buena relación.

—Alberto se volvería loco si tuviera allí a su hermano en esas fechas, ya que me ha dicho que no podrá venir a pasarlas con él, y yo también tengo muchas ganas de ver a los demás —me dijo Macarena, que se la veía muy cortada.

—No hace falta que diga nada, Macarena. Esa invitación se hace extensible para tu chico, faltaría más. Incluso para su madre, a la que no consiento que deje sola en Navidad —le contesté.

Sabía por Aitana que Macarena no tenía familia, se había criado con su abuela materna, que había fallecido hacía unos años, ya que sus padres eran dos "viva la vida" que no sabía ni en el lugar en el que se encontraban, o si estaban juntos o separados, por eso no hice alusión a su familia.

—Nos vemos pronto, mi niña. Y a ti, highlander, como me entere que le vuelves a hacer daño a mi hija, te cuelgo por lo huevos del árbol más grande

que haya en el jardín del castillo, no te digo más — dijo mi “suegra”, a la que no sabía si llamarla así o no.

El vuelo fue muy tranquilito, íbamos en primera clase, al igual que cuando vinimos, solo que esta vez no lo haríamos solos, como en esa ocasión, sino que había unos cuantos ejecutivos que no le quitaban el ojo de encima a Aitana, y que estaban empezando a cabrearme.

—Te va a explotar la vena del cuello y vas a terminar llenándolo todo de sangre —me dijo Aitana, riendo.

—¿Te hace mucha gracia verme celoso? Porque a mí no me hace ninguna. Estos tíos me están tocando la moral, con sus comentarios y sus miraditas, pensando que no me estoy enterando de nada —le dije, mordiéndome la lengua para no saltar.

—¿Qué quieres que te diga? Pues la verdad es que sí, y no porque me llame la atención ninguno de ellos, que son más feos que un frigorífico por detrás —me dijo Aitana y solté una carcajada.

—Eres única soltando las cosas, de verdad —le dije, dándole un beso en los labios.

—Mira, y se creerán guapos los tres. Desde luego, que hay algunos o algunas que se llevaron una pedrada en la frente cuando eran chicos, te lo juro. No se puede ser más idiota —me contestó, y es que los comentarios ya estaban subiendo de nivel.

—Como sigan así, voy a terminar por avisar a la tripulación y que le corten el alcohol, porque me da la impresión de que han bebido un poquito más de la cuenta.

—Voy al baño, ahora a la vuelta hablaré con la azafata a ver que puede hacer —me dijo, y se dispuso a cruzar el pasillo, cuando uno de ellos se interpuso en su camino.

—Morena, ¿quieres que te acompañe? —le dijo, pero no me dio tiempo a actuar, cuando ya lo había hecho ella.

—Como sigas ahí en medio, al único sitio al que vas a necesitar compañía para ir será al hospital —le contestó ella, de brazos cruzados y esperando a que se apartara.

—Uhhh con carácter, como me gustan a mí —dijo el muy idiota, y ella le proporcionó un rodillazo en los huevos, dejándolo doblado.

—¿Alguno más quiere su ración del día o ya os ha quedado claro a todos? Ya me parecía a mí —dijo, siguiendo hacia el baño.

Al salir, estaba la azafata esperándola, para que le contara lo que había sucedido, cosa que ella hizo muy gustosamente. Al final, los tres fueron trasladados a turista, donde quedaban huecos libres, y con la amenaza de que, si volvía a suceder algo parecido, les prohibirían volar con esa compañía.

Cuando llegamos al aeropuerto, nos estaban esperando Kieran y Alberto, ya que Triana y Graham no habían podido venir por temas laborales, y lo entendimos perfectamente.

Llegamos al castillo y nos sorprendió ver a todos en el jardín, incluidos Olivia y Alex, que había acudido con Malcolm. Nuestros amigos no habían venido a recogernos al aeropuerto porque estaban ultimando los detalles de la sorpresa que nos aguardaba a la vuelta.

Volvió a caer la noche, y decidí enseñarle a Aitana lo que tenía en la torre dos, a la que no subía desde hacía muchísimo tiempo, pero no quería más secretos entre nosotros.

—Ven, tengo algo que enseñarte —le dije, tomándola de la mano.

Para acceder a esa torre teníamos que coger un pasadizo que, a simple vista, no se veía desde el pasillo, pero que los que conocíamos el castillo bien, sabíamos dónde encontrar la entrada, que estaba justo detrás de una columna.

—¿Se puede saber a dónde me llevas? —me preguntó, mirándolo todo con curiosidad.

—La escalera tiene un sensor de movimiento, por lo que no te tienes que preocupar de que se vaya la luz. Irá encendiéndose a medida que subamos los escalones —le contesté, sin decirle nada del lugar al que la llevaba.

Fuimos ascendiendo, hasta llegar delante de una puerta que estaba cerrada con llave, una que tan solo tenía yo, ni siquiera el personal de limpieza contaba con una, ya que yo mismo me encargaba de que todo estuviera limpio y a punto cuando quería utilizarlo.

—Esto es… —empezó a decirme, con los ojos muy abiertos.

—Esto es nuestro lugar de esparcimiento, si es que tú quieres. No te obligo a nada, nunca lo haré. Ni siquiera yo sé el tiempo que hace que no subo, creo que desde que tu tío cayó enfermo, pero no quiero que haya más secretos entre los dos —le respondí, mientras que ella no le quitaba ojo a la estancia.

En esa habitación, que era enorme, tenía una barra de bar, un sofá de piel negro y una cama enorme, con espejos en el techo. También tenía un baño completo, pero lo más importante era lo que contenían los armarios empotrados que había mandado construir.

En el interior de esos armarios, había guardados toda clase de juguetes sexuales, con los que sabía que podía hacerla disfrutar muchísimo. Me senté en el sofá y le hice un gesto con la mano para que revisara todo lo que quisiera, lo que más le llamara la atención.

El simple hecho de que estuviera aquí, conmigo, hacía que me pusiera duro como una piedra, porque ya me la imaginaba en esa cama, atada de pies y manos, y a merced del placer que podría ofrecerle, y me caían los sudores por la espalda.

—¿Quieres que probemos algo de esto algún día? —le pregunté, deseoso de conocer su respuesta.

—¿Algún día? Quiero probarlo todo, esta misma noche a ser posible, aunque no tendremos tiempo material para hacerlo, pero al menos sí lo que me llama más la atención —me contestó.

Me levanté del sofá como si tuviera un resorte, y me dirigí hacia donde estaba ella de pie, con un vibrador en la mano, que sería el primero que probaríamos.

Capítulo 31



Aitana

Ese cuarto fue todo un descubrimiento para mí, porque en él teníamos todos los juguetes sexuales que quisiéramos probar y más. Bajamos a por la cena, y nos la subimos allí, al igual que una botella de vino blanco con el que comer el marisco que había encargado y una de champán, que acompañaríamos con fresas bañadas en chocolate, y que nos daría mucho juego.

Lo primero que hicimos, nada más entrar, fue llenar la bañera que había escondida en el suelo, y que era como una especie de jacuzzi, que quedaba al descubierto cuando se abría el panel que la tapaba, y dando la impresión de estar en un lugar de auténtico lujo.

—Creo que voy a echarle algunas sales para que nos perfume la piel —me dijo Aidan, que fue a uno de los armarios y cogió un bote que no me dejó ver.

—Me parece que eso lleva algo más que sales perfumadas —le dije, cuando me miró con una sonrisa pícara.

—Puede ser, ni confirmo ni desmiento nada —me contestó, quedándose completamente desnudo en mi presencia, y bajando los escalones de la bañera, antes de darle con el mando para que sonara música.

Sin apartar mi mirada de él, que se estaba acariciando su miembro, me fui despojando, también, de toda mi ropa, hasta quedarme completamente

desnuda. Nunca me había sentido tan atrevida con un hombre como me sentía con Aidan, era como si mi vergüenza se quedara fuera de la habitación en la que estuviéramos.

Vi que él estaba sentado en un pequeño saliente que había en la bañera, como si fuera un banquito en el que sentarse, dejando su cabeza recostada en el borde superior. No me lo pensé, me arrodillé en la zona en la que él estaba sentado, sin entrar todavía en el agua, situando mi sexo a la altura de su boca. Como si de un imán se tratara, su lengua salió al encuentro de mi clítoris, mientras que él no dejaba de masturbarse. En esa postura tuve mi primer orgasmo, ese que pude gritar a placer, nunca mejor dicho, porque la sala estaba completamente insonorizada.

Aidan fue el encargado de introducirme en el agua, sentándome a horcajadas encima de su miembro, que en menos que cantaba un gallo ya lo tenía en mi interior.

—¿Has probado alguna vez la doble penetración, Aitana? —me preguntó, y me morí de vergüenza. No por la pregunta en sí, que en una pareja era lo más normal del mundo, sino porque me sentí una mojigata en sus manos.

—No —dije tan bajito como pude.

—Eh, no tienes que avergonzarte de nada y, si no lo quieres probar, no tienes por qué hacerlo, aunque te confieso que me muero por penetrar ese culito tuyo. No pienses que será de buenas a primeras, antes tendremos que estimularlo y prepararlo para ello. ¿Quieres que lo haga, Aitana?

—Sí, Aidan. Quiero que me muestres todo eso que me he estado perdiendo en el sexo. Necesito probarlo todo contigo, si no lo pruebo, no sabré si me gusta o no —le respondí, y noté el brillo de la emoción en sus ojos.

Salimos de la bañera, después de alcanzar un orgasmo juntos, que me supo a gloria. Me secó con toda la delicadeza y el mimo del mundo, y me recostó en la cama. Fue hasta el armario y, en una cajita negra, fue echando algunos juguetes, que serían los que utilizaríamos esa noche.

Se echó un poco de gel en los dedos, y los fue introduciendo por mi trasero, haciendo círculos, mientras que su boca se dedicaba a lamer y succionar mis pechos, poniéndome a mil. Cuando le pareció conveniente, me introdujo un dildo anal, que fue dilatando mi trasero, hasta que estuviera a punto para recibir su miembro.

En un momento determinado, sacó de la cajita un vibrador algo extraño, que no había visto en mi vida. Resultó ser, según me fue explicando, uno que tenía succionador de clítoris incorporado, y que se dedicó a introducir en mi vagina, mientras dejaba anclado el succionador, para que no se moviera.

Me puso de rodillas, apoyando los codos y las rodillas en el colchón, sacó el dildo de mi trasero y, antes de introducir su miembro en mi cavidad más prohibida, accionó el aparato que tenía en mi interior.

Puso su miembro en la entrada de mi ano, y poco a poco, lo fue introduciendo, hasta que lo estuvo por completo. No os puedo describir la sensación de placer que sentí, porque es indescriptible.

—Muévete, por lo que más quieras —le dije, entre gemidos y jadeos.

—Si eso es lo que quieres, tus deseos son órdenes para mí —me respondió, y empezó a balancear su pelvis.

Me cogió de las caderas, haciendo que yo también fuera al encuentro de las suyas, mientras que ese vibrador se movía en redondo en mi interior, y el succionador hacía de las suyas.

—No puedo más, preciosa, pero necesito que te corras tú primero —me dijo, y mi cuerpo pareció que reconocía esas palabras como una orden, porque lo hice, me corrí a gritos.

Él me siguió, y noté como se derramaba dentro de mi trasero, proporcionándome un placer que no había sentido en mi vida.

—Creo que, por esta noche, ya hemos tenido suficiente —me dijo, llevándome en brazos hasta la ducha, donde me enjabonó con todo el mimo del mundo.

—Si esto ha sido con un vibrador, no me quiero ni imaginar como sería con dos hombres —le dije, una vez que estábamos en la cama, abrazados.

—Lo siento, pero por ahí sí que no paso. Llámame posesivo, territorial o lo que te dé la gana, pero no te pienso compartir con nadie más —me dijo, muy serio, y solté una carcajada.

—Nadie está diciendo que lo hagas. Es más, no me creo capaz de hacer lo que hemos hecho esta noche con nadie más que no seas tú —le contesté, sonriendo.

—Eso espero, o terminaré volviéndome loco y te dejaré encerrada en la torre del castillo, pero no en esta, sino en la otra, que es fría y lúgubre —me contestó, con voz de ultratumba, y que me hizo reír a carcajada limpia.

Habíamos bajado a desayunar, ya que todos los demás se habían marchado a sus casas la tarde anterior, cuando sonó mi teléfono, era Alberto, y me extrañó muchísimo.

—Cariño… —me dijo, llorando, y supe que algo había pasado.

—¿Qué pasa, Alberto? ¿Por qué lloras? —le pregunté, preocupada.

—Es mi madre, ha fallecido de un infarto hace unos minutos. No puedo ir solo hasta Sevilla, y me moriría de dolor si no estoy allí con mi hermano —me dijo, y no me lo pensé.

—En una hora estamos en tu casa. No te preocupes que yo misma busco los vuelos, el más próximo que haya. Ve preparando la maleta.

Tal y como le dije eso, colgó, mientras que Aidan me miraba preocupado, como si me quisiera decir algo.

—Aitana, llevo mucho tiempo fuera de la empresa, no sé si voy a poder acompañaros —me dijo, y algo en mí se quebró. Era mi mejor amigo y, al igual que llevaba casi un mes fuera, podría alargarlo dos días más.

—No te preocupes, pero no pienso dejar a mi amigo solo en este trance, porque sé que él no lo haría si fuera yo la que lo necesitara. Llévame a su

casa, por favor, allí buscaré los vuelos —le dije, y cogí mi maleta, esa que no había deshecho todavía.

Capítulo 32



Aidan

Aitana acompañó a su amigo al funeral de su madre. Le dije a Alberto que se trajera a su hermano, tenía un puesto en la empresa, y así no se quedaría solo en España, al igual que a Macarena, que tampoco tenía a nadie más en Sevilla.

Quedaban pocas semanas para Navidad, y por eso, aprovecharíamos ese viaje para que se vinieran todos juntos de vuelta. También teníamos que planear la boda, de esa manera ambos podríamos heredar, aunque, siendo sincero, eso era lo que menos me importaba en estos momentos, la verdad. Si quería casarme no era por eso, sino porque así sería como si ya no pudiera perderla. Sé que este pensamiento era una tontería, ya que no era más que un papel firmado, y Aitana podría marcharse de mi lado cuando le diera la gana.

—Aidan, tenemos un problema en la planta de producción —me dijo Graham, que acababa de entrar en mi despacho.

—¿Qué ocurre? Esta mañana iba todo perfecto, ¿qué se ha podido torcer? —le pregunté, puesto que había hecho una revisión de todos los departamentos en el momento que entré por la fábrica.

—Una de las máquinas de embotellado se ha parado, al revisarla, nos hemos dado cuenta de que la han manipulado, tiene un cable cortado y lo han hecho a conciencia —me dijo, y me dejó completamente paralizado.

—Llamemos a la policía y que sean ellos los que investiguen, porque la persona que lo ha hecho está dentro de la empresa. Al resto de los empleados se les dirá que ha sido una avería y que hay que sustituir la máquina, nada más —le dije a Graham, que me dio la razón.

El resto del día lo pasamos entre hablar con la policía y trabajar, y estaba deseando que llegara la hora para irme a casa, aunque allí también me encontraría solo, puesto que Aitana no llegaría hasta el día siguiente. Su ausencia me pesaba como una losa, me había acostumbrado en estos meses a tenerla cerca y ya no concebía mi vida sin ella.

Las investigaciones seguirían su curso, y yo me encontraba en el aeropuerto, esperando a que llegaran todos y cada uno de ellos. Aitana me dijo que tenía una sorpresa, y me moría de ganas por conocer cuál era. Pero, en realidad, por lo que me moría era por abrazarla y tenerla entre mis brazos.

Todavía no le había contado mi mayor secreto, y cada día que pasaba se me hacía más y más cuesta arriba contárselo. ¿Y si ya no me veía de la misma manera? ¿Y si, cuando se lo dijera, decidía que no era digno de ella? Todas esas preguntas se agolpaban en mi cabeza, y decidí que esa noche, después de cenar, nos subiríamos a la torre y le contaría todo.

—¿Un penique por tus pensamientos? —me dijo, cuando llegó a mi altura, cuando yo ni siquiera la había visto.

—No me des el penique, que yo te lo cuento. Estaba pensando en ti, y en las ganas que tenía de besarte —le dije, después de atraerla por la cintura y besarla como si no hubiera un mañana.

—Me encanta que me recibas así, pero te recuerdo que no estamos solos —me susurró en mi boca, sabiendo que eso me ponía taquicárdico.

—Por ahí te vas a librar, pequeña —le contesté, soltándola para saludar al resto.

Me presentaron a Álvaro, que era casi igual que Alberto, aunque más mayor y mucho más… ¿cómo decirlo? ¿Elegante? ¿Atractivo? No lo sé, pero de lo que sí me di cuenta fue de que mi amigo Kieran no le quitaba el ojo a

ninguno de los dos, y con esto me refiero a Macarena y a su chico. Tenía la impresión de que se avecinaba tormenta.

Mi suegra, Malena, salió corriendo hacia mí, dándome un abrazo y llenándome toda la cara de besos, como si no me hubiera visto desde hacía siglos, y hacía menos de una semana que eso había sucedido.

—Cada día estás más guapo, jodío —me dijo, tirándome un pellizco en el moflete.

—Disculpa a mi mujer, Aidan. Se ha debido pensar que tienes siete u ocho años —me dijo Alejandro, tendiéndome la mano y dándome un abrazo.

—Oye, ¿cuál es esa sorpresa que me tenías? —le pregunté a mi chica.

—Mis padres, ya se han prejubilado y dicen que no quieren estar lejos de nosotros, así que se vienen definitivamente a vivir a Beauly —me dijo, y la verdad es que, después del impacto inicial, me alegró mucho la noticia.

—No te apures que, aunque en el castillo hay sitio de sobra para que no nos tengamos que ver las caras en un mes, por lo menos, hemos comprado una pequeña casita a diez minutos andando de donde vivís vosotros — dijo mi suegra, y me tuve que reír.

—A mí no me importa que viváis en el castillo, Malena. Es más, sería un gran placer teneros allí. Si he puesto esa cara es porque no me esperaba esa noticia, no porque no me haya gustado —le dije, sonriendo.

—No, no, que mi marido y yo todavía somos muy jóvenes y necesitamos intimidad para nuestros momentos de pasión — dijo ella, tan pancha, y todos soltamos una carcajada.

—Mamá, demasiada información. Créeme, no necesitaba saber eso, que ahora la mente es muy traicionera, y se me va a llenar la cabeza de imágenes vuestras, dale que te pego —le dijo Aitana, haciendo como la que le había dado un escalofrío.

—Desde luego, hija, ni que tú jugaras al parchís con tu novio. Lo que hay que oír, de verdad —dijo Malena, completamente indignada.

Había contratado un pequeño microbús para que cupiéramos todos, ya que, la primera parada sería el castillo, donde comeríamos todos juntos. Graham y Triana irían en cuanto terminarán en el trabajo, yo me había cogido el día libre, porque antes de ir al aeropuerto, tuve que pasar por comisaría para ver unas imágenes.

Le contaría todo a Kieran en cuanto que llegara Graham, y así se enterarían los dos a la vez. En esas imágenes estaba el autor, mejor dicho, la autora de semejante tropelía, que no era otra que la misma que le dijo esas barbaridades a Aitana el primer día que estuvo por las oficinas. No la iban a detener todavía, teníamos que fingir normalidad, porque sospechaban que no actuaba sola, y querían comprobar quién era la cabeza pensante, su cómplice.

Durante todo el camino llevaba a Aitana cogida de la mano y, de vez en cuando, un beso se me escapaba, aunque no era de los que a mí me gustaba darle, que tan solo eran breves roces de labios.

Estábamos entrando por el camino de piedra del castillo cuando lo vi, ese coche que estaba delante de la puerta, y un escalofrío me recorrió la espalda, no me había dado tiempo a contarle nada.

Capítulo 33



Aitana

No me había dado cuenta de que había un coche aparcado en la puerta del castillo, pero lo que sí noté fue el cambio en la postura de Aidan, cuando lo vio, era como si se hubiera tensado.

—¿Ocurre algo? —le pregunté.

—Sí, pero ahora mismo no te lo puedo contar. Prométeme una cosa: pase lo que pase y veas lo que veas en este momento, cuando nos bajemos del coche, no adelantes acontecimientos, no juzgues a la ligera, por favor —me pidió, y me di cuenta de que me ocultaba algo, otra vez.

—Solo espero que, vea lo que vea, tengas una buena explicación para ello, porque como no sea así, te juro que no me vuelves a ver el pelo, así vayas detrás de mí al fin del mundo. ¿Te ha quedado claro?

—Aitana, de verdad, te lo iba a contar hoy, después de cenar, pero no me ha dado tiempo a hacerlo.

—Mira, Aidan, estoy cansada y harta de tus jueguecitos, has tenido tiempo más que suficiente. Desde el accidente, llevamos juntos muchos meses, digo yo que algún huequecito podrías haber sacado para hacerlo —le dije, bajándome del coche, pero quedándome a un lado.

La puerta del coche se abrió, y de él salió una mujer espectacular, de esas que te tienes que volver a mirarla por la calle, ya seas hombre o mujer, heterosexual o gay, da lo mismo. Pero, lo que no me esperaba era lo que vino después, que me dejó completamente en shock.

—¡Papito! —escuché la voz de un niño, de unos cuatro años, que salió corriendo hacia Aidan.

—¡Mi amor! No sabes las ganas que tenía de verte, te lo juro —le dijo, abrazándolo y con los ojos empañados de lágrimas.

—Vamos a dejarnos de dramas, que para eso ya están las películas de los sábados por la tarde —dijo esa mujer, con toda la frialdad del mundo.

—¿Qué haces aquí, Stella? ¿Cómo te has dignado a traer a mi hijo sin que te lo haya tenido que suplicar? —le preguntó Aidan, mientras todos nos quedamos a una distancia prudencial de ellos, pero sin querer perdernos detalle, sobre todo, mi madre y yo, que no terminábamos de creer lo que estábamos viendo.

—Voy a ir al grano, Aidan. Aquí tienes al niño y toda la documentación firmada de mi renuncia a él. No me puedo hacer cargo, a partir de mañana viajo a los Estados Unidos, me han ofrecido un puesto muy importante y no pienso renunciar por hacerme caso de un mocoso. Cuando tenga tiempo, lo llamaré y, tranquilo, no pienso revocar la renuncia nunca, está ahí impreso, en una de las cláusulas.

—No me puedo creer que seas así, Stella, tan fría, tan calculadora. Es tu hijo, y lo dejas como si fuera una maleta, un mueble viejo —le dijo Aidan, que lo tenía en brazos.

—¿Qué pasa, qué tú tampoco te lo quieres quedar? Pues mándalo a un internado, chico, no sé. Yo, a partir de este momento, me desentiendo del niño. Braulio, baja la maleta de Nicholas, por favor —dijo, antes de montarse en el coche sin darle ni un beso a su hijo.

—Papá, ¿tú tampoco me quieres? ¿Me vas a enviar a un internado? —dijo el niño, y ahí sí que no pude quedarme callada.

—Por encima de mi cadáver, chaval. Si tu padre hace eso, con sus testículos me hago dos bolas para el árbol de Navidad —le dije al niño, que soltó una carcajada.

Aidan me miró agradecido, pero la cosa no había terminado para él, pues tendríamos que tener una bonita charla los dos, pero no delante del niño, no quería que pensara que yo no lo aceptaba, porque no era cierto.

El tal Braulio, que era el chófer de la madre, sacó una pequeña maleta del maletero del coche. Si esas eran todas las cosas del niño, tendríamos que ir con urgencia al centro comercial, porque ahí, con suerte, entraban dos pijamas y una muda de ropa interior, nada más.

—Todo lo demás le quedaba pequeño, y como lo ibas a tener tú, no me he molestado en comprarle nada, lo doné a beneficencia —dijo, después subió la ventanilla y se largó, como quien deja una planta para que se la rieguen.

Entramos todos en el castillo, el niño alucinaba con todo, se notaba que no era la primera vez que venía, aunque, mínimo, hacía diez o doce meses que no lo hacía.

—Papá, ¿puedo ir a ver a Arthur? —le preguntó a su padre.

—Cariño, Arthur ya no está con nosotros, se marchó al cielo. Sabías que estaba malito, y él muchas veces te lo decía, que algún día, vendrías y no estaría ya. Pero no tienes que estar triste, porque él está en un sitio mejor, donde no sufre —le contó él.

—Pues entonces, acompáñame a su habitación. Me dijo que, debajo de una de las losas del suelo había dejado algo para mí, pero que solo podría verlo cuando él ya no estuviera en este mundo —le dijo, y tanto Aidan como yo, nos miramos sorprendidos.

—Vayamos, entonces —le dijo su padre, que me tomó a mí también de la mano.

—No vayas a pensar que no te vas a llevar una buena bronca, Aidan, que sigo pensando lo mismo —murmuré, mientras él me miraba con una sonrisa

triste.

—Solo espero que no lo rechaces, yo aguantaré todo lo que me echen. Una vez más, tendrías toda la razón para hacerlo —me contestó, sin que el niño se diera cuenta.

—¿Rechazarlo? Él no tiene la culpa de tener una madre frívola y desnaturalizada y un padre que miente más que habla, pero ya charlaremos luego, ahora es su momento —le contesté.

Mientras que íbamos hasta la que fue la habitación de mi tío abuelo, los demás se fueron instalando en el castillo, hasta que pudieran tener las llaves de sus nuevos hogares, que sería en unos pocos días. Macarena y Álvaro también se habían alquilado una casita cerca de Alberto, para así estar más en contacto.

El niño iba cantando, parecía que la marcha de su madre no le había afectado, y eso me impresionó bastante. A saber, cuántas veces lo dejó solo o al cuidado de otra persona antes de dejarlo definitivamente con su padre. Si hubiera estado apegado a ella, lo lógico sería que estuviera llorando a mares, reclamándola, y eso no estaba sucediendo.

Llegamos a la habitación de mi tío abuelo, que estaba cerrada con llave. Aidan la abrió, y pasamos los tres. Vi una cajita que me llamó la atención, era una especie de joyero antiguo, de esos que tenían varios compartimentos secretos y, sin querer, al rozarlo, se abrió uno, con una carta en su interior.

—Mira lo que he encontrado en el joyero —le dije a Aidan, que me miró sorprendido.

—No me acordaba de él. Cógelo, quiero que tu madre tenga todas las joyas de sus antepasados, sería lo lógico —me contestó.

Capítulo 34



Aidan

Al final, Nicholas encontró la losa donde estaba su tesoro escondido, porque así fue como lo denominó él, bueno, en realidad, como le dijo Arthur que lo denominara. Bajo ella, había una cajita en la que encontramos un montón de fotos de los dos juntos, incluso alguna de los tres, de todas las veces que había venido al castillo. También había una cartilla de ahorros, a su nombre con una cantidad importante de dinero, pero del que no podría hacer uso nada más que para sus estudios, porque así lo dejó indicado.

—Mira, papá, también me ha dejado un billete, para chuches —dijo él, con toda la inocencia del mundo, levantando las cincuenta libras como si fuera lo más grande.

—Perfecto, pero no te lo vayas a gastar todo de una vez, o terminarás con dolor de tripa —le contesté, revolviéndole el pelo.

Dejé al niño con Alejandro en el salón, Malena estaba en la cocina con el personal, decía que les iba a enseñar a cocinar la comida española, para que así tuvieran más variedad a la hora de elegir, y me fui con Aitana al despacho.

—Déjame que te lo cuente todo, luego me echas la bronca —le dije, sentándome detrás de mi escritorio.

—Dale, pero por mucho que me digas, no me vas a hacer cambiar de opinión —me contestó, con las manos en la cintura.

—Stella y yo nos conocimos en la universidad, éramos amigos. Por aquel entonces, ella no era la mujer que es hoy en día, ni por asomo. Era bonita, mucho, pero más por dentro que por fuera. Todo cambió cuando la ambición se hizo presa de ella.

—Me cuesta pensar que alguna vez fuera una mujer cálida y amable, la verdad.

—Y no lo dudo, pero así era. Una noche, después de una borrachera enorme, celebrando el cumpleaños de Olivia, nos acostamos. Entre ella y yo no había relación ninguna, es decir, éramos amigos y teníamos una atracción sexual, nada más. De esa vez, salió embarazada.

—Joder, Aidan, vaya puntería. ¿Has comprobado que no te engañó con eso? —me preguntó Aitana, como era lógico.

—Sí, fue lo primero que hice en cuanto que nació Nicholas. Ella lo había hecho a posta, lo del embarazo. Se estuvo hormonando para que, cuando llegara el momento, tuviera la certeza de quedar embarazada. No fue un accidente, como así me lo hizo saber después.

—Me imagino la intención que pudo tener…

—Y no te equivocas. Por aquel entonces yo ya era la mano derecha de Arthur, y tenía todo lo que quería, tanto a nivel económico como laboral. Su intención era hacer que nos casáramos. Sabía que el viejo pondría todo de su parte para que así fuera, ya que siempre decía que él había echado en falta el calor de una familia, de un hogar con hijos, pero se equivocó.

—Mi tío abuelo la caló a la primera, e hizo todo lo posible por convencerte de que no te casaras, ¿me equivoco? —me dijo ella, acertando de pleno.

—No, has acertado. Me dijo que no tenía por qué renunciar a mi hijo, pero que ella no era una buena mujer para mí, que lo había hecho buscando un poder económico y un estatus que no tenía. Desde entonces, cada vez que

quería ver a mi hijo se convertía en un calvario. Se iba del país, me decía que estaba malito, o durmiendo, o cualquier cosa que se le ocurriera, cuando yo sabía que ella no lo quería, que lo había buscado para chantajearme con él —le conté, sin dejarme nada en el tintero.

—Todo esto me parece espeluznante, pero ¿por qué no me lo habías contado antes? Estoy harta de secretos, Aidan, y te prometo que ya no puedo más —me contestó.

—Lo sé, y si no lo he hecho antes es porque tenía miedo de que me juzgaras, de que salieras huyendo de nuevo, ahora que por fin éramos felices —le dije, saliendo de detrás del escritorio y tomándola de las manos.

—No quiero más mentiras, más secretos ni más jueguecitos. Si hay algo más, más vale que me lo cuentes ahora, porque como lo descubra por mi cuenta, cojo la maleta y me voy. Si no me tienes confianza, la relación no vale una mierda, Aidan —me dijo, y la entendí.

Con los ojos repletos de lágrimas, cogí su cara con mis manos y la besé. Fue un beso dulce, de agradecimiento, para hacerle sentir que su apoyo era lo más importante para mí, y ella me correspondió.

Cuando llegamos al salón, la escena que teníamos ante nuestros ojos fue realmente enternecedora. Allí, en el suelo y sobre la alfombra, estaban los dos, Alejandro y Nicholas, jugando con dos figuras de super héroes que no sabía de donde habían salido, como si se conocieran de toda la vida, pero lo mejor vino a continuación.

—Abuelo Ale, me encanta jugar contigo —le dijo el niño, levantándose para darle un beso en la mejilla, que mi suegro recibió encantado.

—Y a mí también, Nicholas. Creo que, cuando nos den las llaves de mi casa nueva, vamos a dejar una habitación para ti, y otra como cuarto de juegos, donde pondremos un futbolín. ¿Has jugado alguna vez a eso? —le dijo Alejandro, sin notar que estábamos en la puerta.

—No sé ni lo que es, abuelo. En casa de mi madre nadie jugaba conmigo, todos estaban muy ocupados. Siempre jugaba solo, y con estos dos, porque

mi mamá no me compraba juguetes, nada más que un regalo que me traía papá Noel, y otro por mi cumple, se acabó —le dijo el niño.

—Pues, a partir de ahora, eso se terminó. Verás como este año Papá Noel te trae muchas cositas, porque como somos muchos para encargarle… —le habló Aitana, que dio un paso adelante, adentrándose en el salón.

—¿Tú eres la novia de mi padre? Eres muy guapa, y me encanta cuando hablas en español —le dijo Nicholas, poniéndose rojo por el piropo.

—¿Sabes el idioma?

—Sí, mi papá me apuntó a un colegio bilingüe, y también tengo la asignatura como extraescolar, me encanta conocer idiomas —le contestó él, sonriente.

—Pues nada, a partir de ahora, hablaremos nosotros en español, si tú quieres, claro.

—¿Sabes una cosa? Este año le había pedido a Papá Noel que me trajera un juego de construir palabras en español, ojalá me lo traiga. Abuelo, si me lo traen, ¿jugarás conmigo?

—A todo lo que tú quieras, mi amor, vamos a jugar, tanto el abuelo como todos los demás, te lo aseguro. Ya no jugarás solo nunca más. Y tendrás la mejor fiesta de cumpleaños que puedas soñar. Pero hay algo que me tiene intrigada, si tienes tan solo cuatro años, ¿cómo sabes leer ya? —le preguntó Aitana, y esa era la pregunta del millón.

—Porque, como no tenía a nadie que me leyera los cuentos por la noche, y a mí me encantaban, aprendí a leer yo solito, y así podía leerlos antes de dormir —le dijo mi hijo, dándole la misma explicación que me dio a mí en su momento, y partiéndole el alma, tanto a Aitana como a mi suegro, que me miró asombrado.

Capítulo 35



Aitana

Los días fueron pasando, y había llegado el día de Nochebuena. Durante toda la mañana, tanto Nicholas, como yo, estuvimos decorando el árbol de Navidad. Uno enorme que compró mi padre en Inverness y que medía casi tres metros de alto. Para colocar la estrella tuvimos que subirnos en una escalera, de la que casi me caigo, dicho sea de paso.

—Al final, le tendremos que pedir a Papá Noel una dentadura postiza, verás, del guarrazo que vamos a pegar desde aquí a lo alto —le dije al niño, que se doblaba de la risa.

—Aitana, no me he reído nunca tanto con nadie, de verdad. Yo, cuando sea mayor, quiero ser así de alegre como lo eres tú —me dijo, con una preciosa sonrisa, y me ganó del todo.

—Nunca dejes que nada ni nadie te borre tu alegría, Nicholas. Eres un niño, y como tal, tienes que reír, saltar, ensuciarte, que para eso están las lavadoras. ¿Sabes qué? Vamos a aprovechar que ha estado nevando toda la noche y nos vamos a ir a hacer un muñeco de nieve. Corre a por tu ropa de abrigo, que no quiero que, cuando vuelva tu padre, en vez de un muñeco en la entrada encuentre dos, el de nieve y tú congelado —le dije, y volvimos a reír de nuevo.

—Hija, estás haciendo una labor encomiable con ese niño — dijo mi padre, al que también le había robado el corazón.

—Solo lo estoy tratando como me gustaría que lo hicieran conmigo, nada más.

—¡Ya estoy listo! —dijo al entrar en el salón, y al volverme no puede evitar soltar una carcajada.

—¿Has dejado algo en el armario o te lo has puesto todo? —le pregunté, con ironía, pero era demasiado pequeño para entenderlo.

—Pues claro que he dejado un montón de ropa, toda no me la podía poner, o no podría andar, bajaría las escaleras rodando —me contestó, mientras mi padre se doblaba de la risa.

—Anda, ven que te ponga la ropa derecha y te quite alguna, o no te podrás mover —le dijo mi padre, dejándolo solo con un chaquetón, el gorro, la bufanda y los guantes.

¿Cómo había bajado? Pues se tomó al pie de la letra eso de abrigarse y se había colocado dos chaquetones, tres gorros y dos pares de guantes, sin contar con que llevaba una braga polar y dos bufandas.

Mi madre continuaba en la cocina, decía que esta noche se iba a cenar como en mi casa, que sería una Nochebuena a la sevillana, y más no se pudieron reír las cocineras con ella.

Sin cortarse un pelo, cogió su móvil y se puso a reproducir su play list de villancicos flamencos, empezando por Raya Real y terminando por Luis de Perikin. Cuando entramos en la cocina, allí tenía ella a todo el mundo bailando un villancico de María Pelae.

"Ay, que rica están las gambas
Al ajillo, a la plancha
Ay, que rica están las gambas
Que pecha de comer"

—Abuela, me encanta este villancico. Me lo tienes que enseñar para cantarlo con mis amigos en el cole —le dijo el niño, que lo cogió a la primera.

—Pues tengo otro que también te va a gustar, luego te lo canto —le dijo ella, a la que la palabra abuela le sonaba a gloria.

Esa noche tocaba arreglarse un poquito más, no así al día siguiente, porque Aidan y yo habíamos comprado pijamas navideños para todos por igual, y sería lo que nos pondríamos para abrir los regalos y desayunar. Yo apostaba que, con el cansancio que tendríamos y el frío, pues no paraba de nevar, nos quedaríamos así todo el día.

Subimos a ducharnos, yo me encargué de Nicholas, porque Aidan no había llegado todavía. Al parecer, había tenido que ir a comisaría por no sé qué asunto de una máquina que habían saboteado en la cadena de producción. Tan solo esperaba que no tardara mucho.

Quienes sí habían llegado ya eran Alberto, Álvaro y Macarena, que lo habían hecho mientras nosotros bajábamos de arreglarnos. Triana llegó en el mismo momento en el que pasamos al salón, al igual que mis padres, que ya estaban en su casa. Esa noche dormirían todos en el castillo, por lo que los regalos que venían de su parte estaban todos en el coche, para que Nicholas no los viera.

—Ya están tardando demasiado, deberíamos llamarlos —dijo Alberto, mirando el reloj.

—La verdad es que sí. Graham me llamó hace más de una hora para decirme que ya estaban terminando de declarar —dijo Triana.

Marqué el número de Aidan, pero no me daba señal, era como si estuviera apagado o fuera de cobertura, al igual que sus amigos. Empezábamos a preocuparnos, puesto que eran más de las siete, cuando la puerta se abrió. Parecía que venían de hacer una expedición por la Antártida en vez de venir de comisaría.

—¿Qué os pasado? Parece que salís de un programa de esos de aventuras en la nieve —dijo Alberto, sonriendo.

—Eso mismo ha sido, una aventura sobre la nieve. El coche patinaba, no éramos capaces de avanzar ni un metro sin pensar que nos íbamos a matar.

Así que, lo hemos dejado en un ladito de la carretera, y hemos venido andando —dijo Aidan, al que todavía le castañeaban los dientes.

—Podíais haber avisado y esperar dentro a que pasara la tormenta —le dije, preocupada.

—Pues no hubiéramos muerto de frío y hambre, porque en la comisaría nos echaron por lo mismo. Se espera que, en los próximos tres días la cosa vaya a peor, por lo que nos decidimos a venir cuanto antes —contestó Graham, que se puso del tirón junto a la chimenea.

—Anda, subid los tres a daros una ducha calentita, seguro que encontráis ropa por algún lado —les dijo mi madre.

—Claro, nosotros siempre tenemos aquí ropa de repuesto, para situaciones así, que no sería la primera vez que nos vemos aislados por la nieve o la lluvia —le dijo Kieran, que ya se disponía a subir a su habitación.

La cena transcurrió entre risas y bailes de mi madre, que se animó con una copita de vino, y se puso a cantar, ante el júbilo del niño, que se apuntaba a todas.

—Jaleo, jaleo, jaleo, ya llegó la Nochebuena… —cantaba ella.

—Y a mi niño yo le traigo, rosas, nardos y azucenas… —continuó el niño, haciéndonos reír a todos.

—Si su madre lo viera así de feliz, se lo llevaba de nuevo, te lo aseguro —me dijo Aidan en el oído.

—No entiendo como puede ser así, de verdad, sobre todo cuando he podido comprobar que Nicholas es un amor de niño —le contesté, y es que se me caía la baba con ese niño.

Después de mucho baile y mucho cante, Nicholas cayó rendido en el sofá, por lo que, su padre y yo, lo cogimos en brazos y lo llevamos hasta su habitación, donde le pusimos el pijama de Navidad, del que no sabía nada, y lo acostamos, encendiendo la cámara para poder verlo y escucharlo desde la Tablet.

Al bajar de nuevo al salón, allí estaban todos los regalos colocados bajo el árbol, tan solo faltaban los nuestros, para lo que tuvimos que dar varios viajes, ya que al niño le compramos un montón de cosas. Queríamos que su primera Navidad con nosotros la recordara siempre, que borrara de un plumazo las que había pasado con su madre, que se limitaron a un regalo que le daba antes de salir a celebrarlo con sus amigos, dejándolo al cuidado de una niñera que pagaba Aidan, por supuesto.

Capítulo 36



Aidan

En cuanto todos estuvieron acostados, tomé la mano de Aitana y nos fuimos a nuestra torre. Sería una Nochebuena en todos los sentidos, y ambos lo sabíamos.

Entró en el baño con una bolsa en la mano, y me dijo que esperara sentado en el sofá. Mientras que ella estaba cambiándose, que no sé por qué lo hacía, si con ese vestido que se había puesto ya me tenía a mil. Serví dos copas de champán y puse unos bombones de licor en un platito, sabía que le volvía loca jugar con la comida.

—¡Madre mía de mi alma…! —exclamé, cuando la vi salir del baño.

Se había puesto un bodi de color negro, de encaje y transparencias que provocaba que subiera la temperatura, pero también dejaba volar la imaginación. No se había quitado ni las medias de liga ni los altísimos zapatos de tacón, con lo cual, la imagen era, todavía, más sugerente.

—¿Estás dispuesto a tener una de las mejores nochebuenas de tu vida? —me preguntó, acercándose a mí con un andar de lo más elegante, pero también de lo más felino.

—Contigo, estoy dispuesto a todo —le contesté, con un tono ronco por el deseo y un brillo en mis ojos que indicaban que no podía aguantar más.

Esa noche fue ella la que llevó la voz cantante, y la dejé. No había nada que me gustara y me pusiera más que cuando ella tomaba la iniciativa en temas de sexo, dejando su timidez y su vergüenza a un lado.

Se puso encima de mí, con una pierna a cada lado de mis caderas, pero no sentada. Mi camisa ya estaba desabrochada, lo había hecho yo cuando entró en el baño, y no me desnudé entero porque ella me prohibió hacerlo.

Cogió la copa de champán y, lentamente, fue derramando su contenido por mi pecho, para luego lamerlo con mucha sensualidad. En un momento dado, hizo lo mismo, pero por su escote, derramando el líquido entre sus pechos, en lo comúnmente llamado canalillo, para que yo lo hiciera de la misma manera que ella lo había hecho.

A estas alturas de la película, mi pene ya estaba que iba a explotar, y ella se dio cuenta, por lo que, se levantó, se puso de rodillas apoyada en el respaldo del sofá, y se volvió, de manera muy sensual.

—Fóllame, Aidan, como sólo tú sabes hacerlo —me dijo, y esas palabras me encendieron todavía más.

—Ahora mismo, preciosa. Indícame como lo quieres —le dije, poniendo mi miembro en la entrada de su vagina.

—Fuerte, duro, con embestidas profundas, como tú sabes que a mí me gusta —me contestó, y ahí sí que perdí el control por completo.

Esa vez no nos hicieron falta preliminares, estábamos los dos que echábamos humo. Sin quitarle siquiera los corchetes del bodi, ya habíamos disfrutado de un espectacular orgasmo, que nos dejó exhaustos.

Pero no se conformó con eso, ni yo tampoco, por lo que se levantó y cogió un vibrador normal. Me sentó en la cama, se puso encima de mí, a horcajadas, y se penetró el trasero con mi miembro, entregándome el vibrador a mí, para que jugara con él en su vagina.

—Dios mío, esto es lo más espectacular que he vivido nunca, te lo juro —le dije, al verla con el cuerpo echado para detrás, y disfrutando de esa doble

penetración, a la que se había aficionado tanto, y que a mí me encantaba.

—No pares, Aidan, que estoy muy cerca de correrme —me dijo, entre jadeos, y por supuesto que no iba a parar.

En pocas embestidas más, ambos llegamos al clímax. Primero ella, que lo hizo con un grito, y luego yo, preso de la excitación que me provocó verla de esa manera.

Nos tiramos a todo lo largo en la cama, cada uno en una dirección, y supe que era mi oportunidad para hacer algo que llevaba queriendo hacer desde hacía mucho tiempo.

Esperé a que se recuperara un poco, al igual que yo. La situé en la misma postura, pero de cara a mí, cogí su pierna izquierda y me la coloqué alrededor de mi cuello, para meter mi cabeza entre sus piernas.

Cuando ella se dio cuenta de lo que yo pretendía, le faltó tiempo para coger mi miembro y meterlo en su boca. Sentir su lengua en mi glande mientras que la mía se paseaba por todo su clítoris fue una de las sensaciones más placenteras que había tenido nunca.

Por supuesto que había practicado esa misma postura con otras mujeres, que no he sido monje, precisamente. Pero nada tenía que ver con lo que estaba sintiendo con ella. El momento en el que estalló en mi boca, se superpuso al mío haciendo en la de ella, y me resultó de lo más erótico.

—Creo que deberíamos darnos una ducha, y bajar a la habitación. No creo que Nicholas tarde mucho en despertar por la mañana, está completamente excitado —le dije a mi chica, que sonrió, encantada.

—Venga, vamos, pero mejor nos duchamos en nuestra habitación — dijo, con una sonrisa de lo más pícara.

Sabía lo que pretendía. Si nos duchábamos ahí, no me habría recuperado por completo del último asalto, mientras que, si bajábamos, me habría dado tiempo perfectamente a recuperarme, y le daría otra buena ración de sexo.

Eso mismo hicimos, dejarnos llevar por los chorros del agua, las manos llenas de jabón con las que estábamos acariciando el cuerpo del otro, y nuestros besos, esos que cada vez se estaban volviendo más ardientes. Sin darnos cuenta, la tenía con las piernas enroscadas en mi cintura y la estaba empotrando contra la pared del baño, de una manera completamente desbocada y salvaje, que era lo que nos pedía el cuerpo a los dos.

—Será mejor que nos pongamos el pijama, no quiero que Nicholas nos coja en pelotas cuando entre por la mañana — dijo, sonriendo, pero no estaba dispuesto a eso.

—No te lo crees ni tú. Nosotros nos pondremos el pijama cuando nos levantemos para bajar a desayunar o a los regalos. Mientras tanto, ese cuerpo estará como tu madre te trajo al mundo, y pegadito a mí, si es posible —le contesté, haciendo que soltara una carcajada.

Me puse el despertador media hora antes de la hora en la que Nicholas solía despertarse. ¿El motivo? Quería desayunarme a mi chica antes de bajar al salón, y si mi hijo se despertaba y venía a buscarnos, no me daría tiempo. Me había propuesto despertarla así todas las mañanas, me encantaba verla retorcerse de placer con mi lengua y mis dedos, era superior a mí.

Cuando el despertador sonó, ya llevaba yo un buen rato entre sus piernas, me la había comido, y ahora le estaba haciendo el amor. Porque sí, sabíamos diferenciar cuando follábamos y cuando se hacía el amor, como en estos momentos.

Capítulo 37



Aitana

—Venga, corre, que ya ha pasado Papá Noel por aquí, ve a despertar a tus padres —escuché que le decía mi padre al niño, y se formó una sonrisa en mi boca.

—Si te molesta eso que ha dicho mi padre al dirigirse a nosotros, le digo que no lo vuelva a hacer, y listo —le dije, viendo la expresión que se había formado en su cara.

—A mí no me molesta, lo que me da miedo es que te moleste a ti, Aitana. Sé que, de buenas a primeras, verte con un niño de cuatro años a cuesta, es una responsabilidad muy grande, pero intentaré que te afecte lo menos posible —me dijo, tratando de disculparse.

—Desde luego, no eres más tonto porque no eres más grande, hijo mío. ¿Me has visto protestar o quejarme en algún momento? Pues no hay más preguntas, señoría —le dije, después de que él negara con la cabeza.

—Papi... A ti no sé como llamarte, pero ¡ya ha venido Papá Noel! —dijo, pegando saltos.

—Nicholas, a mí me puedes llamar como te venga en gana, que no me voy a enfadar, te lo prometo —le dije, revolviéndole el pelo, como siempre hacía.

—Me gustaría decirte mami, porque mamá es la otra, pero no sé si tú quieres, o si mi padre me va a dar permiso —dijo a media voz, como si fuera algo malo.

—Tu padre, que soy yo, dice que, si a Aitana no le importa, a mí tampoco, así que, llámala como mejor te nazca, Nicholas —dijo Aidan, cogiéndolo en brazos.

Bajamos al salón y la cara de ese niño, cuando vio tantísimos regalos para todos, era un poema. Mi madre, que ya estaba con su móvil preparado, empezó a grabarlo, desde que se puso las manos en la boca, hasta que empezó a llorar, momento en el que, tanto su padre, como yo, nos acercamos a él.

—¿Te pasa algo, Nicholas? —le dijo su padre, preocupado por si le dolía algo, pero yo intuía el motivo por el que lo hacía.

—Desahógate, mi vida, y ahora nos lo cuentas —le dije, dándole un beso, que provocó que él me abrazara fuerte.

Se mantuvo un rato así, si separarse ni de mí, ni de su padre, y sin mirar cuales eran para él y cuales para los demás, a los regalos me refiero.

—Dije una mentira, este año no le pedí a Papá Noel el juego de las palabras, le pedí que me dejara con mi papá, y que tuviera una familia que me quisiera, y me lo ha dado. Y encima, un montón de regalos… —dijo el niño.

A estas alturas ya todos teníamos los ojos inundados de lágrimas, empezando por mi padre y terminando por nuestros amigos, ni Álvaro se había librado, él que siempre presumió de ser un tipo fuerte.

—Esta familia va a estar siempre a tu lado, cariño, pase lo que pase en esta vida, siempre podrás contar con nosotros —le dijo mi padre, que se acercó y lo cogió en brazos.

Parece mentira como un niño tan pequeño era consciente del poco afecto que le daba su madre, y de como necesitaba una familia, esa que, aunque

cada uno éramos de nuestro padre y nuestra madre, habíamos logrado darle.

Ni que decir tiene que se volvió loco con los regalos, la mayoría sin gran valor económico, puesto que eran colores y cuadernos para pintar, cuentos, que tanto le gustaba leer y varios muñecos y coches teledirigidos. Mi padre fue el que más se comió la cabeza, porque le había hecho un pupitre y una silla personalizada, con su nombre grabado, y que se podía ir subiendo a la vez que fuera creciendo. Eso no lo había comprado, lo hizo él con sus propias manos, y al niño fue lo que más le gustó, junto con la portería de futbol pequeñita que le habían comprado Macarena y Álvaro, y que decía que iba a estrenar en cuanto mejorara el buen tiempo.

—En nuestra casa también tienes otro regalo, pero ese no lo puedo traer aquí —le contestó mi madre, sonriendo.

—Mami, papá, ¿me puedo quedar esta noche en casa de los abuelos? Por favor, por favor, por favor…

—Si a ellos no les importa, a mí tampoco. Aunque no será esta noche con el tiempo como está. Tendréis que esperaros a que pase la tormenta, a la que todavía le quedan unos cuantos días más —le dijo su padre, mientras que él saltaba de alegría.

—No me importa esperar, porque como el abuelo Ale tampoco puede irse… Además, abuelo, me has dicho que me ibas a enseñar a jugar a las cartas, que no se te olvide —le dijo el niño, ante la cara de orgullo de mi padre.

—Por supuesto que no se me olvida. Luego, cuando terminemos de comer, te voy a enseñar a jugar al mentiroso. A mi hija y a sus amigas les encantaba jugar a eso cuando eran pequeñas —le contestó él.

—Y ahora, Alejandro, que también nos encanta jugar cuando hacemos fiestas de pijama en casa —le respondió Triana, riendo.

A la hora del postre, mi madre se había traído, sin que nadie lo supiera, los dulces navideños típicos de nuestra tierra, esos que puso en dos fuentes enormes. Kieran se dedicó a comer polvorones dobles de canela como si no

hubiera un mañana, y Graham atacó al turrón de chocolate, y eso que a ellos no les gustaba el dulce.

—Kieran, cariño mío, bebe un poquito de agua que vas a terminar engollipado —le dijo mi madre, y él la miró como si hubiera nombrado una enfermedad rara, causando que los españoles estalláramos en una carcajada, los demás no, porque no sabían su significado.

—Explícame que es eso, o dejo de comerlos ahora mismo —dijo, muy serio, y más nos reíamos.

—A ver, mi vida, eso que te ha dicho Malena es el resultado de comerse algo tan seco como un bocadillo de esparto, que al final, terminas con el polvorón aquí, en la garganta, que ni para arriba ni para abajo —le explicaba Alberto, sin parar de reír.

—¿Eso puede pasar? Entonces, terminaría ahogado, y yo no quiero morir tan joven —respondió él, que no terminaba de encajar el asunto.

—Déjalo, sigue disfrutando de los dulces y, cada dos o tres polvorones, bebe un sorbito de agua, para que se te vaya para abajo —le dijo Nicholas, que lo había captado a la primera, haciéndonos reír a todos.

Después de eso, y tal y como mi padre le había prometido al niño, sacó una baraja de cartas y se puso a jugar con él al mentiroso. Desde la otra punta del salón se oían las carcajadas de los dos, que se intentaban hacer trampas el uno al otro, tal y como el juego lo requería.

—Por primera vez en los cuatro años que tiene, estoy viendo a mi hijo plenamente feliz, y todo os lo debo a vosotros, que habéis entrado en mi vida de una manera que no esperaba para nada —me dijo Aidan, dándome un beso en la cabeza.

Capítulo 38



Aidan

Las fiestas pasaron de igual manera que la Nochebuena, aunque tuvimos que esperar una semana más para poder salir, pero nos dio exactamente igual. Durante las Navidades, la empresa cerraba desde el día veinticuatro de diciembre hasta el día dos de enero, por lo que no nos molestó en nada laboral.

Nicholas se fue el día treinta y uno por la noche, después de que Malena nos hiciera comer uvas con una cadena española para el cambio de año, y de que Graham casi muere en el intento, queriendo hacer lo que le había dicho mi suegra, que se las tenía que comer todas antes de que terminaran las campanadas. Lo que ninguno sabíamos era que Kieran le habían echado en su cuenco cinco uvas más, según él. para poder terminárselas antes y así tener suerte.

La sorpresa que mis suegros le tenían al niño era que Alejandro, que era un manitas de la carpintería, él había hecho a mi hijo un dormitorio y un cuarto de juegos completamente personalizado, y que hizo las delicias de ese pequeñajo que los había conquistado a todos.

Las paredes pintadas con sus superhéroes preferidos, la cama en sí era uno de ellos, Iroman en concreto, cuyos laterales parecían sus brazos, y el cabecero era su cabeza. La verdad es que era una verdadera obra de arte. En el cuarto de juegos, había dos mesas, una grande, para hacer manualidades con el abuelo, al que le encantaban, y otra más pequeña para que él pudiera

dibujar o leer cuentos sin necesitar la ayuda de nadie para bajar o subir a la silla. Ambas también las había hecho él artesanalmente y en un tiempo récord.

—Abuelo, como se enteren los niños de mi clase, van a decirle a sus padres que te encarguen uno, ya verás —le dijo Nicholas a mi suegro en cuanto que lo vio.

—Pero eso no va a ser posible, porque yo nada más que se lo hago a mi nieto. Si quieren, que se lo pidan a otro, porque yo no pienso mover una sola herramienta —le dijo, dándole la exclusividad al tema que el niño estaba pidiendo. Era la primera vez que se sentía importante, pero no por lo que tenía, sino por quién tenía a su lado y que había sido el artífice de todo eso.

Estábamos preparando la boda, nuestra boda, y no porque perdiéramos la herencia, sino porque ambos estábamos enamorados, y queríamos dar ese paso.

Estuvimos hablando y, una vez que diéramos ese paso, lo siguiente sería la adopción de Nicholas por parte de Aitana, que, con la renuncia de su madre, no sería más que un trámite burocrático, lo teníamos claro.

Me había marchado para la oficina, y estaba entrando en mi despacho cuando alguien me llamó, y era la persona que menos me esperaba que tuviera la poquísima vergüenza de venir a buscarme.

—¿Se puede saber como tienes la poca vergüenza de plantarte delante de mí? —le dije a Gina, que resultó ser la autora intelectual del tema de la máquina de producción.

—Pues ya ves, chico, tenía que hablar contigo —me contestó, con toda la desfachatez del mundo.

—Pero yo contigo no tengo nada que hablar, así que largo de mi oficina.

—Yo que tú, escucharía primero, porque no creo que quieras que ciertas imágenes caigan en poder de tu prometida, que está como caída de un guindo, la pobre —me dijo, y algo empezó a olerme mal.

—Entra, tienes cinco minutos, ni uno más, y te largarás de aquí para siempre, no quiero volver a cruzarme contigo en mi vida —le respondí.

Entró a mi despacho, seguida de mí, con esa sonrisa maquiavélica de la que quiere algo y está dispuesta a todo para conseguirlo. Giró la pantalla de su móvil y me mostró algo que me dejó helado.

Era un video en el que se nos veía follando en el almacén del local en el que estuvimos todos la noche de Fin de Año. No era yo, estaba hecho por inteligencia artificial, pero a simple vista, podría conseguir aquello que ella buscaba, romper mi pareja.

Si hubiera estado toda la noche a su lado, no tendría sentido, puesto que le podría demostrar que era falso, pero en un momento dado, el dueño del local, que era amigo nuestro, me llamó para tratar conmigo un tema de negocios, y comprarnos el whisky directamente a nosotros, sin intermediarios, por lo que estuvimos reunidos más de una hora, tiempo que casi coincidía con la duración del vídeo.

El testimonio del dueño del local tampoco me serviría, ya que era un gran amigo mío, y siempre le había dicho a Aitana que haría cualquier cosa por mí, al igual que yo por él, lo que incluía que mintiera si con eso me salvara el pellejo.

—¿Qué quieres, Gina? —le pregunté, sabiendo que no me quedaría más remedio que ceder a su chantaje, al menos de momento.

—Quiero medio millón de libras en mi cuenta, y una casita en Inverness, que ya estoy harta de pagar alquiler —me contestó.

—¿Te has vuelto loca? Yo no tengo esa cantidad, ni la posibilidad de comprar un inmueble en estos momentos —le respondí, llevándome las manos a la cabeza, en señal de desesperación.

—Pues tú sabrás como lo consigues, porque te doy tres días para conseguirlo. Si en ese tiempo no tengo noticias tuyas, lo siguiente que haré será enviarle el video a “tu prometida” —dijo, recalcando las dos últimas palabras.

¿Por qué el destino se empeñaba en no dejarnos ser felices? Ahora, justo cuando Nicholas empezaba a tener esa familia que tanto deseaba, Gina me venía con esas. Estaba seguro de que me había estado vigilando la noche en cuestión, a pesar de que yo no me había dado cuenta, entre otras cosas porque pensaba que continuaba en prisión, pero al parecer, alguien pagó su fianza, haciéndome el mayor favor de mi vida (léase esto con toda la ironía del mundo).

Pensé en hablar con ella, en contarle lo que me estaba pasando, pero tenía miedo de que no me creyera, de que me echara a patadas de su vida, y eso sí que no me lo podía permitir. Otra opción era hablar con los chicos, a ver qué era lo que ellos me aconsejaban, y por eso le dije a mi secretaria que los localizara y les dijera que vinieran a mi despacho.

Ni cinco minutos habían pasado cuando ya estaban entrando por la puerta, y al ver mi cara, supieron de inmediato que algo ocurría.

—Necesito medio millón de libras y una casa en Inverness, o mi vida se irá por el retrete —les dije, sin explicarle nada más.

Después de algunas preguntas, me decidí a contarles todo, y su consejo fue el mismo, que hablara con Aitana, que le contara todo, y que fuera ella quién decidiera que hacer y como actuar. Si se enteraba de lo que estaba pasando por otra persona, sería mucho peor, porque ya me lo había advertido.

Estaba en la cuerda floja, pero no me la iba a jugar de nuevo, hablaría con ella en cuanto llegara a casa.

Capítulo 39



Aitana

Me había llegado un mensaje al móvil de un número oculto, mientras estaba con Macarena y Álvaro tomando un café en Inverness, venía con un vídeo adjunto, y no dudé en abrirlo.

Mi rostro mudó a uno que reflejaba el más absoluto dolor. Viéndome como estaba, Álvaro me quitó el móvil de las manos, y al verlo, soltó una sonrisilla, que me cabreó en demasía.

—No entiendo a qué viene esa sonrisa, a mí no me hace ni puñetera gracia —le dije, cogiendo y quitándole mi móvil de sus manos.

—Pues viene a que es un burdo intento de estafa. Se ve a la legua que está creado con inteligencia artificial —me contestó, con suficiencia.

—¿Estás seguro? Porque te recuerdo que Aidan llevaba esa ropa el día de Fin de Año, que fue el que estuvimos en esa discoteca, y que se supone que estuvo con el dueño, su gran amigo del alma, durante más de una hora hablando de negocios —le dije, porque en realidad dudaba de lo que me había dicho mi amigo.

—¿Y? El que ha hecho esto, o lo ha mandado a hacer, estuvo esa noche allí, y le hizo una foto. Con ese simple gesto, se pueden hacer maravillas con la inteligencia artificial. ¿Quieres que te lo demuestre? Verás, ahora mismo te darás cuenta.

Álvaro me tomó una foto, distraída, al igual que hizo con Macarena. Descargó un programa en su móvil y, en menos de diez minutos, había creado un video en el que ambas nos estábamos enrollando.

—¿Ha sucedido de verdad? A la vista está que no. ¿Parece real? En algunos aspectos sí, en otros, deja mucho que desear, como con el vídeo de Aidan. Lo que ocurre es que hay que fijarse mucho en los pequeños detalles. Mira, verás, dame tu móvil.

Entró en el vídeo, y fue pausando para mostrarme los fallos, como los tres pies de Aidan en algunos momentos, o la falta de manos de la mujer que se suponía que estaba con él.

—Los creadores juegan con que, si alguien recibe un video con este contenido de su pareja, no se va a fijar en cuantos dedos se ven o en si tiene o no tres pies. Se queda con lo más importante, que en este caso es el engaño —me contó, y lo entendí.

Cuando Aidan llegó a casa, lo primero que hizo fue contarme lo del video, de como esa mujer había ido a buscarlo al despacho para chantajearlo. Le mostré como me lo había enviado a mí, y corroboró lo que me había explicado Álvaro sobre los fallos, por lo que todo quedó en una anécdota.

Esa mañana había quedado para desayunar con Alberto y con Triana, que estaban libres. Les conté lo que estábamos ultimando de la boda, ya que tan solo nos faltaban dos semanas para el enlace, y como había ido a la última prueba del vestido. Lo había hecho sola, ya que no quería que nadie lo viera, ni siquiera mis padres, me apetecía que fuera una sorpresa para todos.

—Estás loca, Aitana, por lo menos alguien debió acompañarte —me decía Alberto, que estaba como loco por verlo.

—Claro, y así luego te vas de la lengua y le cuentas a todo el mundo como es. Se siente, ya lo verás en la boda —le contesté, sacándole la lengua.

Estuvimos un buen rato juntos, hasta que vieron la hora que era, pues tenían que hacer algunas gestiones del trabajo y volver a casa para preparar la comida y demás, y se les venía el tiempo encima.

Mis amigos se fueron para su casa y yo iba a volver al castillo, pero en vez de eso, preferí ir a buscar a mi chico a la oficina, y así luego iríamos a recoger a Nicholas, que hoy salía a las tres, ya que las extraescolares de español, al estar yo en casa, se las daríamos entre mi padre y yo, que también hablaba con el niño en nuestro idioma natal.

—Disculpe, señorita García, el señor Murray está reunido en estos momentos, tendrá que volver más tarde —me dijo la cursi de la secretaria, mirándome por encima del hombro.

—Pues lo siento, corazón, pero va a ser que no —le contesté, pasando por su lado, ya que tenía acceso a la agenda de Aidan por esto mismo, por si algún día venía a recogerlo y no me podía atender.

Llamé a la puerta, cuando de repente se abrió, saliendo de ella la mujer que aparecía con él en el video, al entrar, vi como Aidan se colocaba la corbata, y tenía los labios marcados de carmín rojo.

—Aitana… —me dijo, poniéndose nervioso.

—No me vayas a decir que esto no es lo que parece, porque no hay una excusa más manida que esa. Prefiero que seas creativo y te inventes algo nuevo —le dije, cada vez más enfadada.

—No me voy a inventar nada, quiero que lo veas por tus propios ojos. Como me temía que la loca esta hiciera algo así para que rompiéramos, porque no sé qué empeño tiene en ello, mandé colocar una cámara que enfoca todo el despacho. Así que, siéntate en mi sillón, que lo vas a ver de primera mano —me dijo, y abrió un programa en el ordenador.

Al darle al play del único video que había, marcaba la hora, cinco minutos antes, como Gina, creo que se llama así la mujer en cuestión, entraba por su despacho, como él intentaba alejarla y como, en un descuido, jalaba de su corbata y lo besaba en la boca, mientras que Aidan intentaba quitársela de encima, hasta conseguirlo. A continuación, se ve como yo entro y ella me mira con altanería.

—¿Te ha quedado claro ya? Mira Aitana, una relación de pareja se basa en la confianza que se tiene el uno en el otro, y yo no puedo vivir siempre anticipándome a lo que pueda suceder para no perderte —me dijo, bastante dolido.

—Lo siento, de verdad. Pero entrar y verte con toda la boca manchada de labial rojo y esa mujer saliendo triunfante, no me digas que no es para pensar mal y desconfiar —le dije, intentando justificarme.

—¿Estás segura de querer casarte conmigo? Porque empiezo a pensar que no, ya que no confías plenamente en mí.

—Por supuesto que me quiero casar contigo. Te vuelvo a pedir disculpas, y trataré de dejar mis celos a un lado, pero es muy difícil, cuando entre las mujeres con las que estás acostumbrado a estar y yo, hay una gran diferencia.

—Claro que la hay, con ninguna de ellas me he planteado nada serio, mientras que contigo, lo quiero todo. No te menosprecies nunca, eres lo mejor que me ha pasado en la vida, junto a Nicholas, y así va a seguir siendo durante toda la eternidad. Te amo, Aitana, y no quiero más desconfianza que me hace sentir mal, que no me deja ser yo mismo cuando tú no estás delante, por miedo a que pueda llegar a tus oídos y lo malinterpretes —me dijo, para darme un beso a continuación.

Capítulo 40



Aidan

Había llegado el momento de la boda, esa que celebraríamos en el castillo, en la capilla que habíamos reformado, y donde decidimos que bautizaríamos también a nuestros hijos. La recepción se llevaría a cabo en el salón de baile, en el ala este, una zona que estaba más bien destinada a la vida social, y de la que no hacíamos mucho uso.

La comida correría a cargo de un catering, en el que se mezclaría la comida típica escocesa con la española, en una especie de fusión de culturas. De eso no tenía ni idea, se había encargado de ello mi suegra, dándole las recetas a la empresa que lo llevaría a cabo, y supervisando su realización.

Decir que estaba nervioso era quedarme demasiado corto, pues me temblaban hasta las piernas. No es que fuera a ser una boda multitudinaria, ni mucho menos, era una boda íntima, en la que tan solo estarían presentes nuestros amigos de verdad y algunos compromisos profesionales. Por parte de Aitana, vendrían sus amigas y sus padres.

Le pedí a mi suegra que fuera mi madrina, y aceptó encantada. Se lo habría pedido a Olivia en otro caso, pero no quería hacerle un feo a Malena, que me trataba como a un hijo y a Nicholas como si fuera su nieto de sangre.

—Vaya novio guapo, ¡viva la madre qué te parió! —me soltó al entrar en la habitación.

—Tú también estás preciosa, Malena. Aquí se cumple el dicho, de tal palo, tal astilla, porque es como si estuviera viendo a tu hija dentro de unos años —le respondí.

—Anda, zalamero, ven aquí, que nos hagamos un selfi de esos, que se lo voy a mandar a mis amigas de Sevilla, para que se mueran de envidia, con el pedazo de yerno que tengo —me dijo, cogiéndose a mi brazo y poniendo el móvil a la altura de su cara.

—Si lo haces así, lo único de lo que vas a poder presumir es de lo bonitos que son los botones de mi chaleco. Anda, trae —le dije, subiendo un poco más el móvil para que saliéramos los dos.

Yo llevaba el traje típico escocés, con el kilt que le pertenecía al clan de los MacCalum, utilizando el que me había regalado Arthur por si algún día llegaba la ocasión, y que me puse en su honor. Al fin y al cabo, si estaba a punto de casarme, era gracias a él, por poner a su sobrina nieta en la herencia.

Mi suegra llevaba un vestido de un encaje de lo más fino y elegante, en azul cobalto, con sus rizos recogidos en un moño informal, sujeto con una pequeña florecita del mismo color.

—Verás cuando veas a mami, te vas a caer de culo. Está preciosísima —me dijo Nicholas, a quien también le habían confeccionado un kilt igual que el mío, y que nadie se esperaba que fuera a ir así vestido.

—No se puede ser más bonito que tú. Mírate, si pareces el muñequito de la tarta —le dijo mi suegra, que se lo comía a besos.

—Abuela, ya, que hay mucha gente delante y me vas a despeinar —le dijo mi hijo, poniéndose bien el flequillo.

Cuando la vi entrar en la capilla, de la mano de su padre, me cayeron dos lagrimones. No es que fuera preciosísima, como había dicho Nicholas, sino que estaba espectacular, y con un brillo de amor en su mirada que me lo dijo todo.

Si queríamos fusionar las dos culturas, lo estábamos haciendo de maravilla, porque su vestido de novia no podía ser más representativo de su tierra, de su Sevilla natal. Era un vestido de volantes, una bata de cola, según me explicó ella más tarde, de manga larga transparente, y con escote en V, por delante y por detrás. En color champán, pero no conforme con eso, se había puesto los colores del clan en una especie de adorno que llevaba el vestido en el escote, en honor a su tío abuelo, como había hecho yo.

Su cabello, rizado natural como el de su madre, lo llevaba sujeto en un lateral, haciendo que luciera su espalda de una manera alucinante, y aguantado con una especie de pasador de orfebrería que habían mandado a hacer en su tierra, y que llegó la noche anterior.

—Dios, me has dejado sin palabras —le dije, cuando llegó a mi altura.

—Tú también estás guapísimo, y mi niño, para que contar —respondió con ese amor al que nos tenía acostumbrados.

Durante la ceremonia, y no sabía de donde coño lo había sacado mi suegra, sonó la salve rociera, en las voces de un coro que apareció de repente, ataviados con sus trajes de gitana y todo, y que hizo que más de uno y de una de los que estaban presentes derramara una lagrimilla.

Llegó el momento del baile, porque de la comida dieron buena cuenta todos los invitados, sobre todo del jamón ibérico que mando traer mi suegro desde España, y del que Kieran no se separó ni un minuto. El cortador cortaba, y él comía, lo que nos reímos con eso fue poco.

Aitana me dijo que quería elegir nuestra canción, y que fuera en español. Después de buscar mucho, la encontró y, cuando me la puso para que la oyera, supe que sería nuestra para el resto, porque nos describía a los dos a la perfección. Era de un cantante andaluz, Antoñito Molina, y se llamaba: “Dejemos huellas bonitas”.

Empezaron a sonar los primeros acordes, y nos lanzamos a la pista, el uno en brazos del otro. En un momento determinado, no me pude contener y se la canté al oído.

—Y arriesgar un poco, y volverme loco. De sentirme vivo, como hacen otros. Qué es mejor perder, pero arriesgar, a quedar quieto en el mismo lugar… —le dije, y nos besamos.

—Te amo, Aidan, ojalá y la vida nos permita estar juntos —me dijo, y la apreté todavía más contra mi cuerpo, como si tuviera alguna posibilidad de escapar.

La gente a nuestro alrededor aplaudía, feliz por vernos felices a nosotros. En un momento dado, Alberto llegó con Malena, e intercambiamos las parejas, tocándome bailar con mi suegra.

—Quería darte las gracias, Aidan, por querer a mi niña como la quieres, a pesar de los malentendidos, a pesar de todo, el amor ha triunfado —me dijo, y se me saltaron las lágrimas.

—Las gracias os la tengo que dar yo a vosotros, por ayudarme tanto cuando no quería saber nada de mí. Por apoyarme y querer a Nicholas como si fuera vuestro nieto…

—Es que es nuestro nieto. Tú mismo has podido comprobar que, para sentirse madre no hace falta parir a un hijo, y para mi hija, Nicholas es como si hubiera salido de ella, y eso, para mí, ya es más que suficiente —me contestó.

Me abracé a ella, en señal de agradecimiento, de cariño, porque, en el poco tiempo que llevábamos juntos, ya la quería como a una madre, como esa que no tuve.

Giré la cara y vi a mi esposa riendo con Alberto, y se me llenó el alma, pero a quién no vi fue a Nicholas, y supuse que estaría jugando por alguna parte, ya lo buscaría ahora cuando terminara de bailar.

Capítulo 41



Aitana

La boda había sido de ensueño, pero en un momento determinado, pareció que se tornó en una pesadilla. Nicholas no aparecía por ninguna parte, hacía más de una hora que no lo veíamos, y nos pusimos a buscarlo por todo el castillo, sin dar con él.

—Miremos las cámaras, mientras que no llega la policía —nos dijo Kieran, que ya iba de camino al cuarto de seguridad.

Al entrar ahí, nos llevamos la primera sorpresa. Mike, el hombre que se encargaba de vigilarlo todo, yacía inconsciente en el suelo, con lo que parecía una marca de un pinchazo en el cuello, y supimos que la desaparición del niño no había sido algo fortuito.

Nuestro amigo se sentó ante el ordenador, y rebobinó la imagen hasta el último momento en el que se veía a Nicholas bailando. A partir de ahí, y siguiendo el resto de las imágenes, vimos lo que había sucedido. Se lo habían llevado.

Alguien se hizo pasar por una persona del catering, y se lo llevó del salón de la mano. Tenía que ser alguien a quien el niño conociera, porque no era de irse con ningún desconocido, y así se lo dijimos a la policía.

Se bloquearon carreteras, pero con una hora de ventaja, podía haber dejado ya la ciudad y estar muy lejos, al haber huido en cualquiera de las

direcciones, era prácticamente imposible saber dónde había ido.

La desesperación estaba haciendo acto de presencia, puesto que habían pasado casi doce horas y no sabíamos nada de él. Cuando ya empezábamos a perder toda esperanza, Aidan recibió una llamada en su móvil, el cuál habían monitoreado por si ocurría algo de esto.

—Hola, mi amor. ¿Has tenido una bonita noche de bodas? —dijo una voz femenina, que soltó a continuación una risa un tanto sarcástica.

—¿Dónde está el niño, Stella? Te recuerdo que fuiste tú la que renunciaste a él, dejándolo conmigo —le dijo Aidan, a quién los policías hacían gestos para que siguiera hablando.

—El niño está donde tiene que estar, con su madre. Si lo dejé contigo fue porque pensé que la mujer que se ha casado contigo hoy, no lo querría, y te daría a elegir, poniéndote en una tesitura digamos que, algo desagradable.

—Aitana quiere al niño más que tú y yo juntos, y es un cariño verdadero, no como el tuyo, que lo utilizas solo para manejarme a tu antojo, pero eso ya se acabó. Tengo ese documento que me dejaste…

—Y que es falso, pedazo de idiota. ¿De verdad pensabas que renunciaría a él tan fácilmente? Eso es lo que te hubiera gustado a ti, pero no lo haré sin recibir algo a cambio.

—¿Qué quieres? Dímelo ya —le dijo, deseoso de terminar con todo esto y tener a su hijo con nosotros.

—Lo intenté a través de Gina, pero la muy imbécil no sirve ni para estar escondida. Luego con el vídeo de la inteligencia artificial, pero tampoco surtió efecto. Al parecer, tu mujercita es una persona muy observadora y se dio cuenta de que no era verdadero…

—¿Quieres ir al grano de una puta vez y traerme al niño? —le gritó Aidan, completamente desperado.

—Quiero que te divorcies de ella. En cuanto tenga en mi poder los papeles de divorcio, y salga de tu vida, tendrás de nuevo a “nuestro” hijo. Y que no se

te pase ni por la imaginación intentar engañarme, porque os tendré vigilados. ¿Estás de acuerdo? —dijo con toda la maldad del mundo, y a mí se me cayó el alma a los pies.

Le hice un gesto de que le dijera que sí, la felicidad de ese niño estaba por encima de la de cualquiera de nosotros, pero él negaba con la cabeza.

—No me puedes pedir eso, Stella. Me estás haciendo elegir entre la felicidad de mi hijo y la mía, y no me parece justo —le dijo, a punto de llorar.

—Menos justo fue que yo te diera un hijo y te cases con otra. Si ese estúpido viejo no se hubiera entrometido, hoy en día sería tu mujer y estaríamos disfrutando de todas las comodidades, al igual que lo va a hacer ella. Yo lo tendría claro, elegiría mi felicidad, pero como tú eres tan buen padre, espero que elijas lo correcto —le contestó ella, riendo.

—Está bien, pero antes quiero hablar con el niño, y no prohibirás que vea ni a Aitana ni a su familia, con la que tiene adoración —le dijo, y un nudo se apoderó de mi pecho, faltándome hasta el aire.

—Lo que haga con el niño me trae sin cuidado, siempre y cuando no volváis a veros vosotros. Si quiere verlo, que mande a alguien al castillo a recogerlo, o lo mandas tú con un chófer. Si me entero de que volvéis a estar juntos, no verás a tu hijo nunca más, me encargaré de que alguien se lo lleve tan lejos que no encontrarás el lugar ni en un mapa. Ahora espera, que te lo pongo.

—Papá, me quiero ir contigo y con mami…

—Esa no es tu madre, idiota, así que no la llames así —le reprendió, y se escuchó como le dio un tortazo al niño y este empezó a llorar.

—No llores, campeón, que en nada de tiempo volverás a estar en el castillo. Sé fuerte y piensa en todo lo que te estará esperando en casa —le dijo a su hijo, y ya no pude aguantar más, me salí de la habitación y me fui a la cocina.

El tiempo que estuvieron allí hablando me resultó eterno, porque era tiempo que nos estaba robando a nosotros, como pareja, y quería para despedirme de Aidan en condiciones. Me costaría un mundo seguir adelante sin él, pero tenía que conseguirlo, por mucho dolor que eso me causara, porque el niño estaba por delante de cualquiera de nosotros.

—Hija, no te desesperes, la policía ya casi tiene localizada la llamada —me dijo mi padre, que se vino detrás de mí.

—El casi no me sirve, papá. Y no solo por el niño, también por mí. Si no logran cogerla ahora, si no pueden localizarla, toda mi vida se va a la mierda, por enésima vez, y ya no sé si voy a poder resistirlo —le dije, envuelta en llanto, entre los brazos del que me había dado la vida.

—Yo me puedo poner en el lugar de Aidan, y como padre, no dudo de que te elegiría a ti por encima de todo y de todos. Pero como hombre, tampoco podría vivir sin el amor de tu madre. Si tú lo estás pasando mal, no me quiero imaginar como lo está pasando él, al que le han dado a elegir entre los dos amores más grandes que hay — respondió mi padre.

Podréis llamarme egoísta, pero Aidan, si me pierde a mí tiene el amor de su hijo. Una razón para levantarse cada mañana y seguir adelante. Pero yo… ¿a mí que me queda? Nada, tan solo un corazón hecho añicos y una vida completamente rota.

Capítulo 42



Aidan

Cuando la policía me hizo un gesto de que ya la tenían localizada y que continuara hablando para que no tuviera la oportunidad de huir, pude respirar tranquilo.

Aitana no se había dado cuenta de eso, y se había marchado del salón, seguida de su padre, lo que me dio cierto respiro, pues sabía que él la consolaría hasta que pudiera ir yo, y que no la dejaría marcharse a ninguna parte sin antes hablar conmigo.

—¿Qué es esto? —la escuché gritar, cuando la policía entró en su habitación en el hotel en el que se había alojado, a menos de diez minutos del castillo.

—Lo siento, Stella, pero ahora si vas a pagar por todo lo que me has hecho durante toda la vida —le dije, y colgué el teléfono.

La policía comprobó el documento que me había dado con la renuncia del niño, que, si bien no estaba corroborado por ningún juzgado, si era válido, ya que en él venían todos los datos de Stella, y estaba firmado por ella, con su firma auténtica, no con ningún garabato ni nada que no se pudiera leer bien.

¿Cuál era mi temor? Que, en realidad, me estuviera diciendo la verdad sobre el documento y que, en vez de ser ella la acusada de sustracción de menores, hubiera sido yo. Que ella dijera que tan solo había venido a recoger

a su hijo, al que yo había retenido sin su consentimiento, y eso me estaba matando.

Tal y como colgué, y sin hacer caso a lo que me estaba diciendo la policía, salí del salón a buscar a Aitana. Tampoco la encontraba, hasta que una de las chicas del servicio me dijo que estaba en la cocina con su padre, a donde me dirigí corriendo, hasta que la tuve delante.

—Se acabó mi amor, se acabó —le dije, y ella se lo tomó por donde no era, a juzgar por lo que me dijo después.

—Haz que ese niño sea el más feliz del mundo, que nuestro sacrificio no sea en vano. Ahora me llevaré lo más esencial y, a lo largo de la semana, enviaré a alguien a que recoja el resto —me dijo, pero la frené antes de que saliera.

—No me has entendido. Se acabó Stella para siempre. La policía ha localizado la llamada, la he mantenido al teléfono hasta que ellos han irrumpido en la habitación del hotel. Nicholas ya viene para casa y ella está detenida —le expliqué, y entonces fue cuando lloró como una niña a la que se le ha caído su dulce favorito.

En realidad, lloramos los dos, abrazados. El que tenía que ser el día más feliz de nuestras vidas, por culpa de esa mujer, pasaría a ser recordado eternamente, pero no por nuestra boda, sino por la desaparición de nuestro hijo, porque así lo considerábamos los dos.

Alejandro había salido de la cocina, dejándonos a solas con la intimidad que ambos necesitábamos en ese momento. Una soledad que se vio interrumpida por los pasos corriendo de unos pequeños piececitos que nos devolvió toda la alegría que habíamos perdido.

—¡Papá! ¡Mami! No volváis a permitir que esa mujer se acerque a mí, por favor, que me ha hecho mucho daño —nos dijo Nicholas, abrazado a los dos.

—Por nada en el mundo permitiré que eso vuelva a ocurrir, mi amor —le dije, sin poder dejar de besarlo.

Nicholas nos contó que lo había dejado prácticamente sin comer, porque ella no tenía hambre y no iba a pedir nada al servicio de habitaciones para que lo vieran, sobre todo cuando ya había saltado la noticia a todos los medios locales y nacionales. La empresa era conocida mundialmente por su destilería, y nuestra historia y la de la herencia, habían salido en todos los programas de corazón que se emitían en la parrilla televisiva.

No se lo pensó dos veces, y le preparó al niño una tortilla de patatas que no se la saltaba un galgo, y que hizo las delicias del pequeño comilón, que no dejó ni las migas en el plato.

Después de eso, lo llevó arriba, le dio un baño y se recostó junto a él en la cama, hasta que ambos se quedaron dormidos. Yo no me podía separar de ellos, por lo que cogí una manta y me acurruqué en el sofá, el mismo que moví hasta que quedara pegado a la cama, y con la mano de los dos sujetas por las mías.

Así nos sorprendió el día, ese en el que se suponía que saldríamos de luna de miel, pero que anulamos en cuanto que supimos lo del niño. Ya la haríamos más adelante, teníamos todo el tiempo del mundo. Ahora, lo más importante era que estuviéramos los tres juntos, por eso no me lo pensé dos veces, y alquilé una cabaña junto al Lago Ness, ese que tantas ganas tenía Aitana de conocer y que todavía no habíamos visitado.

—Venga, dormilones, que nos vamos y hay que preparar las cosas —les dije, despertándolos a besos.

—¿Qué nos vamos? ¿Dónde? ¿No habías anulado la luna de miel? Porque yo, sin el niño no me pienso ir a ninguna parte, al menos de momento —dijo de carrerilla y en español, Aitana, provocando que, tanto el niño como yo, estalláramos en una carcajada.

—Nos vamos los tres, y sí, la luna de miel está anulada, lo que no significa que podamos pasar estos días juntos en otro lugar, uno que no te diré hasta que no sea imprescindible. Mete ropa de abrigo, que todavía hace frío, y vamos, que no quiero llegar muy tarde —le dije, ante la atenta mirada de los dos.

Estábamos muy cerca, porque tardaríamos menos de una hora en llegar. Es más, si encontrábamos bien la carretera por las nieves, no serían más de cuarenta y cinco minutos, pero como ella no lo sabía, decidí jugar bien mis cartas.

Al bajar, allí seguían todos, desayunando en la cocina, como era costumbre desde que estaba Malena en el castillo.

—Buenos días. Quería hablar con vosotros, como la luna de miel se ha cancelado, me llevo a los dos durante los días que habíamos destinado a eso, a una cabaña junto al lago, así estaremos tranquilos y en familia. No os lo toméis a mal, tengo mucho que agradeceros por haber estado ahí, incondicionalmente, pero lo necesitamos —les dije y todos estuvieron de acuerdo en ello.

—Solo hay un pequeño inconveniente. Tenéis que llevar el acta matrimonial a la notaría, por el tema de la herencia, sabes que los plazos administrativos no entienden de luna de miel ni de pollas en vinagre —dijo mi suegra, con sus típicas expresiones españolas que a todos nos hacía tanta gracia.

—No te preocupes, suegrita, que ya tengo cita con Malcolm para esta misma tarde, yo me ocuparé de que todo quede registrado como tiene que ser —le dijo Alberto, que desde siempre la llamaba así.

Más tarde me enteré de que la llamaba de esa manera por el tiempo en el que él y Aitana fingieron ser novios por los padres de Alberto. En el momento en el que su padre falleció, se quitó la máscara delante de su madre, que se había dado cuenta desde el primer momento.

Capítulo 43



Aitana

Ese viaje me tomó completamente por sorpresa, pero lo mejor fue el destino. Estaba como loca por conocer el Lago Ness, y ahora mismo lo tenía delante de mis ojos, a escasos metros de la cabaña que había alquilado Aidan para estos días.

—Luego venimos a ver el lago, que quiero comprobar si la cabaña es tal y como aparecía en la web —me dijo Aidan, abriendo la puerta con el código que le habían dado.

La cabaña era una auténtica preciosidad. Constaba de un salón con cocina integrada, todo de madera, dos habitaciones conectadas entre sí y un baño, puesto que así la había solicitado Aidan, por si el niño tenía pesadillas por lo ocurrido.

La chimenea era de gas, y justo delante, tenía una alfombra de lo más mullida, a los pies de un sofá que también se veía de lo más cómodo. Contaba con Internet y plataformas de pago, por lo que podríamos ver alguna que otra película con el niño.

—Ya he comprobado que está toda la nevera llena. El pronóstico dice que el tiempo empeorará a partir de mañana, así que, si no podemos salir de aquí, tendremos de todo para poder sobrevivir —me dijo, son una sonrisa.

Salimos a pasear por el lago, bien abrigados, eso sí, porque hacía un frío que pelaba. La vista era una preciosidad, con el agua helada y el reflejo de la naturaleza en él.

—Papa, ¿jugamos un ratito a la pelota? Lo digo porque, como dices que mañana va a nevar, lo mismo no podemos salir a jugar otro día —le dijo Nicholas, con la pelota en la mano.

—Venga, echemos unas pataditas y así entramos en calor, porque hace un frío que pela. En cuanto terminemos de jugar un ratito, entramos en la cabaña para preparar la comida y resguardarnos del frío —le dijo Aidan, y tuve una idea.

—Si queréis, mientras que vosotros estáis aquí jugando, yo me pongo con la comida, cuando esté lista, os aviso y entráis a comer —les dije, y Aidan asintió con la cabeza.

Me metí en la cocina, bicheé a ver con qué ingredientes contaba, y me decidí por hacer un arroz marinero, que tanto le gustaba al pequeño Nicholas.

Hice un caldo de pescado con la cabeza de las gambas, esas que pelé antes. Mientras se hacía, preparé un refrito de cebolla, ajo y pimientos, que sería la base del arroz. Cuando el caldo estuvo listo, lo colé y lo eché en la olla donde tenía el refrito, junto a las gambas ya peladas, guisantes, zanahorias y sepia a tiras, que también se había encargado Aidan de que hubiera, así como mejillones. Me faltaron almejas, pero no las encontré, demasiado que había improvisado con lo que tenía. Una vez que estuvo todo lo suficientemente tierno, le eché el arroz.

—Dios mío, huele que alimenta —dijo Aidan, nada más entrar por la puerta de la cabaña.

—Mami, no me digas que has hecho el arroz ese que tanto me gusta —dijo Nicholas, relamiéndose los labios.

—Cariño mío, y a ti qué es lo que no te gusta, si te comes hasta las piedras molidas —le respondí, sonriendo.

—De las comidas que hacéis tú y la abuela Malena, me como lo que sea. Pero de las que hacía esa mujer y la cocinera de esa casa, no quiero nada, que cosa más asquerosa —me contestó, y solté una carcajada.

Era curioso la manera que tenía de referirse a su madre, estaba claro que le tenía el mismo afecto que ella a él, vamos, lo que viene siendo ninguno.

Nos sentamos a la mesa. Aidan había traído en una bolsa jamón que le había dado mi padre envasado al vacío, y queso del duro, picante, que era el que se consumía en mi casa, y el niño empezó a tocar las palmas cuando vio la tabla de ibéricos que había preparado su padre.

Ni que decir tiene que mi niño repitió, y con gusto, pero no solo de arroz, que, si no le quitamos el plato, acaba con el jamón y con el queso casi sin despeinarse.

—Papá, ¿cuándo vamos a ir a conocer el país de mami? Me muero por estar allí y conocer el sitio en el que vivió, ver sus calles y probar su comida —dijo, frotándose las manos.

—Sobre todo esto último, ¿no? —le preguntó su padre, sin parar de reír.

—Si queréis, y papá puede cogerse unos días en el trabajo, podríamos ir para Semana Santa, o para feria —les dije, ya que eran mis dos épocas preferidas de la ciudad.

—Yo prefiero ir en feria, así bailo como la abuela Malena me ha enseñado. Me ha dicho que, cuando vayamos, me va a vestir de corto y me va a montar en todos los cacharritos, que no sé lo que es, pero viniendo de la abuela, tiene que ser algo chulo —dijo el niño, que se las sabía todas.

—Pues nada, decidido. Cuando mami me diga en que fecha cae, hago lo posible por cuadrarlo todo y tener la semana libre —dijo Aidan.

Después de comer nos sentamos en el sofá, no sin antes ponernos cómodos, y tapaditos con esa manta que era una alegría de calentita que se estaba. No me dio tiempo ni a elegir película, cuando ya estaban los dos completamente dormidos, así que, ni encendí la televisión, cogí mi libro

electrónico y me puse a terminar el libro de Aitor Ferrer que tenía por la mitad, y que estaba de lo más interesante.

—¿Ya es de noche? —preguntó Nicholas cuando abrió los ojos.

—Pues sí. Os he dejado dormir porque se os veía agotados, pero que no sirva de precedente. Te has saltado la merienda, pero la cena ya está casi lista, falta el último toque de sartén, que se lo daré cuando salgáis de la ducha. Yo ya lo he hecho y me he puesto mi pijama calentito, así que, venga, al agua —les dije, con las manos en la cintura.

Aidan, mientras que el niño preparaba su ropa, se acercó a mí y me dio un beso, de esos que te ponen el corazón a mil, metiendo las manos por debajo de mi camiseta para acariciarme la espalda.

—La próxima vez, me esperas para ducharnos juntos —me dijo, muy bajito mientras me besaba el cuello.

—Claro, y dejamos al niño solo —le contesté.

—Al niño le ponemos dibujos animados, cerramos la puerta con llave, y ni se entera. Espero que esta noche me des la noche de bodas que me debes —me dijo, guiñando un ojo, y entrando en el baño con su hijo.

Puse la mesa, calenté la tortilla mixta que había hecho y puse la ensalada en un cuenco. Nicholas no había probado nunca la tortilla así y esperaba que le gustara. Si no lo hacía, le haría cualquier cosa en un minuto, no lo iba a obligar a comer algo que no le gustara, cuando el resto se lo comía todo.

—Mami, ya estamos. ¿Qué es eso que tiene tan buena pinta?

—Anda, siéntate y la pruebas. Si no te gusta, me lo dices y te preparo algo.

Capítulo 44



Aidan

—Menos mal que no le iba a gustar, si llega a gustarle, tenemos que comernos nosotros el pan con aceite —me dijo Aitana, después de acostar al niño, que había caído rendido de nuevo.

—Tiene buen paladar, como su padre, que está deseando de comerse otra cosa —le dije, en cuanto que cerramos la puerta de la habitación del niño.

Nos habíamos llevado la cámara y la Tablet para verlo, por si se despertaba sobresaltado o algo, pero todo indicaba que no sería así, por lo profundo que había cogido el sueño.

Sin dejar de besarla, la fui despojando de toda la ropa, y cuando la tuve completamente desnuda, la tumbé en la cama, despacio, y fue mi turno de quedarme como mi madre me trajo al mundo.

Ver la manera en la que Aitana me miraba, me encendía sobremanera, y ella, que lo sabía, intensificaba aún más esas miradas. Os preguntareis como me miraba, pues yo os lo cuento ahora mismo. Lo hacía como si fuera el manjar más delicioso que hubiera en el mundo, y ella llevara más de una semana sin comer.

Una vez que me despojé de toda la ropa, tanto la mía como la de ella, me arrodillé entre sus piernas, metí mis manos entre su trasero y el colchón, y la levanté para acercar su sexo a mi boca. Mientras que mi lengua daba buena

cuenta de su sexo, lamiendo y chupando todo lo que se iba encontrando a su paso, mis manos amasaban sus nalgas.

Se retorcía como una culebra, presa del placer que le estaba proporcionando, y que me estaba poniendo a mí como una moto. Tenía claro que, cuando se corriera, iba a ser un orgasmo épico, de esos que te dejan con las piernas temblando, como así fue.

Me levanté de la cama, abrí el armario y saqué una cajita que contenía nuestros juguetes sexuales favoritos, aunque añadí uno más, ese era nuevo, lo vi en una página de juguetes eróticos y no me pude resistir, puesto que sabía que le encantaría.

Se trataba de un vibrador anal, con el que la penetraría cuando mi miembro estuviera en el interior de su vagina. Sería una doble penetración, pero de otra manera.

En cuanto vio la cajita, puso una sonrisa pícara que me encantó. Y no lo dudé, saqué el nuevo juguetito y se lo introduje, para luego, con sus piernas en mis hombros, penetrarla de una fuerte embestida. Accioné el mando del vibrador que tenía en su trasero, y aquello fue la guinda del pastel.

La veía sudar, jadear y pedir más, y eso mismo le daba, más y más fuerte, hasta que ninguno de los dos pudo más, y nos corrimos al unísono, ella mordiendo mi hombro para no despertar al niño y yo, con un gruñido ahogado que me salió de lo más hondo de mi ser.

—Buena noche de bodas, sí señor, aunque no creo que haya terminado todavía —le dije, dándole un beso en los labios.

—Será mejor que me vuelva a dar una ducha, porque, a pesar del frío que hace, estoy ahora mismo bañada en sudor —me respondió, casi sin poder moverse.

—Anda, ven, que te quito el vibrador anal y te llevo, así de paso lo lavamos para usarlo en otra ocasión —le dije, sacándolo de su trasero y cogiéndola en brazos.

Ella se llevó la Tablet, previsora de lo que podía pasar en la ducha, como así pasó. Me encantaba empotrarla contra la pared de la ducha, mientras que el agua caía por encima de nuestros cuerpos. Ni ella ni yo nos habíamos preocupado por tomar precauciones, yo suponiendo que le daba igual quedar embarazada, o que tomaba la píldora. A mí, siendo sincero, con ella me daba igual tener un hijo más o veinte, y menos ahora, que ya era mi mujer con todas las de la ley.

Cuando nos acostamos eran pasadas las dos de la madrugada y entre el calorcito que teníamos bajo la ropa de cama y el cansancio que arrastrábamos de todos estos días, caímos a plomo, hasta que la voz de Nicholas nos despertó.

—Papi, tengo hambre —dijo, a través de la puerta.

—Ya voy, hijo, dame un minuto para levantarme —le dije, mientras dejaba a Aitana en la cama, descansando.

Le puse a mi hijo una leche con cacao, su tostada con mantequilla y mermelada y una pieza de fruta troceada, que era lo que normalmente desayunaba. Yo me puse un café, iba a esperar que Aitana se levantara para desayunar con ella.

Mientras lo hacía, miré por la ventana y lo cierto era que daba un poquito de miedo. No se veía nada, la nieve y el viento se habían hecho los dueños de la zona, dejando a todo el mundo completamente aislados.

—Me parece que hoy no vamos a poder salir a jugar, papá —me dijo Nicholas, algo triste.

—Bueno, pues jugaremos a algo diferente aquí dentro. Seguro que cuando se levante mami, nos da otras alternativas —le contesté, justo cuando vi a Aitana por el pasillo, sujetándose el cabello en una coleta.

—Yo me he traído una baraja de cartas para jugar al mentiroso, pero también podemos jugar a un juego que hacíamos nosotras de pequeñas, y para el que tan solo necesitamos un papel y un bolígrafo —nos dijo ella, y al niño se le iluminó la cara.

—Venga, a eso, que seguro que es divertido —dijo el niño, saltando de alegría.

—Campeón, pero espera a que mami y yo desayunemos, que todavía no lo hemos hecho —le contesté, mientras cogía otra taza para mi mujer.

—Vale, os espero en el sofá, voy a ver un rato los dibujos —nos dijo, y eso hizo, se sentó, se colocó la manta por encima y encendió la televisión.

Como el día estaba tan malo, no nos pensábamos quitar el pijama, nos sentamos delante de la chimenea y jugamos a todo lo que se nos ocurrió con el niño, que terminó rendido después de comer, por lo que se tiró a todo lo largo en el sofá, mientras que Aitana y yo lo hicimos en el suelo, en esa alfombra tan mullida.

Fui a coger mi móvil, pero no teníamos cobertura, o al menos parecía que no había, lo que no tenía claro era si el motivo era la tormenta que había tumbado la antena o que realmente no había.

Desde el teléfono de la cabaña llamé a la recepción del complejo, donde nos facilitaron la contraseña. Al parecer, ellos generaban internet propio, por no sé qué logaritmo que habían generado. Me lo explicó el chico, pero no entendí nada, para que engañarnos. El caso es que, en cuanto pusimos la clave, empezaron a entrar mensajes de todo tipo, sobre todo a mí de la empresa.

Hubo uno que me preocupó un poco, por eso llamé a Graham, que era el que me lo había enviado.

—Graham, ¿qué sucede? —le pregunté, cuando me contestó al teléfono.

—Ya he visto en las noticias que estáis incomunicados, así que no te preocupes que Álvaro se ha ocupado de todo y está solucionado. Tan solo te lo he enviado para que estuvieras al tanto. Ahora, apaga ese teléfono y disfruta de tu familia.

Capítulo 45



Aitana

Habíamos vuelto de nuestra pequeña luna de miel, por llamarlo de algún modo. Al final tuvimos que ampliar los días, porque las carreteras estaban cortadas por la nieve que había caído, y no podíamos salir de la cabaña, quedándonos completamente aislados.

Por suerte para nosotros, Aidan, había sido previsor y pidió comida de sobra, tanta que, cuando pudimos salir de allí, todavía quedaban cosas en la nevera. Lo más complicado fue buscar juegos con los que entretener a Nicholas, pero al final lo conseguimos.

Había dejado al niño en el colegio y me dirigía al hospital de Inverness, llevaba unos días algo alterada, y sospechaba de qué podía tratarse, aunque no lo sabía con seguridad. Mi ginecóloga, esa que me revisaba desde que llegué a Escocia, tenía un hueco a las diez, y me había citado a esa hora.

—Cuéntame, Aitana, ¿qué te ocurre? —me preguntó, cuando entré en la consulta.

—No me ha venido la regla, y me siento algo cansada —le conté así por encima.

—Eso puede ser muchas cosas, lo sabes, ¿verdad? No quiero ser agorera, pero tampoco quiero que te lleves una desilusión. Puede ser producto del estrés, de un cambio notable en tu vida, un susto importante…

—Lo sé, pero cuanto antes lo compruebe y sepa el motivo, mucho mejor —le respondí, esperando a que me mandara las analíticas correspondientes.

—Vete al mostrador de enfermería y que te las hagan rapiditas, tiene puesto urgente, de todas formas —me dijo, y la forma en la que habló no me gustó un pelo.

Llamadme desconfiada, pero después de todo lo que nos había pasado, no me fiaba ni de mi padre, como se suele decir. Me hice las analíticas, pero no conforme con eso, y a la espera de los resultados, me fui a la farmacia y me compré una prueba de embarazo. En cuanto la tuve, entré en el baño de una cafetería y me la hice. Me dio un positivo como una casa de grande.

Me llamaron de nuevo de la consulta, y mis sospechas se hicieron realidad, no era todo oro lo que relucía.

—Lo que yo pensaba. El retraso de tu regla no se debe a un embarazo, sino a una falta de vitaminas. Te recetaré algo para que te baje la regla y un complejo vitamínico. Si no mejoras en un par de meses, vuelve por aquí para repetir las analíticas —me dijo, extendiéndome varias recetas.

—Muchas gracias, doctora, un placer —le dije, haciendo de tripas corazón.

Me guardé el diagnóstico que me había dado, y me fui directamente a otra clínica que estaba en la otra punta de la ciudad. Era nueva, y tenía los últimos avances tecnológicos, por lo que no me lo pensé al entrar.

—Buenos días. Sé que no tengo cita ni nada, pero me gustaría que me viera un ginecólogo. Tengo cierta sospecha de embarazo, y quisiera confirmarlo cuanto antes —le dije a la chica que estaba en la recepción.

—Va a tener suerte, porque la señora que tenía cita a continuación ha tenido que marcharse urgentemente, y la ha cambiado para mañana. Si usted quiere, le voy abriendo la ficha mientras que el doctor termina con la paciente, y le asignó la cita anulada.

—No sabes cuanto te lo agradecería, de verdad.

Me fue pidiendo todos los datos, tanto personales como del seguro médico que me cubría y, justo cuando había terminado, el doctor pidió que le pasaran a la siguiente paciente.

Era un hombre de unos cuarenta años, bastante agradable, tanto físicamente como en la forma que tenía de tratar a sus pacientes. Le conté todo lo que me había dicho la otra doctora, y le enseñé la documentación que me había dado, así como las recetas. No me había dado cuenta de que en el motivo médico había puesto solicitud de aborto, y me quedé muerta.

El nuevo doctor me repitió todas las analíticas, tan solo para quedarse tranquilo de que coincidían con las que me habían entregado en el hospital, y efectivamente, estaba embarazada de nueve semanas.

—Le voy a recetar ácido fólico, y otro complejo vitamínico, así como unas pastillas por si tiene nauseas en algún momento. No se asuste, que no a todas las mujeres le ocurre, las hay que no se enteran del embarazo nada más que por el volumen de su vientre —me dijo, riendo.

Me dio una carpeta con las ecografías, para que las viera Aidan, y me citó de nuevo a las doce semanas, para el seguimiento del embarazo. Me dio su número de teléfono, tanto el de la clínica como el suyo, para cualquier duda o problema que me surgiera, y me despidió en la puerta de la consulta.

Llamé a mi marido por teléfono y me cité con él en una cafetería que había cerca de las oficinas. Comeríamos allí y recogeríamos al niño para ir a casa de mis padres, estaba como loca porque todos conocieran la noticia.

—¿Te ocurre algo, Aitana? He visto por el cristal que tienes un dosier de una clínica médica —me preguntó, preocupado.

—Me ocurre algo, pero no es nada malo, afortunadamente para los dos, me di cuenta rápido —le dije, sonriente.

—Habla ya y hazlo clarito, que al final me tienen que ingresar a mí, pero con un infarto —me contestó, y solté una carcajada.

—Llevo cierto tiempo encontrándome rara, y por eso he acudido a mi ginecóloga, la que me ha visto desde que llegué a Escocia…

Le conté todo lo que había pasado, y cuando vio el nombre de la doctora, se puso blanco. Según me contó, era la mejor amiga de Stella, e igual de bicho malo que ella. Cuando logré tranquilizarlo, saqué la otra carpeta, así como la prueba de embarazo, y se la puse encima de la mesa.

—¿Esto significa que…? —me dijo, sin poder terminar la frase y con los ojos empañados.

—Efectivamente, vamos a darle un hermanito o una hermanita a Nicholas —le contesté, y levantó los brazos gritando de alegría.

Se levantó de la silla, me cogió en brazos, dándome vueltas y besándome en los labios, mientras que a mí no se me quitaba la sonrisa de los míos.

—Gracias, gracias, me has hecho el hombre más feliz del mundo, te lo juro —me decía de vez en cuando.

Y si Aidan se puso contento, no os podéis imaginar como se pusieron la señora Malena y el señor Alejandro, que decían que ahora querían que fuera una niña, para así tener la parejita.

Faltaba mi niño por saberlo, y allí estábamos, en la puerta del colegio, cogidos de la mano y esperando a que saliera. Normalmente lo recogíamos uno de los dos, o mi padre si ninguno podía, y al vernos a los dos, supo que le queríamos decir algo, o así lo interpretó, al menos.

—Me vais a contar que voy a tener un hermanito o una hermanita, ¿a qué sí? —nos dijo, y ambos soltamos una carcajada —Me da igual que seas niño o niña, yo seré tu hermano mayor —dijo, acercándose a mi barriga y haciendo que se me escapara una lagrimilla.

Capítulo 46



Aidan

El embarazo de Aitana iba viento en popa, y por eso, su médico, nos había autorizado el viaje a Sevilla, nos íbamos a la feria, y no lo hacíamos solos, que venían todos con nosotros. Álvaro no había vendido ni alquilado la casa en la que vivía con su madre, por lo que unos cuantos se quedaron allí, otros en casa de mis suegros, y otros en la nuestra. Hasta Alex y Malcolm se animaron a venir, haciéndonos prometer que uno de los días bajaríamos a Cádiz, de donde era Alex, y a la que no venía desde hacía más de cinco años, que fue cuando se marchó de allí.

—Venga chicos, que no se diga que los escoceses sois unos malajes —dijo Alex, y Kieran, como siempre, seguía sin enterarse de determinadas cosas en español.

—Tío Kieran, lo que Alex ha querido decir es que no seas sieso o desaborido —le añadió mi hijo más leña al fuego.

—Un sin sal, vamos —siguió Alberto, mientras que Kieran los miraba de uno a otro, como si le estuvieran hablando en chino.

Llegamos al real de la feria y entramos en la caseta de los amigos de Alejandro y Malena, donde había un grupo de música en directo cantando sevillanas.

—Vamos abuela, que no se diga que los escoceses no tenemos arte bailando —dijo el niño, haciendo reír a todo el mundo.

Y es que era para verlo, con su pantalón estrecho, su camisa de chorreras y sus tirantes, su fajín a juego con el sombrero cordobés y sus botas. Si a eso le sumamos que era completamente pelirrojo y de ojos verdes, pues ya estaba el cachondeo servido.

Se subieron ambos en una especie de tarima que habían colocado para bailar, y no se cortaron ni un pelo. No sé cuántos móviles conté grabando la escena, pero no fueron menos de diez, seguro.

—Alejandro, no puede tener más arte tu nieto bailando, parece que en vez de ser de las Tierras Altas esas, ha nacido en el Altozano el jodido —le dijo el dueño de la caseta a mi suegro.

—Ni que lo digas, y no sabes como juega al mus el capullo, con todo lo chico que es —le respondió mi suegro.

Ver y escuchar a una persona hablar así de mi hijo, con tanto orgullo y llenándosele la boca con sus anécdotas, me reconfortó por dentro. No había tenido una buena madre, hasta ahora, pero había dado con la mejor de las familias, esa que formábamos todos los que estábamos ahí, disfrutando de un momento como este.

Kieran, como no podía ser de otra manera, se apalancó a un lado de la barra, comiendo jamón y bebiendo rebujito, mientras que Alberto salía a bailar, cuando se dio cuenta de que lo hacía con otro chico, y que este lo miraba embelesado, cambió la jugada.

—Veo que te han entrado los celos, ¿no, Kieran? —le dijo Alberto, que se había cansado de esperar a que su chico reaccionara.

—Pues mira, sí. Cuando he visto la manera en la que te cogía por la cintura y en la que te miraba, todo el jamón que me había comido se me ha subido hasta la garganta —le dijo Kieran, con total sinceridad.

Estuvieron un rato medio discutiendo por eso, hasta que se dieron un beso que temblaron los cimientos de la feria. Todos empezamos a aplaudir, incluido Nicholas, que los quería con todo su corazón.

—Verás que al final, como mis tíos sigan dándose besitos así, me van a dar un primo también —dijo, muy convencido, y Aitana soltó una carcajada.

—Si eso ocurre, te prometo que me paseo por todas las televisiones con los dos. De oro me iba a hacer —dijo Aitana, y ahora el que me reí fui yo.

—Venga, chicos, levantemos el campo que tenemos que llevar al niño a la Calle del Infierno, que le prometí que lo montaría en todos los cacharritos —dijo mi suegra.

—Miedo me da con el nombre que tiene la calle —le dije a Aitana casi en un susurro.

—Más miedo te tiene que dar mi madre con una tómbola cerca. Ya verás…

Dios mío, cuanto peligro tenía la señora Malena en esa calle. Se montó con el niño en todo lo que le pidió y no podía hacerlo solo, y lo montó a él en todo lo que le gustó y que no necesitaba la supervisión de un adulto. Grabamos no sé cuántos videos del momento, veía a mi hijo tan feliz, que nada me importaba más que eso y que su hermano o hermana creciera sanito.

—Ven, Nicholas, que ahora nos vamos a la parte de las tómbolas —le dijo al niño, que la hubiera seguido al fin de mundo en patines si se lo hubiera pedido.

—Dios mío, esto es el acabose —dijo mi suegro, llevándose las manos a la cabeza.

¿Cómo salimos de allí? Pues casi que podríamos abrir nosotros otra tómbola al día siguiente. Desde varios peluches gigantes, que no sabía cómo nos íbamos a llevar de vuelta en el avión, hasta un microondas, pasando por un Satisfyer y un secador con planchas. Pero lo que más ilusión le hizo a la señora fue una planta de interior que tenía el tamaño de un árbol, y que pesaba como tal, por lo que iba diciendo mi suegro.

—Anda, tonto, que ahora cuando los niños se acuesten, vamos a estrenar el aparatito ese que me ha tocado —le dijo, muy zalamera para que su marido no resoplara más.

—Como si lo fuera a disfrutar yo, no te jode. Yo cargo y ella se lleva el orgasmo —dijo mi suegro, y todos rompimos en una carcajada.

—Bueno, Malena, si no lo quieres, me lo regalas a mí, que Malcolm seguro que sabe darle un buen uso —le dijo Alex, para buscarle la lengua.

—¡Y un coño! Nunca mejor dicho —soltó, tapándole las orejas a Nicholas antes de decirlo.

Lo que nos reímos con los dos en el camino de vuelta no estaba pagado. Malena, con un dolor de pies impresionante, la flor de la cabeza más doblada que un borracho en la feria y cargada con un peluche gigante y el niño de la mano. Desde luego, si alguien nos viera, dábamos para un meme seguro.

—Aitana, si nos viera alguien de mi tierra, nos sacaba una letra de carnaval —nos dijo, y Kieran rompió a reír.

—Eso sí sé lo que es, que hace un par de meses, cuando la tormenta de nieve, mi querido Albertito me hizo tragarme un concurso por Internet en el que salían gente cantando disfrazada, y me contó que se llamaba carnaval —dijo, muy orgulloso de saberlo.

—¿No me digas que eres aficionado al carnaval, Alberto? —le preguntó Alex.

—Rotundamente sí. Es lo que más he echado de menos en Escocia, poder escaparme un ratito a tu tierra e intentar ver alguna agrupación en su llegada el día de su debut, o entrar en el teatro a escuchar los que actuaban esa noche…

Los dejamos hablando a los dos, y continuamos nuestro camino hasta donde estaba aparcado el microbús que habíamos contratado para poder ir y venir de la feria hasta nuestras casas.

Capítulo 47



Aitana

Había llegado el momento de saber si era niño o niña, aunque lo hubiéramos podido saber antes, si no hubiera sido tan vergonzoso o vergonzosa. Tenía ya casi siete meses de embarazo, tan solo me faltaban unos días para cumplirlos, y teníamos todo manga por hombro, porque no sabíamos dé qué color pintar la habitación ni que ropita comprar.

Nos habíamos decidido por una ecografía en 5G, en la que veríamos la carita de nuestro bebé y nos darían una escultura en impresora digital de ella. A esa cita habíamos ido Aidan, Nicholas y yo, no quisimos que viniera más gente, pues queríamos hacer la revelación del sexo en una fiesta en casa, aunque yo no me iría de allí sin saberlo.

—Bueno, pues aquí tenemos su carita…

—¡Mami, se está chupando el dedo! —exclamó Nicholas, entusiasmado.

—Pues sí, tu hermanita se está chupando el dedo —dijo la doctora, pensando que ya lo sabíamos.

—¿Ha dicho su hermanita? —preguntó Aidan, pues yo no me había dado ni cuenta.

—¿No me digas que no lo sabíais y he metido la pata? Os pido disculpas, de verdad, la consulta de hoy no os la cobraré…

—Eh, tranquila, si veníamos para eso, para saber de una vez si teníamos un machote o una princesa —le dijo Aidan, ante el apuro de la doctora.

—¿Es una niña? Pues entonces, bienvenida, Sally —dijo Nicholas, sin consultar con nadie.

—¿Sally? ¿Quién te ha dicho ese nombre? —le preguntó su padre.

—Nadie, bueno sí, ella misma. Anoche soñé que era una niña y ella me dijo, desde la barriga de mamá, que quería llamarse así. Si ella quiere y el nombre es bonito, ¿qué tiene de malo? —dijo, como si nada el niño.

—La verdad es que a mí me gusta el nombre. ¿A ti no? —le pregunté a mi marido, que me miró sonriente.

—Mientras que esté sana y nazca bien, como si quieres ponerle Jenifer Martina de todos los santos, que me da lo mismo —me respondió, haciendo reír a la doctora.

Tal y como salimos de la consulta, nos fuimos a una tienda de bebés, donde compramos absolutamente de todo, desde ropa, baberos y demás cosas hasta el cochecito y la cunita, así como el cambiador. Nos lo llevarían todo al día siguiente, para tener tiempo de prepararlo todo.

El viaje de vuelta a casa fue de lo más entretenido, ya que Nicholas no paraba de preguntar a quién le podía decir que sería una hermanita y que se llamaría Sally. Al final, y viendo que el niño no se iba a quedar callado, avisamos a todos para que se reunieran en el castillo y compramos confeti rosa, que explotaríamos en el mismo momento en el que estuviéramos todos juntos.

Llegó el momento que más esperaba y temía al mismo tiempo, el de dar a luz. Había roto aguas de madrugada, y ya llevábamos en el hospital un montón de horas, y aquello que no salía. Ni epidural ni sus castas, eso era como si te atravesaran la espalda con un hierro candente.

—Aitana, creo que te vamos a bajar para hacerte una cesárea. Llevas muchas horas, la epidural no te ha cogido y ha sufrimiento fetal —me dijo el

doctor que me había llevado el embarazo.

—Como si quieres meter las manos y sacarla por los pelos, me da igual, pero por lo que tú más quieras, sácala ya que no puedo más —le dije, provocando una carcajada tanto en el médico como en las enfermeras.

—No, mujer, no vamos a llegar a tanto. Anda, despídete de tu marido, que enseguida vuelves —me dijo, y entonces me entró el miedo.

—¿No puede venir con nosotros? ¿Por favor?

—Mira, vamos a hacer una cosa, mientras que yo saco a la niña, él que se vaya preparando con la bata y los patucos. En cuanto que esté la niña en el mundo, lo llamamos para que entre.

—Doctor, me parece que no va a ser posible la cesárea, mire —le dijo la enfermera, y me asustó.

—¿Qué ocurre? ¿Mi niña no está bien?

—Tu niña está estupendamente, ha oído que queríamos dejar a su padre fuera, y ha sacado la cabeza. Venga, Aitana, que no te voy a bajar ni a paritorio, un empujón bien dado, y ya la tienes en brazos —me dijo el doctor.

—Venga, voy a empujar como cuando estoy estreñida y aquello no quiere salir —le contesté, y ahí sí que no pudieron parar de reír en un buen rato.

Diez minutos después, mi marido tenía una sonrisa de gilipollas en la cara y yo un montón de puntos, ojeras de panda, y una mala leche de cuidado, porque todavía no me habían traído nada de comer y me moría de hambre.

—Es preciosa Aitana, se parece mucho a su padre —me dijo el abuelo orgulloso.

—Muy bonito, yo tropecientas horas de parto, he pasado los peores dolores de mi vida, no me han traído nada de comer y me dices que la niña es igualita a su padre. Gracias, he cogido complejo de incubadora —le contesté, malhumorada.

—Menos mal que tu madre siempre se adelanta a tus necesidades, ya te darás cuenta cuando sean un poquito más mayores. Aquí le traigo a mi niña un bocadillo de tortilla y un refresco de naranja — dijo mi madre, sacando del bolso una bolsita con todo.

—Espera, que a lo mejor no te han traído nada de comer porque el doctor ha dicho que no lo hagan —dijo mi padre, y casi me lo como a él en vez de al bocadillo.

—Si tiene cojones, que me lo diga a mí a la cara —gruñí, justo cuando llegaba el médico.

—No me digas que se me ha olvidado decir que te suban la comida. Perdona, Aitana, pero es que hoy ha sido un caos…

—Un caos no, pero un bocado te hubiera pegado yo a ti si mi madre no me llega a traer un bocadillo, so malaje —le dije, esto último en español, para que no me entendiera.

Quienes sí que lo hicieron fueron mis padres y mi marido, que soltaron una carcajada. Soportaba cualquier cosa sin que me afectara al carácter, menos la falta de comida. El día que tenía hambre, mejor que no me hablara nadie, porque me ponía de una mala leche que para qué.

Llegaron nuestros amigos con el niño, que se quedó maravillado con su hermana, a la que no paraba de acariciar la carita y darle besitos en las manos.

—Te quiero mucho, Sally, espero que tú también me quieras a mí cuando seas grande —le dijo, en un susurro, pero del que fuimos consciente su padre y yo, y que nos sacó una lagrimilla.

—Por supuesto que te va a querer, cariño, más que a nadie en el mundo, y estoy completamente segura de ello —le dije, sentándolo en un lateral de la cama, para que pudiera coger a su hermanita entre los brazos, haciendo que se sintiera muy orgulloso de hacerlo.

Capítulo 48



Aidan

Era el día del bautizo de Sally, ese que celebraríamos en la capilla del castillo, como hicimos con nuestra boda. Los padrinos eran Alberto y Olivia, eso fue un acuerdo al que llegamos sin discutir.

Después de eso, daríamos un almuerzo en el salón de baile del castillo, pero esta vez se nos quitaron las ganas de contratar a nadie ajeno a la plantilla que teníamos a diario, no queríamos más sustos de ningún tipo.

Tenía una sorpresa para mi mujer y mis hijos, sobre todo para Nicholas, porque Sally era muy pequeña para entusiasmarse, aunque estaba seguro de que también lo iba a disfrutar.

Estábamos a primeros de verano, y la niña ya tenía casi cinco meses. Estaba preciosa y tenía la misma simpatía que su madre. Le hablábamos en los dos idiomas, para que se le fuera haciendo el oído, y parecía que nos entendía cuando le hablábamos.

—Mañana nos vamos a la playa, a España, a pasar una semana. No es la luna de miel que pensábamos hacer, pero al menos estaremos todos juntos de vacaciones —le dije, y Aitana me miró sorprendida.

—¿Me estás hablando en serio? —me preguntó.

—Y tanto, me quedé con las ganas de pasar más días en la tierra de Alex, y por eso he cogido una suite en un hotel que está a pie de playa, para que podamos disfrutar de unos días de sol y tranquilidad —le dije, mientras que Nicholas, que también se había quedado encantado con esa ciudad, pegaba saltos.

Comimos entre risas y anécdotas, y nos fuimos a preparar las maletas. Les había comprado a los niños unos bañadores nuevos para la ocasión, así como otra ropa que lucirían durante esos días.

Cuando Sally tocó la arena, al principio le dio como repelús, pero luego disfrutó muchísimo cogiéndola con la mano, pero lo que más le gustó fue el agua. Le habíamos comprado una piscina que llenamos de agua del mar, y la metimos dentro, donde movía sus manos, salpicando a todo el mundo.

Pasamos unos días de lo más entretenidos, entre playa y restaurantes de la zona. Nicholas fue el que más disfrutó de la gastronomía, se quedó encantado con el pescadito frito y las tortillitas de camarones.

Había planeado todo esto del viaje por una sencilla razón, ya teníamos fijada la fecha del juicio contra Stella, y sería en una semana después de volver, quería que todos, tuviéramos las pilas cargadas, puesto que nos enfrentábamos a uno de los momentos más duros, sobre todo Nicholas, que sería el primero en pasar por las manos de un psicólogo forense.

—Estoy nerviosa, Aidan. Ojalá y todo salga bien —me dijo Aitana, tomándome de la mano.

—Todo saldrá bien, te lo prometo —le contesté, sin tenerlas todas conmigo.

Esta conversación la tuvimos antes de entrar en la sala, donde ya nos estaba esperando nuestro abogado. Tan solo esperaba que no la creyeran a ella, que no se tragaran la sarta de mentiras que estaba seguro de que diría.

Una vez dentro, lo primero que vimos fue el vídeo que grabaron en la sesión que le hicieron a Nicholas. Afortunadamente, no tendría que declarar en el juicio, con esa prueba sería más que suficiente.

—¿Quién es la persona a la que más quieres, Nicholas? —le preguntó el psicólogo.

—A mi hermana Sally —contestó, sin vacilar ni un instante.

—¿Por qué? ¿Qué sentimientos te provoca para que afirmes eso con total rotundidad? —insistía el forense.

—Porque no quiero que crezca como yo. Sé que su mamá, que también es mi mami, no es igual que la mía, porque ella nos cuida y nos quiere a los dos, y papá también, pero no puedo evitar pensar que necesita que yo la proteja y cuide siempre de ella.

Escuchar a un niño de cinco años decir eso con tanta solemnidad es para que se les caiga el alma a los pies a cualquiera, cuanto más a mí, que soy su padre. Era una mezcla de orgullo y dolor, orgullo por la manera que tenía de expresarse y la forma en la que afirmaba querer a su hermana. Dolor porque, siendo tan pequeño, hubiera tenido que lidiar con una madre como la que le había tocado.

Ahora era el turno de ella, de Stella, que subió al estrado como quién sube a un karaoke, con la letra bien aprendida para que nada se le saliera de control.

—Señorita Murphy, ¿qué pretendía cuando se llevó en contra de su voluntad al niño el día de la boda de su expareja? —le preguntó el fiscal.

—Recuperar a mi hijo. Él me lo había arrebatado sin dudarlo, y yo lo necesitaba a mi lado, lo echaba tanto de menos…

—Le recuerdo que está bajo juramento, y que tenemos pruebas de que usted, utilizaba al niño para chantajear a su padre —le recalcó.

—¡Eso no es cierto! Yo…

—Usted dijo en la llamada que le hizo que, si quería recuperarlo tenía que abandonar a la que hoy es su esposa. ¿No es cierto? Le aconsejo que no mienta, el juez tiene las transcripciones de esa conversación y, afuera,

esperando para entrar, está el policía que fue testigo. Aparte del testimonio del niño, claro, que también lo tenemos.

Cuando se vio acorralada, no tuvo más remedio que admitirlo. Otra prueba clara era el documento que me había entregado con la renuncia. A pesar de no estar validado por un juez, al llevar su firma claramente, su señoría lo dio por válido. Eso era lo que yo más temía, que lo anularan.

Salimos de allí con la custodia total del niño, la adopción por parte de Aitana y una condena de muchísimos años para Stella, a la que se sumó también una orden de alejamiento, tanto del niño como de todos nosotros.

—Esto hay que celebrarlo —me dijo Aitana, contentísima.

—Por supuesto que sí. Haremos una enorme barbacoa en el castillo, con todos los nuestros, aprovechando el buen tiempo —le contesté, pleno de felicidad.

Al llegar al castillo, donde nos esperaban todos, aquello era un completo júbilo. La persona que más se alegró por el niño, aparte de nosotros, claro, fue mi suegro. Alejandro lloró como un bebé al enterarse de que todo había terminado, de que ahora era su nieto de pleno derecho, al aceptarse la adopción por parte de su hija.

—Esta noche el niño se queda conmigo. Nicholas, te tengo otra sorpresa en mi casa, y estaba esperando este momento para entregártela —nos dijo mi suegro.

—Al final, nos lo va a consentir tanto que tendremos que actuar nosotros de polis malos, verás tú —me dijo Aitana, muerta de la risa.

—Pues no te veo yo a ti muy mala que digamos, sobre todo con el niño, que hace lo quiere contigo —le contesté, riendo.

—También es verdad —dijo, riendo a carcajadas.

Ahora sí que me sentía completo, ellos eran mi familia, algunos de sangre, otros políticos, y otros de la que se elige, pero todos y cada uno de ellos

tenían un papel importante en mi vida, en nuestra vida, y no los dejaría que se alejaran nunca.

Mi hijo jugaba a la pelota con su abuelo, en esa portería que le trajo Papá Noel y que todavía no había estrenado, mientras que su hermana, desde el cochecito, agitaba los brazos, entusiasmada.

Capítulo 49



Aitana

Más de un año había pasado y, por fin, la herencia se hizo efectiva. No es que no hubiéramos podido disfrutar de ella, nada más lejos de la realidad, lo que pasaba es que no terminaba de llegar toda la documentación del cambio de titular.

—Ya lo tenemos aquí todo listo, os he llamado para eso y para daros esta carta que guardaba de Arthur, y que me dejó indicado que no os la entregara hasta que estuviera todo en regla y fuerais una familia como Dios manda, palabras textuales suyas —nos dijo Malcolm, entregándonos una carpeta y el sobre con la carta.

—Gracias, Malcolm, la leeremos ahora en la cafetería —le dijo Aidan.

—Como queráis, si os apetece, os puedo habilitar una sala para que lo hagáis tranquilos —nos dijo él.

Nos miramos, y asentimos, sería mejor leerla en privado, porque estaba claro que todo lo que encontraríamos en esa carta nos iba a sorprender bastante.

—¿Lista para ver lo que el viejo nos tenía preparado? —me dijo Aidan, refiriéndose de esa manera a mi tío abuelo, pero no de manera despectiva, ni mucho menos. Así era como él lo llamaba de forma cariñosa.

—No, pero no tenemos otro remedio —le contesté, riendo.

Abrimos el sobre y, sorprendentemente la carta venía dirigida a nosotros dos, pero no por separado, sino juntos, como si supiera algo que nosotros no sabíamos.

"Mis queridos niños, Aidan y Aitana:

Este viejo ha querido dejaros unas palabras antes de marchar. Sé que, cuando os leyeron las condiciones de la herencia, pensasteis que estaba loco, pero no, estoy muy cuerdo, creo que eso es lo único que me funcionaba bien, la cabeza.

A ti, Aidan, te tengo que contar un secreto. Si no te dejé que te casaras con esa mujer es porque era igual que su madre, a la que conocí bien, me enamoró, y cuando le propuse que formalizáramos la relación, salió huyendo con mi hija y mucho dinero en forma de joyas y efectivo.

Sí, deduces bien, Stella es mi hija, pero no está reconocida, su madre no quiso y eso, en cierto modo, fue un alivio para mí, o ahora estaría reclamando su parte de la herencia, de la que no verá ni un céntimo. Por esa parte, estaros tranquilos, que lo tengo todo atado.

Cada vez que venía al castillo contigo, algo me retorcía por dentro, porque la miraba y la veía a ella, a su madre, la misma maldad, la misma frialdad… espero que el tiempo me haya dado la razón y te hayas podido quedar con tu hijo. Si no es así, en el desván, en una carpeta amarilla, hay pruebas de lo que hace con el niño, al que ni quiere ni ha querido nunca, utilízala, no tengas miedo, que la ley te ampara.

Ahora te toca a ti, mi preciosa sobrina Aitana. Tu abuelo me hablaba de su hija y de su nieta. A él no le dije nunca nada sobre vosotras, aunque os he seguido la pista durante toda mi vida. Eres tan bonita como tu bisabuela, mi hermana, e igual de luchadora y de guerrera, por eso no dudé que serías la pareja perfecta para Aidan, que querrías a ese niño como si fuera tuyo, y que formaríais una preciosa familia.

Si estáis leyendo esto, es que no me he equivocado ni un ápice, y eso me da una alegría como no os podéis imaginar. Las dos personas que más he querido en este mundo, juntas, enamoradas, porque sé que así os sentís.

Las cláusulas de la herencia eran una falacia, Malcolm tenía por escrito que, si no os casabais entre vosotros, cada uno heredaría una parte. Aidan la

empresa y parte del castillo, para ti, la otra parte y el dinero personal que había en mis cuentas, que no era poco.

Y hasta aquí todo lo que tenía que deciros, ni más ni menos. Espero que tengáis una vida plena de felicidad y amor, y que me deis muchos niños que correteen por los pasillos del castillo.

Por cierto, en la torre de la derecha, la contraria a la que reformó Aidan, que se piensa que no me enteré, tenéis una pequeña sorpresa, que espero que os guste.

No olvidéis nunca que os he querido y os querré siempre, y no dejéis que mi niño Nicholas, mi nieto, se olvide de mí.

Arthur MacCalum".

—Hay que joderse con el viejo, se las sabía todas —me dijo Aidan, limpiándose las lágrimas del rostro.

—Ni que lo digas, nos mantuvo engañados todo este tiempo —le respondí.

—¿Qué será lo que hay en aquella torre? Nunca nos ha dado por subir a investigar, al menos yo —me dijo mi marido, completamente intrigado.

—Pues será mejor que volvamos y lo averigüemos —le respondí.

Salimos de la notaría y pusimos rumbo de nuevo al castillo. Mi madre se había quedado con Sally y Nicholas estaba en el campamento de verano, en el que entraba a las diez y salía a la una de la tarde, y donde se lo pasaba de lujo jugando con sus amiguitos.

No nos lo pensamos dos veces y subimos del tirón a la torre, y cuando la abrimos, nos quedamos completamente sorprendidos. En ella se había habilitado una zona de relax, como una especie de spa, con piscina climatizada, jacuzzi, una zona de bar, y demás, que haría las delicias de la persona que lo utilizara. Pero, lo que más gracia nos hizo y más curioso nos pareció, fue el nombre que le había dado, y que aparecía en un cartelito a la entrada, y que no habíamos visto hasta ahora.

"El refugio de Aitaidan" así había bautizado Arthur la estancia, mezclando nuestros dos nombres de esa manera tan curiosa.

Bajamos al salón, donde ya estaban mis padres y los niños esperándonos. Ellos se habían encargado de recoger a Nicholas, que jugaba en la alfombra con su hermana, que ya se mantenía sentadita sola, y a la que no perdía de vista en ningún momento.

—Venimos de la notaría, y nos hemos llevado una sorpresa —le dije a mis padres, que permanecían sentados en el sofá.

—No me vayas a decir que el viejo os dio otro susto, porque me caigo muerta, que lo sepas — contestó mi madre, tan dramática como siempre.

Les explicamos todo, de pe a pa, incluso le hablamos de lo que nos había hecho en la torre, y mi madre insistió en verlo, por lo que no dudó en subir con mi padre, y se quedó prendada. Anda que no nos dijo veces que ella vendría aquí a relajarse cuando lo necesitara, como si se lo fuéramos a prohibir o algo.

—Podéis venir cuando queráis, Malena. No tenéis ni que entrar por aquí, que se accede por la otra escalera y la puerta siempre estará abierta —le dijo Aidan, echándole el brazo por los hombros.

—Menos mal que mi yerno me comprende. Además de un yerno guapo, me ha tocado también que está pendiente de mí y me quiere como una madre. No se puede ser más suertuda que yo —dijo, haciéndonos reír a todos.

Epílogo



Aidan

Diez años después…

Habían pasado diez años ya desde que nos hablaron de la herencia, y nueve desde que nos casamos, y cada día estaba más feliz. Nuestra familia había aumentado, pero no por ello estábamos más agobiados, todo lo contrario, pero será mejor que os lo cuente desde el principio…

Nicholas contaba ya con casi quince años, y Sally cumpliría nueve en breve. Esa conexión que tenían no solo no se había perdido, sino que se acrecentó con los años. Tan solo les hacía falta una mirada para entenderse, y seguían teniendo devoción el uno por el otro.

Cuando nuestra hija contaba con cuatro años, Aitana se quedó de nuevo embarazada, y llegaron al mundo unos gemelos que traían a todo el mundo loco, y no siempre en el buen sentido de la palabra.

Arthur y Alexander eran dos polvorillas de cuatro años que no ideaban nada bueno. Menos mal que Sally contaba con la inestimable ayuda de su hermano mayor, porque si no, más de una vez, se hubiera mascado la tragedia. Su madre los castigaba en cada ocasión, pero como que les daban igual, a la siguiente, hacían una trastada más grande. Arthur era el que llevaba la voz cantante, pero a Alex tan solo había que tocarle las palmas para que saliera bailando, como le decía mi suegra, que tenía verdadera devoción por esos dos petardos.

Alejandro, mi suegro, nos dejó hace ya dos años, un infarto fulminante se lo llevó de la noche a la mañana, y el que peor lo pasó fue mi hijo Nicholas, que lo quería con locura. Nos costó sacarlo del bache un buen tiempo, pero con la ayuda de su hermana, lo conseguimos, aunque no fue fácil y llegamos a temernos lo peor. Cuando dos personas están tan unidas y una de ellas se marcha, la otra queda hundida hasta que es capaz de asimilarlo, y eso es lo que le pasó a Nicholas.

Con respecto a nuestros amigos, también había habido algún que otro cambio, como el de Alberto y Kieran, por ejemplo. Después de un tiempo, Kieran le dijo a su pareja que no estaba preparado para continuar siendo monógamo que, o abrían la pareja, o se terminaba, y eso fue lo que pasó, que terminaron cada uno, por un lado.

Kieran se fue alejando de todos nosotros, hasta que llegó un momento en el que terminó abandonando hasta la empresa, y marchándose a Estados Unidos. La última noticia que teníamos de él es que vivía con un chico y una chica, en poliamor, en un pueblecito cerca de la frontera con México.

Alberto encontró en James a su media naranja, y se casaban el mes que viene en Sevilla, aprovechando que iríamos para la feria.

Alex y Malcolm vivían juntos, y eran padres de dos niños, Gio y Kiran, de cinco años, mellizos, pero todo lo contrario a los nuestros, ellos eran la tranquilidad en persona.

Triana y Graham se casaron al año siguiente a que lo hiciéramos nosotros, y tenían una niña, Santana, de siete años y que era inseparable de Sally, al igual que sus dos madres, no hacían nada la una sin la otra.

Y Álvaro y Macarena se daban el sí quiero hoy, en el castillo, en nuestra capilla, tal y como hicimos nosotros. Él resultó ser de gran ayuda en el equipo informático de la empresa, terminando por liderarlo. Macarena cumplió su sueño junto a mi mujer, y ambas tenían una escuela de español, donde se daba desde la iniciación al idioma, hasta la más antigua de sus tradiciones, pasando por el flamenco en todas sus vertientes, como no podía ser de otro modo.

Olivia se había asentado en Inverness, lejos del bullicio y del ajetreo de maletas arriba y abajo que tenía antes. Allí conoció a Mandy, que empezó siendo una empleada suya y terminó convirtiéndose en la dueña de su corazón. Tenía diez años menos que ella, y en estos momentos estaban esperando a su primer bebé, que sería niña y se llamaría Malena, como mi suegra. ¿El porqué de ese nombre? Pues muy sencillo, se convirtió en una persona indispensable en la vida de mi amiga, que pasó por una mala racha en la que se vio sin pareja y luchando contra una enfermedad. Malena no se movió de su lado, ayudándola y acompañándola en todo el proceso, dándole la fuerza necesaria para seguir luchando.

Estaba sumido en mis pensamientos cuando, de repente, vi a esos dos revoltijos llegar hasta donde yo estaba, y una sonrisa se dibujó en mis labios, como siempre que tenía a alguno de mis hijos cerca.

—Papá, dice mi madre que nos ayudes con las pajaritas —me dijo Arthur, con la suya en la mano y acompañado de su inseparable hermano.

—¿Estáis seguros de que queréis llevar esto? —les pregunté, porque, sabiendo como eran, dudaba mucho que les durara más de dos minutos puestas.

—No queremos, pero la jefa ha dicho que, o nos la ponemos, o estamos castigados sin entrenamiento de futbol hasta que hagamos la mili, y como no sabemos lo que es eso, preferimos no jugárnosla —me respondió Alex, haciendo que soltara una carcajada.

—Como vuestra madre se entere de que la llamáis así, no me quiero ni imaginar la que se puede liar.

—¿Cómo me llaman? Si te refieres a eso de “la jefa”, no es la primera vez que lo hacen. Con estos dos, ya estoy curada de espanto — dijo mi mujer, que venía preciosa.

—Te he dicho ya, ¿qué estás especialmente bonita? —le pregunté, tomándola por la cintura.

—No, pero siempre es bueno escucharlo, sobre todo después de haber parido a dos cafres como esos —me respondió, con una sonrisa.

A pesar de tener a nuestros cuatro hijos, no habíamos dejado de lado nuestras escapadas a la torre, donde dábamos rienda suelta a nuestra pasión, como había sido siempre.

Nos llevábamos la Tablet por si alguno se despertaba, sobre todo los dos pequeños, y allí, entre nuestros juguetitos sexuales, disfrutábamos de nuestro cuerpo sin temor a que ningún niño entrara o encontrara algo que no queríamos que vieran.

La que casi se apropió de la otra torre, la del relax, fue mi suegra, que, tras la muerte de su marido, se vino a vivir con nosotros, alquilando aquella otra casa. Ella se sentía acompañada y nosotros encontrábamos el alivio que necesitábamos con los niños, ya que ella se entendía de maravilla con todos, pero en especial con los dos pequeños.

Por más que miraba a mi mujer, más bonita me parecía, y es que, los años, lejos de sentarle mal, les habían sentado de maravilla. A sus cuarenta y pocos años mostraba esa madurez y ese saber estar que daba la edad, pero sin perder la frescura y la gracia que la caracterizaban.

—¡Quién nos iba a decir a nosotros! Que terminaríamos casados y con una familia numerosa —le dije a mi mujer, que estaba a mi lado en esos momentos.

—Ay, highlander y todo por culpa de una herencia envenenada —me respondió ella, con una sonrisa.

—¿Te arrepientes de algo?

—Sí, de no haber admitido antes que estaba enamorada de ti hasta la médula.

La miré a los ojos con todo el amor del mundo, y la besé, como tan solo ella y yo sabíamos hacerlo.

Puedes encontrarme en:

Facebook: Martina Leiva
Instagram: @martina.leiva.escritora